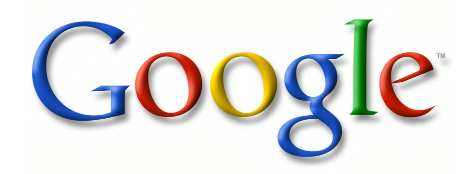
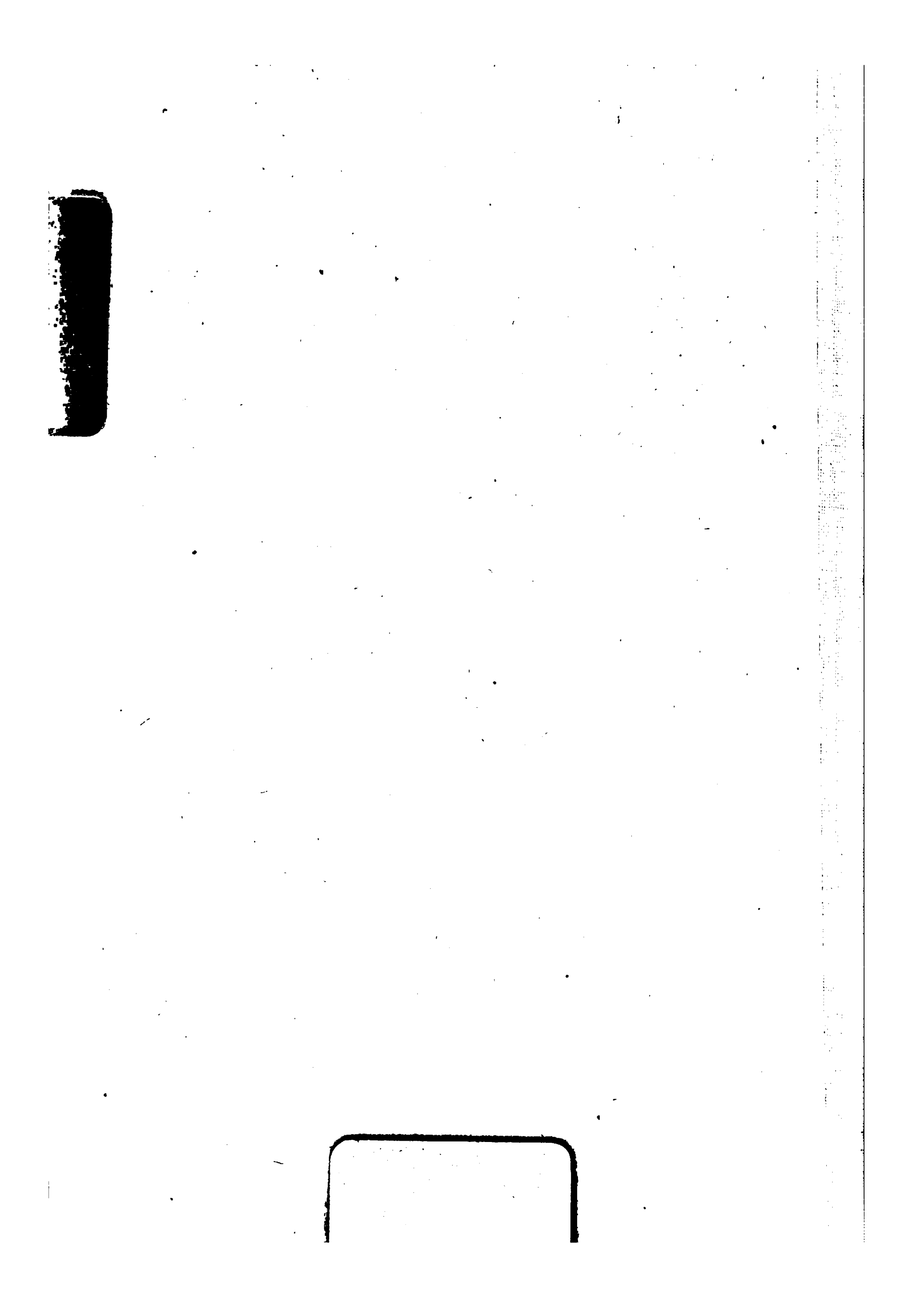



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437075 4





CÁNDIDO.

CÁNDIDO.

Fiction (Cuban)

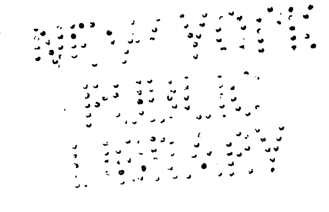
HISTORIAS Y CUENTOS,

POR

MARIANO RAMIRO.

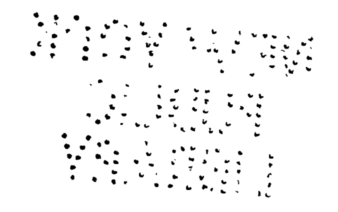
CÁNDIDO.

[LANCES DE TODOS LOS DIAS.]



HABANA.

LA PROPAGANDA LITERARIA.
(Premiada en la Exposicion de Filadelfia)
IMPRENTA, LIBRERIA, PAPELERIA Y ENCUADERNACION
O-Reilly, num. 54.
1880.



I.

Servidor de ustedes.

Quiero contar mi historia á brincos, á grandes rásgos, sin hacer alto en detalles de poca monta ni en lances de tres al cuarto. Mi historia es mia, y como por redondo me pertenece, estoy en mi perfecto derecho de hacer de mi capa un sayo. Vayan noramala los meticulosos preceptistas con sus métodos y reglas, que están demás para escritores de mi temple, toda vez que ni aprenderlas pueden ni á seguirlas se sienten inclinados.

Por más que digan los obligados apologistas de los sistemas oficiales de enseñanza, para probar su virtud, el estudio de las ciencias, en toda su vasta nomenclatura, sólo es posible á los que posibilidad tienen de llenar los positivos trámites de la prévia matrícula. La aptitud individual nada hace al caso sin la corroborante sancion de la fortuna. De modo que los infinitos peleles como yo, salva sea la parte, cuya fortuna es mala, y los que la tienen semejante á la del célebre don Rafael, el del famoso postigo, se ven condenados á andar á tientas en el intrincado laberinto de los

conocimientos útiles, vedados para ellos por decreto de insolvencia perdurable.

No obstante, hay muchos de éstos que se obstinan en aprender lo que nacieron destinados á ignorar, y para salirse con la suya, suelen emplear recursos que en rigor pertenecen á la esgrima. Dígolo, porque llegan á adquirir esos útiles conocimientos por sorpresa, tomándolos al asalto.

Quede sentado, que siendo mi historia de mi exclusiva pertenencia, la he de contar conforme se me antoje y sepa.

A los que por mis irregularidades literarias quieran amonestarme, les echaré encima el fallo inapelable de cuantos han escrito sobre el respeto á la propiedad, en estos tiempos que se distinguen precisamente por la aficion que cunde á quedarse con la ajena.

Confieso desde ahora que nada me ha sucedido digno de especial mencion; pero por lo mismo que mi historia no tiene lances, insisto en contarla, siguiendo la costumbre adoptada por mis contemporáneos de hablar de todo, ménos de lo que importa.

Abrigo el loable propósito de ser breve, sirviéndome de la síntesis hasta donde pueda extremarse el estilo sin que de ello resulte demasiada oscuridad en los conceptos. Y así me apresuro á declararlo para desvanecer las inquietudes que pudieran asaltar al lector con sobrado motivo. Por otra parte, he vivido mal, y las malas vidas deben contarse de prisa, porque de lo malo, poco.

Basta de digresiones.... por ahora.

II.

Cuestion prévia.

Nací en el año de 1833. ¡Año terrible! Mi aparicion en nuestro planeta y la del cólera en Europa fueron contemporáneas.

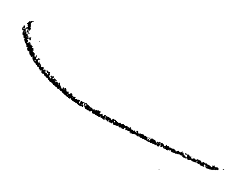
Nunca un mal viene sólo.

Apenas asomé la nariz en este mundo, que sin saber por qué, hemos convenido en llamar pícaro,

................sentí mi cuna
mecida por la brisa perfumada
de la risueña, gaditana orilla,
bella como ninguna,
de Sevilla, de Córdoba y Granada,

lo que quiere decir en el vulgar lenguaje que usamos de diario los simples mortales, que soy andaluz, para servir á Dios y á mis lectores, y lo cuente por muchos años.

Mi voluntad, nonnata aún, hubo de rebelarse contra el divino cánon que regula los humanos empollamientos, porque aferrándose á una admitida excepcion de la



regla universal, me hizo nacer siete-mesino. Un dia despues me bautizaron, acto solemne que confirmé á los cinco años con la mejor voluntad, y me vacunaron convalesciente aún de la viruela, sin duda para ahorrarme el lance de la repeticion.

Cúpome desde la cuna la imponderable dicha de pertenecer al numeroso grupo de los séres insignificantes, gremio comun de la humanidad, excepcion hecha de los que al nacer reciben de la heráldica, ciencia de utilísimas aplicaciones, el consabido diploma que los coloque de perpétuo relieve.

La humildad de mi orígen jamás me ha dado pesadumbre. Confieso de buen grado que un sujeto sin importancia clasificada por su procedencia, de nada vale y para ménos sirve; pero la insignificancia individual tiene sus privilegios, no siendo el ménos valioso la facultad de asistir de incógnito á la eterna comedia de la vida pública, sin tomar en ella parte, á no ser para silbar á los malos comediantes y reirse de las infinitas farsas representadas por histriones de todas las gerarquías sociales.

Y pues me he engolfado sin querer en esta digresion, suplico al lector no se impaciente porque le agregue unos cuantos renglones.

Es una ganga para el mortal adocenado que está seguro de pasar inadvertido en todas las grandes solemnidades donde el flujo de hacerse visible rivaliza con la puerilidad del propósito, eso de ver, oir y oler sin responsabilidad ulterior. El lo cuenta todo, y nadie cuenta con él, gozando de paz perpétua con sólo el

trabajo de andar provisto de la cédula de vecindad que lo evidencia, sin enmiendas ni raspaduras, y á la última fecha sus interesantes sellos de á dos pesetas.

Para mí, que soy del gremio, es incuestionable que los hombres insignificantes están en pacífica posesion de purísimos goces. Déseles si nó un periódico en que se lean cosas del siguiente calibre:

—"Los revolucionarios de A escabecharon al presidente B y á todos los de su camarilla. No escaparon ni las ratas."

O esto otro:

—"El opulento banquero C ha reventado de un torozon que le produjo cierto tósigo de acreditada eficacia. Sus inconsolables herederos etc."

Y si nó, lo que sigue:

—"Diez toneladas de dinamita fueron encontradas debajo del catre del Rey que rabió. Se están haciendo prisiones. La Providencia, etc."

Que lea esto, repito, y se le verá caer de rodillas, alzando al cielo sus ojos arrasados en lágrimas de gratitud, dándole gracias al Sér Supremo por la salvadora insignificancia en que le hizo nacer, crecer y multiplicarse.

—¡Oh, Dios mio! exclamará: hazme morir de un empacho ó de unas tercianas, como cumple á gente de mi ralea; pero no en medio de una de esas ovaciones que asfixian; pero no arrastrado por caballos que el buen parecer manda usar semi-salvajes; pero no á manos del primer gandul que se le antoje hacerse célebre, pegándome un tiro!

III.

Aquí estamos todos.

A los siete años quedé huérfano de padre; á los ocho me mordió un perro comunista, que se engullía mi racion y se acostaba en mi cama; á los diez, yo no servía más que de estorbo, y á los once me embarqué para América, con un napoleon que se parecia á Cárlos X y el equipaje de D. Juan Paulin: tres trapos y medio.

Llegué á la Habana pocos dias despues que don Leopoldo O'Donnell, y fuí pacífico testigo de la gran batalla que este caudillo dió á los trasnochados parroquianos del café Escauriza, en la que hubo cargas de caballería á lo Waterloo.

Salté á tierra mediante la entrega del napoleon, cuya fisonomía equívoca me desazonaba; lo dí en cambio de la indispensable *boleta*, y vino escaso al asunto.

Tambien exhibí mi pasaporte, que decía: "Cándido Pastiri, natural de.... hijo de....etc.: barba, regular; nariz, regular; boca, regular... todo era regular en mí, á juicio de la autoridad, hasta la maldita cegatera que

en dias claros no me permite ver tres sobre un burro.

—¿Que oficio escogeré?—le pregunté á un compañero de viaje.

—El de obispo,—me contestó.

—Eso es difícil.

—Pero muy cómodo.

—Yo le pido un consejo y V. me contesta con una burla.

—Pues ahí vá el consejo: en este mundo, la mitad de sus habitantes explota á la otra mitad, de lo que se deduce, que la humanidad está dividida en dos grandes grupos, el de los audaces y el de los cándidos. Ahora, señor idem, V. elegirá.

Y se fué.

—Paisanito, me dijo entónces un caballero regordete y más feo que Picio; lo primero que V. debe procurar es tener dinero; para tener dinero es preciso trabajar de firme: no hay otro camino. Con que, á trabajar, y buena fortuna.

Aquél era un honrado sujeto. Aún sigo su consejo al pié de la letra: trabajo; no recuerdo haber hecho otra cosa, y es un gusto ver lo que me luce el pelo. Yo busco diariamente y con creciente afan á mi buen mentor para. . . . estrangularlo.

Sin dinero y en tierra extraña, lo natural era que me viese en apreturas y propenso á tristezas.

Tal sucedió, pero yo no hice caso. Me juzgaba capaz de acometer grandes empresas, y tenia á mi disposicion todo un porvenir americano. Nada hay tan consolador como la esperanza; es esta una frase hecha de antiguo,

que no basta á desacreditar el número inmenso de desesperados que en ella no creen.

Lo esencial era hallar una buena colocacion; buscábala con vivo deseo sin encontrarla. Mi acento andaluz, tan pronunciado que trascendía á *Caleta* y *Mirandilla*, era un gran inconveniente para ser admitido en casas de mostrador. No me explicaba entónces la razon del anatema que parecía pesar sobre mis paisanos, ni tampoco me lo explico demasiado ahora, pero es lo cierto, que á no haber nacido en la tierra cantada por Byron, pronto me hubiera visto metido en el trasiego de efectos al por menor.

Paso por alto los infinitos medios, á cuál más ingeniosos y todos rigurosamente legales, de que me valí para ir tirando miéntras se presentaba la suspirada colocacion. Mi reducido equipaje se redujo más aún por la total desercion de las camisas más servibles, que efectivamente, me sirvieron en más de una ocasion crítica. Los que creen las casas de empeño una reciente institucion, se equivocan, porque yo las conocí en la época de mi relato, y desde entónces ha llovido mucho. Sólo que en otros tiempos el pudor las obligaba á llevar una vida de vergonzante modestia. Ni se exhibían en periódicos y en apetitosos letreros, ni constituían un arbitrio importante para la hacienda pública. Hoy es otra cosa; como la mala yerba, se desarrollan, cunden y prosperan en directa relacion con el creciente decaimiento de las industrias del país. Miéntras más pobre es un barrio, más casas de préstamos se entregan en él á sus farisáicos manejos. Y esto es lógico,

porque, como dijo el otro, donde está la llaga se aplica el ungüento.

En esas casas, elocuente negacion de la prosperidad pública, se vé la gastada levita de paño del honrado menestral, ostentando una ficticia juventud merced á la pasajera brillantez debida al desapiadado frote del cepillo; allí el blanco traje de la desposada de ayer y los zapatos á medio usar del desgraciado que se fué descalzo, devorando el insuficiente alimento, fruto de su sacrificio; allí los diminutos pendientes, único adorno de la adorada hija, debido á la santa vanidad de sus pobres padres; allí la delgada colcha, cuya falta del lecho hace extremecer de frio miembros enflaquecidos por la miseria; allí la blanca y zurcida camisa del artesano, su sola prenda para engalanarse el domingo, llevada á empeñar la noche del sábado, en la que llegó á su casa sin dinero, porque no encontró donde ganarlo y sus hijos le pidieron pan.

En la pechera de esa camisa suelen notarse algunas ligeras manchas que alteran la blancura del lienzo; son lágrimas, son los testigos de un dolor acerbo, de uno de esos dolores que sólo pueden soportar sin desesperacion los corazones cristianos. El triste jornalero ya no podrá lucir su modesta gala y conservará sobre sus cansados miembros el harapo que los cubrió durante la pasada semana.

Pero ¡qué remedio! Todas estas inútiles declamaciones no podrán evitar que se abran casas de empeño á tutiplen, atraidas por el cebo de las pingües ganancias, producto legítimo de leoninos contratos.

IV.

Lo que va de ayer á hoy.

Dos meses sin colocacion era tiempo sobrado para aburrirme. La Habana de entónces no ofrecia aliciente á mis paseos, y lo diré, sin ánimo de ofender á los habaneros, la encontraba bastante fea. La Habana de hoy no es ciertamente la de 1844; porque cuanto en aquella fecha le era peculiar y le daba carácter se ha ido modificando ó desapareció para dar lugar al rápido embellecimiento de la Habana moderna. Sea esto dicho en concepto de solemne mentís á las malas lenguas que se complacen en colocarnos entre los rezagados del Progreso.

Cierto es que el culto á la novedad nos va llevando un poquito léjos. La dominante manía de buscar nuevos horizontes para la palabra y las costumbres nos aproxima á cada paso á los cerros de Ubeda, por los que suelen despeñarse los más diestros guias.

Tanto priva lo nuevo, que hasta el idioma se me figura muchas veces acabadito de estrenar.

No hay que pedirle al sirviente de un *restaurant* una racion de ternera, porque de seguro que no lo entendería. Hay que pedírsela en idioma extranjero, que probablemente se morirá sin siquiera pensar en aprender; *beef-teak* ó *roast-beef*, aderezados con *champignon* ó *petit-pois* y acompañados de *pickles* y *puré*; así es como deben expresarse los españoles para ser perfectamente comprendidos por sus compatriotas.

El clásico refrigerio del medio-dia aún subsiste, pero disfrazado de inglés, tanto que no lo conocerían sus ráncios inventores; hoy se llama *lunch*, se compone de *sandwiches*, y para estar en carácter, exige perentoriamente el concurso del *lager-beer*, que sabe á rejalgar; palabra de honor.

Bizcos se quedarian nuestros venerables abuelos oyéndonos hablar de *Base-Ball, Champion Ship, Hop Bitter*, etcétera, y más si les dijéramos que tal gerigonza es absolutamente indispensable para hablar con propiedad del juego de pelota por un procedimiento exótico, ensalzado por más de un *reporter* que lo entiende.

Tan exótico como el *Skating Rink*, que proporcionó sendos y ¡Dios me perdone! merecidos batacazos á los *amateurs* de Albisu y Capellanes.

Si es cierto que el idioma es el lazo más fuerte entre pueblos que lo tienen comun, al paso que vamos, preveo el divorcio entre miembros de una misma familia; y si algunas veces no nos hemos entendido bien, terminaremos por entendernos peor.

Juzgue el lector si existe ó nó el contraste con los patriarcales tiempos del mondonguito callejero arrebolado con *bija,* del agua loja, la zambumbia con queso, la *volanta,* los ejemplares azotes públicos á calzon quitado, y la guardia de prevencion de la plaza de San Francisco.

Y no se crea que opto por el pasado al señalar algunas extravagancias del presente con mas buen humor que espíritu mordáz. No. Pertenezco á mi siglo, y cumplo su consigna:—¡Adelante!

Fueron tiempos aciagos ó felices,
el criterio segun de cada escuela
que no discutiré; pero me fundo
si en presencia de históricos deslices,
les digo á los que están por lo segundo
que vayan á contárselo á su abuela.
Una cosa es narrar hechos sabidos
y otra ensalzar las glorias de un pasado
pródigo en injusticias y en errores;
y si un bando político ha gritado,
y grita, hasta rompernos los oidos,
que fueron los mejores
tiempos que ya son idos,
buen provecho les haga á esos señores.

Por aquellos tiempos nadie hablaba de política en esta tierra, incluso el Gobierno; no se hacía oposicion á sistemas ni á constituciones, y en cuanto á doctrina nos sobraba con la cristiana que teníamos á medio aprender. La mision obligada de los periódicos era la

de entonar himnos de alabanza á cuantos tocaban de algun modo el pandero gubernativo, y justo es confesar que la cumplian á satisfaccion de parte. Su seccion de fondo estaba consagrada á insertar noticias, pero solo cuando de puro viejas habian perdido todo interés y no podian ejercer nociva influencia en el ánimo de los lectores; en las demás secciones hacían el gasto los poetas de aquel tiempo, entonando tiernas endechas al talle de Teresa ó al pelo de Felisa.

De modo que como nadie murmuraba ni manifestaba la menor contrariedad, vivíamos en el mundo mejor de los mundos posibles, sin que hubiera nada que corregir y ménos que reformar.

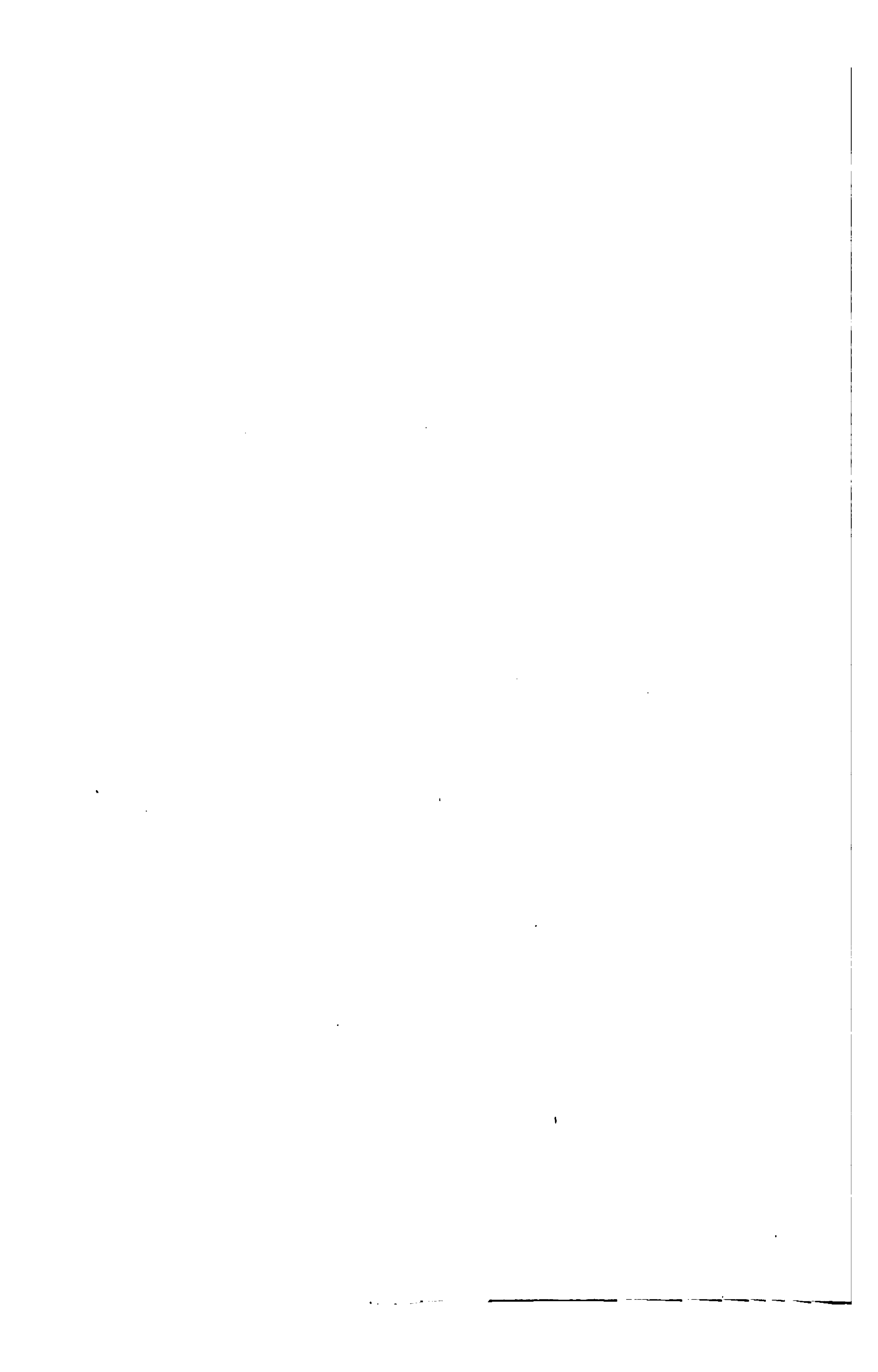
¡Oh bendito y regalado *statu-quo*, al que se debia la paz de la tierra, como se dice ahora!

No se habian inventado aún los salvaguardias ni las funciones de moda. La católica conciencia del censor no consentía ni á tiros la representacion de obras tan peligrosas como el *Rey monje;* y si permitía á *I Puritani* ser todo lo liberales que quisieran, era á condicion de no decírselo al auditorio, tenido por demasiado impresionable. En fin, hasta el *Delincuente honrado* fué sometido en la Habana al cabo de los años miles á nuevo proceso y condenado en definitiva á la horrible pena de mutilacion, por una autoridad que tambien creía serlo bastante en literatura para enmendarle la plana al ilustre Jovellanos.

En cuanto á moral pública, la habia de la mejor clase; encargado estaba Estéban Sanchez de popularizar la *Ley brava*, que sirvió de refocilamiento y jolgo-

rio á muchos de los que hoy se escandalizan con el *Can-can*, y el no ménos célebre *ñó Berroa*, por su parte hacía laudables esfuerzos por morijerar las costumbres enseñando á bailar con arte la pintoresca *Sopimpa* en su *escuelita* de la calle del Obispo.

Pero nada de esto tiene que ver con mi historia. Confieso que me estravío en circunloquios sin poderlo remediar. ¡Manía de viejos! Antes de incurrir de nuevo en falta diré que al cabo logré colocarme, con lo cual quedó echado el cimiento de mi futuro destino.



V.

¡Mal principio!

Hice mi modesta entrada en el mundo mercantil por las puertas de una tienda de zapatos y curtidos por mayor y al menudeo.

Se me fijó puesto, y formé al estremo de la cola en la dotacion del establecimiento, en clase de meritorio, no por méritos contraidos de pretérito, sinó por los que tendría que contraer en lo futuro, en suma y calidad indispensables para proporcionarme con el tiempo un sitio entre los dependientes de planta con goce de sueldo.

El *meritorio*, en un establecimiento como *el mio*, es una especie de aprendíz al que se le enseña todo ménos el oficio. Antes que á clasificar géneros, justipreciar las clases, enterarse de la nomenclatura y tecnicismo del giro, varear la tela ó acondicionar el calzado, se le instruye en múltiples faenas de rigurosa aplicacion servil.

Si ha de llegar un dia á vender terciopelos y badanas con todas las reglas del oficio, fuerza es que se

familiarice previsoramente con el fregado de platos y otros cachivaches de órden aún más humilde.

El meritorio deja de serlo por ascenso inmediato, obtenido generalmente mas por recomendaciones y circunstancias de parentesco que por la positiva aptitud del aspirante. El plazo que se otorga para los ejercicios *meritoriales* de ordinario no excede de un año, más para mí tuvo trazas de ser eterno. Dígolo porque tras dos años de buenos servicios, confesados y estimados en abstracto, no logré salir de él. Y aunque se decia que me *pasaba de listo*, jamás pasé de mi modesta clase de meritorio, lo que quiere decir que nadie se interesaba por mí lo bastante para favorecerme con la preciosa recomendacion de estílo. Y cuenta que ya habia conseguido correjirme en lo posible del malhadado acento de mi tierra.

Constituian mis quehaceres faenas tan dulces é instructivas, como la de enrollar á pares ásperas *hojas* de gruesa suela, agresiva al olfato y tan rebelde á la presion que en la tarea solía dejar la epidérmis de las manos, aún no bien curadas de la anterior desolladura producida por idéntica causa; ó la de servir de vehículo humano, viviente y pensador, á un enorme fardo de pieles curtidas por Xifré, ó á un par de albardas de las que por entónces construía D. Antonio Moreno con privilegio exclusivo y que, para mí, tenian el de dislocarme las vértebras cervicales, incapaces de resistir por falta de natural desarrollo, la violenta contraccion á que las sometía la abrumadora carga de aquellos mamotretos, fabricados concienzudamente para animales.

Muchos años habian de pasar ántes que llegara á mi noticia la estóica exclamacion con que un filósofo desacreditaba al dolor, apostrofándolo de preocupacion pueril; pero sinó la sabía, la plagiaba inconsciente. Digo esto porque jamás me quejé por mucho que me doliera. Y no se achaque mi sufrido silencio á orgullo ni á esceso de valor, porque provenia de más vulgar orígen, tal como la conviccion suprema de que toda queja reveladora de física blandura, que me incapacitara para el rudo trabajo, me hubiera hecho perder la colocacion sin que me valiera la bula de Meco. Que á no ser de tamaña índole la pena, juro que me hubieran oido los sordos.

Apenas echaba Dios sus luces, comenzaba para mí el jaleo. De la cama, á la escoba, sin tropezar con peine ni jofaina que aplazaran momentáneamente la interesante operacion del barrido matinal; tras el barrido, el fregado; y terminado este en un verbo, sin descuidar mil sábias precauciones encaminadas á perpetuar la integridad de tazas y cachivaches, seguía el acarreo del indispensable café con leche que muchos dias lo tomaban sibaríticamente con sabrosas tostadas mis inmediatos superiores gerárquicos, y tras engullirme rebañaduras y recortes cuando aquellos trogloditas se miraban hartos, empezaba con el entusiasmo cotidiano de reglamento á embadurnar zapatos de todas menas, cuajados de vetustos desperfectos, con una especie de menjurge hecho á domicilio, en el que entraban por iguales partes la grasa, la goma y la tizne.

Era este un trabajo que me hacía recordar á la

Divina Providencia por lo infinito. Jamás se terminaba sin que surgiera la apremiante urgencia de comenzar de nuevo, y solo se concedia imprescindible trégua al trasiego de zapatos y betunes en los minutos consagrados á mal comer ó en las horas destinadas ó mal dormir.

VI.

De fotografía.

Debo advertir que mi situacion en aquella bendita casa nada tenia de escepcional; por el contrario, cuanto me sucedia estaba previsto y decretado como si se tratara de la cosa mas natural del mundo. Estaba dentro del régimen inmutable y austero á que está sometido el dependiente en Cuba, y tropezaba con todos los inconvenientes peculiares á mi puesto de última fila.

La condicion del dependiente es de las más perversas, y de ello solo tiene la culpa la pícara costumbre que viene siendo de antíguo refractaria á toda modificacion; hasta para agravarla más se falta impíamente á los preceptos divinos al negarle el derecho al descanso cada séptimo dia, derecho natural del que está en perfecta posesion todo fiel cristiano desde Adan á la fecha, ménos el desventurado dependiente, tenido en Cuba hasta hoy en condicion de hereje.

Un abuso, por inveterado que sea, jamás tendrá en su apoyo la razon. Si es tolerado por espacio de muchos años y aún de muchos siglos, solo podrá existir

en virtud de esa tolerancia, pero nunca tendrá fuerza legal en el criterio de la justicia; será un abuso permitido, respetado, convertido en ley por la fuerza de la costumbre, pero será siempre un abuso, tan odioso como todos ellos, porque en tratándose de abusos es preciso convenir en que todos son peores.

Y de los pobres dependientes se ha abusado siempre sin consideracion ni misericordia; esta es la verdad. Se les ha sujetado á una disciplina cruel, á una reclusion sin objeto, á un reglamento egoista, á una fiscalizacion humillante. Se les ha exigido el cumplimiento de un deber contínuo, de una obligacion perpétua, sin trégua ni descanso; se les ha convertido en esclavos del público, en maniquíes del parroquiano, en instrumentos automáticos de la especulacion; y todo esto tan al pié de la letra que nadie me podrá tachar de exagerado.

Todo para los otros, nada para él; este ha sido el principio imperante de la vida del dependiente, puesto en práctica con abrumadora exactitud, y que no puede la víctima eludir, ni siquiera pretender modificar, sin incurrir en pena de excomunion mayor. Sólo cuando á fuerza de economías y paciencia sacude el yugo, convirtiéndose en *principal*, se vé un tanto, nunca más que un tanto libre de la tiranía del mostrador, verdadera negacion del derecho humano. Es decir, el dependiente, para mejorar sus condiciones, tiene que dejar de serlo, emanciparse ó morirse, porque solo así se pondrá fuera del dominio del inflexible reglamento de trastienda.

Lo admirable es como esa juventud que en Cuba

compone el numeroso gremio de los dependientes, se amolda á un género de vida que los aisla por completo en el seno de la sociedad, de la que forma integrante porcion, sin quejarse y hasta con alegría.

Pero esto se explica fácilmente: el dependiente es modesto, humilde por educacion y precepto; por todo el oro del mundo no se atreveria á exponerle sus quejas á su principal cara á cara, porque la obediencia al jefe la considera un deber tan sagrado, que faltar á ella, siquiera venialmente, lo tiene por horrible profanacion. Pero en el fondo de su conciencia el dependiente protesta de verse tratado con poca caridad, no ciertamente por su principal, que es su paisano y á menudo su pariente, sino por el régimen general á que está fatalmente sometido.

Su tarea no tiene horas marcadas, ni dias, ni ningun género de límites; empieza con los primeros rayos del sol y termina cuando el sereno avisa que es una inconveniencia tener encendido el gas, porque todos los parroquianos probables están ya en el segundo sueño.

Los zapateros se han hecho del lúnes un domingo especial que consagran al culto de San Crispin, sin pérdida de minuto.

Los barberos, cuya tarea es personalísima y de rigurosa actualidad, se fastidian el domingo fabricando buenos mozos, pero tienen en cambio los lúnes y viérnes para holgar á su antojo.

Pero el dependiente ¿cuando huelga? Sólo cada quince dias, y eso únicamente el tiempo preciso para propinarse un baño ó pasarse el peine.

Si almuerza, ha de levantarse con el bocado en la boca para despachar media vara de crea, que el parroquiano, cachazudo y almorzado, tarda en escojer todo el tiempo que el dependiente necesita para perder el apetito.

Si come, la sopa se le enfria, porque á la primera cucharada se le antoja á un zángano comprarle zapatos á la cria.

Si duerme, le hace dejar la cama más que de prisa un ciudadano impaciente porque le despachen aceite de almendras, aguardiente de Islas, vino seco, una cazuela de á real y *la contra* de pábilo, todo porque á la ciudadana su mujer se le antojó regalarle á hora intempestiva una nueva edicion de su bella estampa.

Esto no sucede siempre, seamos verídicos; puede el de la crea no encontrarla de su gusto; puede el chico no hallar zapatos que le embonen; puede sospechar el marido *de parto* que la cazuela *suena á rajada*, y los tres irse como vinieron. Lo que no falla es que el dependiente se queda con hambre ó desvelado, rabiando de gusto y pensando en lo mucho que le divierte la carrera.

Para esto se expuso á pasar el vómito, cuyas consecuencias conozco; para esto se condena á reclusion rigurosa, ingresando en esa especie de penitenciaria de la industria que se llama almacen.

Aprendí hasta á dormir de pié, utilísima costumbre que adquirir necesita todo dependiente buen cumplidor del precepto que le prohibe tocar una silla, sinó es para sacudirle el polvo. Trás todo un dia bien apro-

vechado en un constante ejercicio, sentía al caer la noche temblores y calambres en las piernas, que solo por un supremo esfuerzo de mi voluntad no se doblaban bajo el peso del busto, no ménos fatigado.

Hay que estar de pié derecho, sin tener ganas, durante muchas horas, para adquirir el conocimiento práctico de semejante tortura.

El andar obligado es el único remedio que puede el dependiente oponer al sueño y al cansancio; pero el espacio disponible, y, sobre todo, legal, para esta clase de ejercicio, no debe tener mas longitud que la expresa del mostrador, colocado á guisa de barrera insuperable entre el dependiente y el resto de la sociedad; barrera que jamás osará traspasar sin poderoso motivo que justifique tan señalada contravencion de las reglas.

De modo que en fuerza de ir y venir por el reducido espacio y estrecho pasillo, desde que se enciende el gas hasta las diez y media bien sonadas y escurridas, se llegan á adquirir tales prácticas de pedestre rotacion que pudieran ser de suma utilidad aplicadas á un molino.

Es indecible el horror con que veia llegar la triste hora de encender las luces. Estaba seguro de que me acometería el mal satisfecho sueño, y tenia conciencia de la inmensa responsabilidad que contraería á poco que la tentacion me arrastrara hasta los bordes de un asiento.

Para hablar de estos desconocidos martirios con pueril ligereza, necesito tener presente mi firme propó-

sito de no sacar á plaza acerbos dolores y silenciosas lágrimas.

Surgen estos detalles de recuerdos evocados, para servir de soláz y honesto divertimiento, ya que es cosa corriente mirar entre risas el ageno llanto. Además el asunto peca de trivial y por tanto indigno de ser tratado en sério.

¿De qué se trata aquí? De un muchacho de mostrador como tantos, que á cientos se ven por donde quiera, séres inéditos é inofensivos que no son acreedores á que se empleé en ellos una parte, siquiera mínima, del sentimentalismo en boga. Habria que perder un tiempo siempre precioso aunque se tenga de sobra, en adivinar en sus ojos mates, en la extraña tristeza que le prohibe las bulliciosas expansiones de la niñéz, los síntomas precursores de la nostalgia, esa enfermedad del alma que Trueba llama bendita, producida por la sed de cariño que nadie satisface.

La prueba de que esos pobres séres sòn dignos de su suerte está en que nadie se ocupa de ellos, como no se necesiten sus servicios. Pero ¡si se necesitan! La nfalibilidad, ese celestial atributo otorgado al Papa, se exige sin contemplaciones al muchacho de tienda en sus procedimientos.

¡Infeliz del que no se equipare con el Papa, por lo ménos!

Si se tratara de la tísica *Violeta*, que se muere al compás de la batuta entre las convulsiones de la solfa, ó del enamorado amante de *Lucía*, que se aplica concienzudamente una terrible puñalada por debajo del

brazo á la misma hora todas las noches, entónces sí que habria motivos para llorar á moco tendido y prodigar esas esquisitas manifestaciones del sentimiento bien entendido.

Quedamos en que habia adquirido las aptitudes necesarias para dormirme de pié, tanto que á mi lado el sargento Liron hubiera pasado por el mortal más despierto.

No sé por donde supe que un señor Larra había compuesto una comedia titulada *No más mostrador*, y con mi criterio oportunista de entónces deduje que el autor habria sido forzosamente muchacho de peletería. Hubiérala escrito tambien yo, á ser capaz de escribir algo sabiendo apenas leer, porque coordinaba en mi magin tramas y líos que me parecian escelentes para correr impresos como la comedia de Larra.

Experimentaba extrañas alucinaciones, inusitados anhelos por llegar á ser algo que no podia precisar; vehementes impulsos de mandar noramala zapatos y mostrador y plantarme en la calle para desahogar á los cuatro vientos el enorme fardo de mis comprimidas expansiones.

Queria verme libre de trabas y servidumbre y armar mi tienda en medio del mundo que entreveía por el agujero de mi estrecha posicion, para proceder en todo conforme me diera la gana.

La trastienda llegó á ser para mí un horrible calabozo, y desde entónces empecé á rendir culto inconsciente, es verdad, pero fervoroso, al augusto dogma de Libertad en lo mas recóndito de mi ser.

Mi cuerpo, mis aptitudes materiales, el trabajo de mis brazos estaban sujetos al régimen; eran para *la casa*. Pero mi ser moral, mi pensamiento, por su índole abstracta y divina, era exclusivamente mio y todas las ordenanzas de la rutina mercantil eran ineficaces para prohibirme edificar á todas horas magníficos castillos en el aire, con los materiales del porvenir, en cuyas construcciones hacia siempre yo, como es de suponerse, papel principalísimo. Forjábame á mi antojo un mundo fabricado expresamente para que en él brillara mi insignificante persona; belleza, galas, mugeres, flores, músicas y aplausos, todo entraba por partes iguales en mis ideologías.

Lo particular era que todo aquel deslumbrante conjunto se movia por mi expresa voluntad, que buen cuidado tenia yo de disponer las cosas á mi gusto. Confeccionaba planes dramáticos, escenas de morrocotudas sensaciones, algo de comedia, en fin.

Todo esto podía traducirse por el cosquilleo de una vocacion en estado embrionario; que si de comedia nó, el destino, que dejaba sentir su influjo en los fenómenos psicológicos que relato, me tenía reservado para personage de sainete.

VII.

Uu buen muchacho.

Por entónces vino Juan.

La entrada de Juan en la peletería fué para mí de gran consuelo. Tenía veinticinco años, era ingénuo y expansivo, entendia de política y de literatura, y le gustaba charlar; modesto y decidido, alegre y sincero.

¡Qué hallazgo para mí!

Yo constituí por mucho tiempo su único auditorio, pero auditorio benévolo, perfectamente dispuesto á aplaudirlo y hasta á admirarlo. Escuchaba con la boca abierta las descripciones del mundo que él había visto, sus ideas de gobierno, sus relatos de motines y espectáculos, con un recogimiento que tenia mucho de uncion. No perdia una sola sílaba, y el interés con que era escuchado redoblaba en Juan el deseo de menudear sus pláticas, introduciendo en ellas mayor número de pintorescos detalles. Tambien yo habia sido un singular hallazgo para él.

Los otros dependientes, que en su olímpico desden

jamás me dirigian la palabra sino bajo la fórmula del mandato, tenian muy á mal que Juan descendiera á entrar en conversacion con *el muchacho*, y así se lo dijeron en dialecto catalan, que era el lenguaje oficial interno, sin que la seguridad de que yo tambien lo hablaba les inspirara la delicadeza del aparte. Pero Juan, burlándose de sus escrúpulos, declaró: Primero; que yo le era sumamente simpático: Segundo; que habia defendido á tiros la Libertad en las barricadas de Barcelona y no estaba dispuesto á aguantar ancas de nadie: Y tercero; que si volvian á entrometerse en sus asuntos, iba á hacer una de *pópulo bárbaro.*

Con tan explícita declaracion, que envolvia amenazas de exacto cumplimiento, Juan consolidó su posicion, un tanto independiente, y pudo ejercer sobre mí un eficaz protectorado.

Salvo un ligerísimo acento de provincia, Juan hablaba el castellano mejor que yo. Corrigió mi pésima prosodia adiestrándome en la lectura, y viendo con pena que yo no sabia escribir, me daba lecciones, que se extendieron hasta la ortografía. A esto dedicábamos las horas del domingo que dejában libres el despacho y los quehaceres de policía. Las noches se desperdiciaban, porque cerrar la tienda y apagar las luces eran una misma cosa.

Juan tenia marcada predileccion por los dramas terroríficos y espeluznantes. Su autor favorito era Bouchardy. Cien veces me relató los argumentos del *Campanero*, de *Lázaro*, de la *Hermana del Carretero*, que yo escuchaba estático, creciendo mi admiracion

é interés á cada nueva audicion. Mi excelente compañero los habia visto representar en Barcelona, y aparte de la trama, cuyas peripecias me entusiasmaban, describia trajes y decoraciones, épocas y atributos, con la sencillez indispensable para que yo, ignorante y curioso, quedara enterado y satisfecho.

De este modo recibí las primeras lecciones de historia y literatura.

La familia *Salviati* llegó á interesarme tan vivamente, que más de una vez soñé que estrangulaba al infame Médicis. Tom fué para mí un héroe legendario, casi divino. Las ideas que iba recibiendo dispersas, al azar, sin ilacion, con la incoherencia nacida de la falta de método, me fueron de gran utilidad. Por lo pronto, supe que Florencia era Italia, como Lóndres Inglaterra, y Edimburgo Escócia. Tal fué mi primer curso de geografía descriptiva.

Pero lo que constituía mi delicia y me elevaba á la cúspide del más motivado regocijo, era un librito en octavo, de crítica política, acerba, vigorosa, punzante. Leíale Juan en voz alta con indecible fruicion, porque aquel libro reflejaba sus ideas que, comenzában á ser las mias. Me contaba que habia sido prohibido por el gobierno, de lo que deducia con puro criterio español, que un libro prohibido por el gobierno no podía por ménos de ser excelente.

Cansado de releerlo, concluimos por sabérnoslo de memoria, y á él pertenecen los versos de cierta cancion de la que voy á transcribir un par de estancias que darán al lector una idea del famoso libro.

Allá van:

"Yo nací del pueblo bajo
y de la gente vasalla,
y aunque soy *de la canalla*,
vivo á costa del trabajo.
Soy de la gente perdida,
como dicen los señores,
á los que con mil sudores
se ganan su honrada vida."

Como se vé, habla un hijo del pueblo, y del *pueblo bajo*, como lo declara en ese arranque de orgullo de chaqueta, que sería un orgullo reprensible si no estuviera justificado por el desden y el olvido de que suelen ser víctimas las gentes tenidas por de baja estofa.

"Yo no gasto, y no me pesa,
de Francia bello *landó*,
que la gente del *caló*
por coche lleva calesa.
. . . .
lucen sus coches algunos,
y luego nos llaman tunos
siendo ellos gente *de araña*."

Aunque el librito no contuviera más que esta estrofa, bastaría ella para justificar la prohibicion ordenada por un gobierno de aquellos tiempos.

"A muchos hacen entierros
lujosos, y gastan cera,

y al *pilluelo* cuando muera
quizá le coman los perros.
¡Gran cuidado me ha de dar
que me nieguen sepultura!
Para un cuerpo de basura,
bueno es cualquier muladar."

¡Bien por la filosofia de los hijos del pueblo!

El libro habia sido impreso en 1844; de modo que la mejor voluntad no puede achacar tales desahogos á la opinion republicana, por la poderosa razon de que en 1844 no se encontraba un republicano en España ni para un remedio, y habian de pasar diez años ántes del advenimiento de la doctrina democrática, dentro de la legalidad imperante.

VIII.

De Herodes á Pilatos.

Sobrevino la catástrofe.

Mis aficiones literarias habian de proporcionarme sérios disgustos desde su comienzo, que tal es mi sino.

Un domingo se presentó un parroquiano pidiendo zapatos de planta y suela, *pespunteados*, que era lo que en aquellos tiempos privaba. Lo serví solícito y elocuente. Hubo de conocer el bribon mi inclinacion á la gaya ciencia, y en tanto que procedía á la indispensable operacion de la prueba, me recitó media docena de *décimas* con tal donaire, que me dejaron lelo. Me fascinó, me magnetizó, me dejó estupefacto con su verbosidad poética, y despues de recitarme con entonacion apropiada un patético trozo en versos de arte mayor, tomó las de Villadiego con los zapatos, sin que ni por asomo se me ocurriera pedirle el dinero,

¡Cómo habia de descender yo, acérrimo entusiasta de la gaya ciencia, á una miserable cuestion de cuar-

tos, tratándose de un prójimo que se explicaba en verso á las mil maravillas!

Se enteró mi principal de lo sucedido por íngenua confesion mia, cuando desvanecido mi entusiasmo, me obligó la conciencia á declarar mi indisculpable tontería. Siguió una escena sentimental, de cuyo trágico relato hago gracia á los lectores; sólo diré que aquel pobre señor carecia de suficiente elevacion de alma para poder apreciar el divino arte de Homero. Entre un racimo de odas y dos pesetas, escogia profana y deliberadamente los cuatro reales. Me llamó tonto, y á pesar de la calurosa intercesion del consecuente Juan, me despidió del establecimiento, á los dos años justos de trabajar en él como un negro, sin la más pequeña retribucion.

La novela de mi porvenir se interrumpió inopinadamente en su primer capítulo, que trataba de los *meritorios*. Ni un real saqué de aquella casa. Verdad es que diez años más tarde se me dió satisfaccion accidental de semejante conducta. No me pagaron por.... un olvido disculpable.

Me encontré en la calle. Eran las doce del dia, en Agosto y en la Habana. A los terribles rayos solares que caian perpendicularmente sobre mi cabeza, yo no podía oponer más que mi gorra de hule, que echaba chispas.

Me divertia.

Pero era feliz. El sentimiento de la pérdida de mi colocacion no me mortificaba demasiado. Habia recobrado la libertad, podia andar de aquí para allí sin pe-

dir permiso, respiraba todo el oxígeno que alcanzaban á contener mis pulmones, ávidos del aire libre de la vía pública.

Llevaba conmigo la mejor patente de honradez, dada mi radical pobreza. Habia trabajado de firme, siguiendo puntualmente el consejo de mi candoroso compañero de viaje, y sacado de mis afanes lo que el negro del sermon. Si en aquellos momentos hubiera tenido á mi mentor al alcance de mi mano, probablemente le hubiera curado de lo manía de dar consejos.

El destino, sin duda, me llevó á las puertas de una imprenta, traspasó conmigo el dintel y me condujo ante el dueño, señor de gran calibre, tan falto de talento como sobrado de bondad.

Tomé la palabra por el destino, y pedí trabajo, que es lo más noble que se puede pedir.

—¿Qué sabe V. hacer?

—Nada, y todo lo que se me mande.

—Corriente; me quedo con V.

—¡Viva! Y ¿donde cuelgan la ropa los oficiales?—Pregunté deseando desembarazarme del gorro que echaba chispas.

Aquel dia, el triste y sufrido hortera se convirtió en alegre obrero, dueño de su persona desde que, terminada la tarea, dejaba reposar las herramientas.

La íntima conviccion de que era libre bastaba á satisfacer mis ánsias de libertad; y contento con la posesion de un derecho que hasta entónces se me habia cruelmente negado, no pensaba ya en ejercitarlo.

La imprenta era á la vez librería, y mi aficion á los

libro tuvo allí ancho campo donde desarrollarse. Lo leia todo; siempre leia, sin órden ni plan, pero esto era lo de ménos. Por laberíntica y embrollada que fuera la instruccion adquirida, siempre era preferible á mi crasa ignorancia.

Fuí aprendiz, luégo oficial, despues *regente*. Sólo en el goce de un sueldo reducido á la mínima expresion señalada en una tarifa egoista por los amos de imprenta permanecí estacionario; y como de lo que hacía á lo que ganaba mediaba una tremenda desproporcion, tenía el dulce consuelo de verme explotado por... el régimen.

¡Pícaro régimen, cuya mision se reduce á servir de padrino al monopolio!

Me eché novias.

Para hablar de mis novias, juzgo cuerdo tratar el asunto en capítulo aparte, que pueden colocar entre paréntesis los que no gusten de rasgos eróticos ni de lances de pantomima.

IX.

Aventuras sentimentales.

Mi primera nóvia se llamaba Leonor. Por cierto que le faltaba el ojo izquierdo y áun sospecho que cuatro de los cinco sentidos.

La amaba á pesar de estar *desojada*, y precisamente por ese pícaro defecto físico que la ponía en berlina. Empezaba á ser filósofo, de la clasificacion de los optimistas, y como me daba fuerte por lo sentimental, quería reparar la poca galantería de la naturaleza, que le había soplado un ojo á mi dama.

Una noche explicaba yo á mi amada desde su reja la teoría de los respetos humanos en su indeclinable derivado del respeto divino, cuando nos sorprendió su padre en lo más intrincado de mi peroracion. No se paró en barras el muy bárbaro, y armó un escándalo superlativo, sin tenerme ninguno de los respetos que yo explicaba á su hija, pretendiendo morijerar sus probables, juveniles ímpetus.

Aquello fué atroz; el estúpido caballero holló en

mi persona las garantías individuales y el derecho de gentes con su paternal *dragonada*. Juré vengarme, y en efecto, me vengué; porque derramé toda mi bílis en un soneto á la niña, en el que á trueque de poder llamarla *tuerta* deseaba verla *muerta* ántes de cinco minutos.

El padre de Leonor había sido peluquero, logrando reunir una microscópica fortuna fabricando moños y peinando peluquines; hombre á su vez de poco pelo, que vivía á costa de los que no lo tenían y recompensaban con liberalidad sus peliagudos primores.

El contínuo roce con gente de cierto viso, habíale proporcionado una educacion tan postiza como los artículos de su industria, y tomó tan á pecho cuanto oía decir de clases y alcurnias, que acabó por delirar con rangos y categorías, sin dignarse tratar con quien no tuviera un tratamiento.

De aquí que yo fuera en su concepto un partido desventajoso para su Leonor, cuya blanca mano destinaba al primer Simplicio que quisiera gastar su dinero en hacerse llamar excelencia.

A hacerme olvidar el melancólico recuerdo de mi mal pagado amor, vino la encantadora María, mi segunda pasion, que habia de tener á su vez un trájico desenlace.

Si el relato de mis sentimentales aventuras arranca de tus ojos lágrimas de cómica conmiseracion, lector, perdóname el abuso; más amargas las derramé yo, y no me mató el sentimiento, á lo ménos que yo sepa. Los aficionados á leer cosas alegres, macarenas y ja-

carandosas harán bien en pasar por alto este episodio, porque, créalo el lector, hay en él cosas capaces de ablandar á la estátua de Fernando VII.

Cerca de la Habana, en una bonita *estancia* pintorescamente situada entre un rio que á duras penas pudiera pasar por arroyo, y las verdes lomas que han dado popularidad á la vetusta Guanabacoa, moraba una modesta familia, modelo de sencillez y virtud, la que me honraba con una cariñosa confianza, y cuyo afecto recordaré siempre con agradecimiento.

Yo—no hay que burlarse—gozaba en aquel círculo una fama de decidor, de poeta, que procuraba afianzar escribiendo ó improvisando incalificables sonetos y décimas sinsontiles, al lado de las cuales pasarían los pentacrósticos de Estrada por obras del más refinado clasicismo. Sin embargo, de vez en cuando solía recitarles algunos versos buenos, que, desgraciadamente, no eran mios

Esta familia, cuyos numerosos miembros se hallaban aún diseminados por la Habana, Regla y San Miguel, se componia de cerca de cuarenta indivíduos. Pues bien: yo tenía el encargo de escribir cuarenta sonetos de natalicios anuales, sin contar los extraordinarios en bautizos, bodas y defunciones. Yo los hacía, sí, y no crean ustedes que me costaban mucho trabajo; escribia infinidad de versos seguidos, cuidando algo de la medida, pero sin inquietarme mucho de la rima; despues los contaba, y dividiéndolos por catorce, tenia un resultado de cuatro sonetos si aquellos llegaban á cincuenta y seis, sistema fácil que recomiendo á los

fabricantes de poesías laudatorias y á todos los coplèros presentes y futuros. El éxito que obtenian mis monstruosas lucubraciones siempre superaba á mis esperanzas. A la sorpresa sucedia la alabanza, despues el aplauso, trás de éste venia el entusiasmo y de seguida el delirio.

Y no, se me tache de exagerado, ni se piense que se trata de una época sobrado lejana, y como tal, de supino atraso, porque debo manifestar que el único mérito de esta relacion es su exactitud y que corría entónces el año 1852.

El dueño de la finca se llamaba don Santiago y habia alcanzado en años la inverosímil cifra de sesenta y nueve. Vivía aún su consorte, excelente y rolliza señora, de no muy buenas pulgas, la que le habia dado una docena de hijos, que á su vez le devolvieron una gruesa de nietos. Conservaba á su lado á sus hijas Rosalía, Lola y María, viuda la primera, solteras las otras dos.

El *viejo* me profesaba un cariño verdaderamente paternal, lo que no impidió que *me leyera la cartilla,* amenazándome con el ostracismo si cedía á la tentacion de enamorar á una de sus hijas. Por lo demás—decía—mi casa y mi persona *enteritas* son de usted. Entónces yo le hacia mil protestas de obedecerle, le llamaba sensato y previsor en su cara y para mi capote tirano y estúpido.

Al mes, no sé dónde ni cómo, habia yo declarado á María una pasion volcánica, que nunca me inspiró, y ella por su parte me correspondía con un sentimiento análogo en todo, hasta en obsequiarme con la más

impertinente indiferencia. Esto no obstante, nos amábamos, puesto que nos lo habiamos dicho dos veces, y además constaba en un soneto kilométrico.

Todos los domingos comia yo con la familia; llevaba al *viejo* cuantos periódicos, diarios y semanales, hallaba á mano, y miéntras él se obstinaba en descifrar la política del mundo, era víctima de la descortesía con que yo me burlaba de su prohibicion.

Llegó el 25 de Julio, dia del avispado D. Santiago.

Se dispuso celebrarlo con toda pompa, y al efecto preparóse un banquete al que deberian asistir todos los miembros de la familia, repartiéndoseles á domicilio esquelas de invitacion que yo me encargué de redactar. Todos, al par que se proponian acudir, anhelaban demostrar al generoso anfitrion su gratitud por medio del indispensable sonetazo. A mí acudieron, y yo tuve la gloria de *construir* en un par de dias el número de sonetos que constituia mi anual tarea.

La fatalidad quiso que diluviara la víspera de Santiago, de modo que el camino estaba literalmente intransitable, y el arroyo que se deslizaba al lado de la casa, en extremo crecido. Pero no fué obstáculo para que la falange de parientes y convidados se dirijiera á la *estancia* á las cinco de la mañana del gran dia. Montaba yo un viejo caballo *moro*, que me hizo una partida moruna, el cual poseia la apreciable cualidad de *irse de manos* cuando lo tenia por conveniente, dando en tierra con su infeliz caballero.

Habíale puesto su dueño por nombre *Maravilla*, sin duda porque el maldito era maravillosamente feo.

Deseando presentarme en la reunion con la mayor decencia á que podian aspirar mis recursos, estrenaba un flus blanco, cortado por Cussell y lavado por la negra Candelaria, una corbata azul de á doce reales, zapatos franceses de corte bajo, medias de olan blancas y un finísimo jipijapa que me costó media onza, por más que ahora apénas valdria la mitad.

Los bolsillos de mi *chupa* estaban atestados de versos de circunstancias, escritos quince dias ántes con objeto de improvisarlos en la mesa, y de los sonetos que la familia me encargára: en el derecho de mi pantalon iba cuidadosamente guardada una epístola para mi ídolo, escrita en un estilo altisonante y sentimental, capaz de inflamar el corazon del mismo D. Santiago; en ella concluia pidiéndole una cita en el naranjal.

Con el lodo hasta la cincha del caballo, llegamos á la *estancia*. Todos pasaron el rio sin novedad, vadeándolo con sus monturas, que guiaban con suma destreza. Cada vez que uno llegaba á la opuesta orilla, era acogido con gritos de júbilo por todos los que se hallaban extendidos en ella presenciando la operacion. Yo fuí el último, lo que me trajo involuntariamente á la memoria aquello del último mono. Saqué los piés de los estribos, los subí sobre la grupa por temor de ensuciar mi blanco pantalon, dí un apabullo á mi sombrero, que se me coló hasta las cejas; y poniendo mi corazon en Dios y mis ojos en las turbias aguas que iba á atravesar, entré en el rio.

—Cuidado!—me gritaron los que me esperaban con los brazos abiertos.

—Por aquí, por allá, despacio; *jale las riendas, abaje las piernas*—gritaban todos simultáneamente.

María, inclinada sobre el mismo rio, seguia con ansiosa mirada mi peligrosa travesía. Ella recordaba sin duda en aquel momento que yo le traia el prometido *velso* para su *taita.*

Palpitante de emocion y miedo, llegué al centro del rio, es decir, á su parte más honda; el agua cubria el pecho del caballo, y éste, alzando bruscamente la cabeza, comunicó á todo su cuerpo un sacudimiento que me puso á dos dedos de la inmersion; despues adelantó unos pasos, parándose en seguida.

Quise hostigarlo, tirándole inconsideradamente de la brida, y se encabritó; asustado bajé los piés, y al hacerlo tuve la mala suerte de rozarle el vientre con la espuela; sentirla *Maravilla*, dar un salto, y fiel á su tradicional costumbre, irse de manos, lanzándome en el rio, todo fué uno. Gritos de angustia resonaron en la orilla, porque de todos era conocida mi absoluta ignorancia en la natacion. En vano procuré, haciendo esfuerzos desesperados, subir á flor de agua; las riendas del caballo que se habian enredado en mis manos me impedian todo movimiento, y tragando agua sin cesar, aterrado por un fin que creia próximo, perdí el conocimiento...

Cuando volví en mí me hallaba sentado en la sala de la casa, siendo objeto de la mayor solicitud y cariñosos cuidados por parte de todos. Pancho, Miguel y Avelino, al verme en el rio, se arrojaron á él, sacándome sin grande esfuerzo.

En cuanto pude hablar traté de ponerme á la altura de la situacion y evitar el ridículo de la caida, procurando reirme y tranquilizarlos, pero al echar una mirada sobre mis vestidos empapados en agua, no pude contener una dolorosa exclamacion. Chupa, pantalon y chaleco desaparecian bajo una capa de lodo, del que no se hallaba exenta la corbata; las medias tenian un color extraño, y, para mayor desventura, habia perdido un zapato. El sombrero fué encontrado á media milla del sitio de la catástrofe.

Fué preciso mudarme de ropa, lo que no se consiguió sin muchas dificultades, porque no la habia que me sirviera; Pancho era muy alto, Miguel muy gordo y Avelino muy gordo y muy alto. El bueno de D. Santiago me sacó de apuros, cediéndome un pantalon azul, de *huesito*, que ni me subia de las caderas ni me bajaba de los tobillos; una camisa de color con dos velas latinas por cuellos y un dedo de puños, y unas pantuflas amarillas, que habian acabado por humillar el talon al verse rebajadas á la categoría de chancletas.

Equipado de este modo, no pude por ménos de establecer una desanimadora comparacion entre el presente y el pasado, y mi corazon consagró un hondo suspiro á la pérdida de sus *elegantes* ilusiones. María se burlaba despiadadamente de mi facha, haciéndole coro todos los que tenian necesidad de alguna cosa que los divirtiera. Esa cosa fuí yo.

Una criada tomó á su cargo reparar la avería, lavando mi ropa, y halló la carga de papeles que con-

tenian los bolsillos, los cuales me trajo en el acto. Don Santiago se comisionó de arreglarlos, como hombre experto en materias literarias, y yo, que andaba mohino y de maldito humor por mi triste aventura, le dejé hacer.

Llegó la hora de comer; pero á pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para que en la comida reinara la franca alegría que siempre las animaba, esta fué silenciosa, casi triste. D. Santiago, sobre todo, parecia muy preocupado y evitaba responder á mis interpelaciones, ó lo hacia á medias, sin dignarse apénas mirarme. Yo estaba avergonzado, confundido, sin poderme explicar tan repentino cambio en un hombre que un momento ántes estrechaba mi mano con efusion. Como sucede siempre en semejantes ocasiones, el descontento del dueño de la casa se reflejó en el rostro de los demás. Todos estaban graves, pero engullian como unos condenados, y devoraban lechones y pavos, quesos y dulces, con el rostro más compungido del mundo.

Terminada la comida, D. Santiago, su esposa y su hija mayor, se constituyeron en junta extraordinaria en la habitacion del primero; se ocupaban de mí. Los demás establecieron un juego de prendas en el que me ví obligado á tomar parte; no recuerdo bien qué juega era, pero estoy seguro de que perdí mi nombre de pila para llamarme *malanga* por espacio de dos horas.

Interin jugábamos, Rosalía dejó á su padre para cerciorarse de si ya se habia secado mi ropa, que estaba

tendida en la baranda del colgadizo. A los diez minutos, la señora de la casa repitió la operacion, y poco despues el mismo D. Santiago se puso á palparla, exclamando en voz alta que ya estaba suficientemente seca.

La crísis se acercaba; comprendí la pulla, y levantándome del juego, me dirigí á D. Santiago.

—Ya está su ropa seca—me dijo.

—Sí—le contesté—y voy á ponérmela en el acto.

En cuanto estuve vestido, le supliqué me mandara ensillar á *Maravilla,* porque deseaba dormir en la Habana.

El no hizo la menor objecion, y hasta ayudó á *habilitar* al maldito *moro;* tal era la prisa que tenia porque tomara yo las de Villadiego. Me despedí de la reunion, dejándola estupefacta con mi brusca partida, y con el rostro encendido de vergüenza, salté sobre el caballo. D. Santiago le sujetaba por las bridas, y al entregarme éstas, le tendí la mano, sin atreverme á decirle adios.

—Jóven—me dijo con un tono en que se notaba la amargura del resentimiento;—yo le he abierto á usted las puertas de mi casa y las de mi corazon, y usted en pago ha tratado de seducir á una hija mia. Tengo de ello una prueba irrecusable en esta carta, en la que le propone usted una cita en el naranjal y á una hora en que no se suelen tener ganas de comer naranjas.

Y me enseñó la que con tanto esmero llevaba yo guardada en el bolsillo del pantalon.

—Por lo tanto—continuó conmovido—usted no debe volver aquí, porque eso seria destruir mi tranquilidad; yo lo perdono y aún lo disculpo, porque se halla usted en la edad de las imprudencias, pero no desee usted ver más á María, y esté de seguro que á pesar de la medida violenta que me veo obligado á tomar, siempre le profeso el mismo cariño.

—D. Santiago—le respondí—no pretendo disculparme, aunque pudiera hacerlo fundado en la pureza de mis intenciones; pero ya que usted lo desea, le juro que desde hoy renuncio á su hija para siempre, y evitaré verla. Mi conducta le convencerá que si he abusado venialmente de su confianza, aún soy digno de su estimacion.

Dicho esto, partí llorando como un niño, es decir, como lo que era.

Algun tiempo despues María se casó y no fué feliz. Yo cumplí mi palabra: no he vuelto á verla.

Unos doce años más tarde me encontré con D. Santiago en el pueblo de Regla. Nos dimos las manos con verdadero placer, y por él supe el fallecimiento de su esposa y la viudez de su hija María, así como otras desgracias de familia; habia vendido la finca, donde tan deliciosos ratos pasábamos un tiempo, y estaba muy acabado por los años y aún más por los disgustos.

Yo le recordé la aventura. Un vivo sentimiento de pena se pintó en su respetable semblante y me suplicó le perdonara el ultraje, á lo que respondí dándole un abrazo.

X.

La costurera de baratillo.

Hasta aquí mi pluma ha corrido con facilidad, que llamaré relativa, porque la mano que la guia fué siempre torpe.

Pero al comenzar este capítulo se detiene indecisa, temerosa, y con razon, de no poder trazar siquiera con aproximada exactitud la figura doliente é interesante de la desventurada niña, de la pobre mártir que á los diez y nueve años abandonó el mundo con el corazon lacerado por horribles dolores y ceñida su frente inmaculada con la santa corona de un inmerecido martirio.

Habíame propuesto no hablar de Catalina en mi insustancial relato de lances que á nadie importan. Pero esta era una determinacion egoista, sugerida por el temor de evocar recuerdos dolorosos que innundaran mi alma de infinita tristeza. Y como era una omision egoista, la deseché generoso, y á hablar de Catalina voy, tributando un recuerdo á su virtud y á su infortunio. Que si yo, hermano suyo por el sentimiento

y el orígen, no escribo su ignorado nombre en estas humildes páginas, fatalmente destinadas á participar del desden con que fueron acogidas las que las precedieron en distintas ocasiones, ¿quién se acordaría en el mundo de la pobre niña?

Catalina murió en los nublados albores de la triste mañana de su vida. Murió porque debia morir, habiéndole cerrado la desgracia el camino donde quizá hubiera hallado su salvacion.

Su cuerpo enflaquecido por la miseria y estenuado por el trabajo incesante, duro y mortal, y su espíritu, cerniéndose en lóbregos horizontes que jamás iluminó la esperanza, tenian forzosamente que sucumbir. El sufrimiento de todas las horas, implacable como el destino, socava al organismo humano, y sólo tiene límite cuando se opera el aniquilamiento del sér que oprime, lacera y consume.

Murió, porque las crueles vicisitudes que amargaron su fugaz existencia hicieron necesaria su muerte. Corazon de cielo, alma de arcángel y cuerpo de mujer, no pudo vivir en un mundo donde el culto á la materia le exigia de contínuo el contingente de su carne, la contribucion forzosa de su juventud y de sus gracias y el sacrificio de su virtud; mundo ávido de poseer aquel cuerpo en la forma externa y tangible de sus perfecciones, que eran poderoso estímulo á su sensualidad.

Ese mundo, idólatra admirador de la belleza en su forma visible, en cuyas aras quema incienso pagano; tan hábil para apreciar los efectos que re-

sultan de la combinacion simétrica de líneas y contornos, no supo ó no quiso comprender que la niña pobre y hermosa tenia derecho á ser honrada; que aquella alma doliente vivia de purísimas abstracciones, acariciando soñados ideales, y castigó su santo egoismo abandonándola á sí misma, como para poner á prueba el temple de su constancia en el infierno de las privaciones.

Catalina se anticipó al fallo de su destino, matándose. Cuando el tubérculo hizo presa en sus pulmones, gastados prematuramente por el trabajo excesivo; cuando sus miembros se secaban y su flaco pecho se rompia con las convulsiones de la tos, precursora infalible del vómito de sangre que la ahogaba; cuando comprendió que sin ser ya útil á nadie, constituía una carga para los demás, apeló al suicidio, abreviando la jornada que terminaba en el sepulcro, dando satisfaccion á su espíritu romántico y valeroso.

Tuvo piedad de sí propia. Cumpliendo el mandato de su voluntad, que le imponía el suicidio, aún pudo ser feliz la que no lo habia sido jamás, porque consiguió dormirse para siempre en brazos de la terrible voluptuosidad del dolor.

Si los que jamás se acercaron á Catalina para consolarla, hallaron en su desastroso fin fácil pretexto para echar sobre su tumba la sombra del crímen, deshaciéndose, ahitos y felices, en huecas declamaciones contra el suicidio, yo veo aún, á través de los años, aquella pobre fosa perpétuamente envuelta en gloriosos resplandores.

Sí, quiero hablar de Catalina.

No era mi amiga, ni mi novia, sino algo infinitamente superior á eso; como yo la quería, quise á mi madre y despues he amado á mis hijos. Ni remota idea terrenal entraba en el cariño que me inspiraba. Para mí, imbuido entónces en las místicas ideas de la niñez, el sitio de Catalina estaba entre los bienaventurados de la iglesia, al lado de los ángeles que en dulce éxtasis contemplan el rostro hechicero y divino de la Madre de Jesús. Así queria yo á Catalina, y como nadie en el mundo la queria más que yo, ella me amaba como quizá no amó á nadie.

Perdone el lector si me complazco en hablar de la infeliz suicida. Yo quiero que la disculpe, como mi razon la ha justificado, y ha de asistir conmigo á la miserable vivienda de la pobre jóven para que sea testigo de escenas conmovedoras y terribles.

No basta el conocimiento á grandes rasgos de lo que pudiera llamarse la parte visible de su historia; hay que asomarse al abismo de aquel corazon, sentir con ella y con ella llorar. De otro modo, no tendria explicacion racional la resolucion extrema que abrevió su existencia.

Raciocinemos: Una vida de lágrimas es una carga insoportable. Esto lo digo á guisa de tésis indiscutible, porque solamente podrian contradecirla los que nunca han llorado. Dícese que el valor, la resignacion y la fé bastan para hacerla llevadera; se añade que los elegidos de Dios deben regocijarse con padecer en la tierra, porque de ellos será el reino de los

cielos. Esto se dice, más aún en verso que en prosa. Pero ni todos tienen esa fé ciega en tal cantidad que por sí sola se sobreponga á todos los sentimientos del alma, ni valor para soportar sin desesperacion los rudos embates de la adversidad, ni abnegacion tan perfecta que logre hacer aceptar al desgraciado su papel de víctima perpétua.

El suicidio es para muchos, y con razon, la única esperanza de sustraerse á la fatal accion de la desgracia inmerecida. El Salvador del mundo, sufriendo pasion y muerte por redimirnos, es un argumento histórico contra esta teoría; pero desde que ha sido preciso invocar la autoridad del cielo para combatirla, bien puede pasar sin gran contradiccion en la tierra. Réstame añadir que yo no cuento entre los calumniadores del suicidio ni á los cobardes ni á los hipócritas.

¡ Que los hombres de corazon pronuncien su fallo, y los infelices que en su abandono llaman á la muerte para conseguir el reposo que no podrian hallar en la vida quedarán justificados!

¿ Quién era Catalina ?

Lo diré en dos palabras: Catalina era una pobre costurera de baratillo.

Los que, viviendo en la opulencia, jamás han procurado indagar cómo viven muriendo las infelices que se llaman así, harán bien en saltar sin leerlo este capítulo consagrado á la narracion verídica de dolores inéditos para ellos; y los que conociéndolos contemplan impasibles el triste cuadro de su perdurable martirio, que

en algo podrían mitigar, tambien obrarán cuerdamente cerrando el libro, si no quieren verse atormentados por una íntima desazon que pudiera tomarse por remordimiento.

La costurera de baratillo es el tipo de la mujer cubana sin más medio de subsistencia que el trabajo de sus manos. Mártir ignorada, santificada por las penas, resignada, perseverante, virtuosa hasta lo inverosímil, sin pasado, sin presente, sin porvenir, cuyos dias no tienen crepúsculos, cuyas noches no le traen descanso. Madre heróica, esposa admirable, que trabaja sin tregua ni provecho todas las horas que puede resistir su cuerpo, doblado por la fatiga y mortificado por el hambre.

Y esto un dia y otro, uno y otro año, toda la vida, en fin.

¿Y de qué le sirven sus sacrificios?

El mísero rincon que hace de cocina en la estrecha vivienda donde vegetan enfermizos y hacinados los séres que adora, permanece todo el dia frio y silencioso, porque en aquella casa no se come sino lo indispensable para prolongar la vida. Un pedazo de carne fresca, un poco de pescado, un dulce, algo que altere la monotonía de los escasos y uniformes alimentos proporcionados por la tienda de la esquina, es saludado y acogido en aquella pobre morada como un acontecimiento.

La costura de baratillo consiste por lo regular en camisas y pantalones de grosero lienzo; ámbas piezas constituyen todo el traje que usan los negros esclavos

en los campos de Cuba, y se llama *esquifacion;* el de las mujeres aún es más sencillo, porque se reduce á una camisa, más ó ménos larga, para todo tiempo.

Pero si grosero es el lienzo y humilde el uso á que se destinan las *esquifaciones*, el trabajo de costura ha de ser primoroso y notable por su solidez, porque ni el baratillero ni el hacendado olvidan que ha de durar seis meses consecutivos cada traje, de los que se provee al negro por San Juan y Noche Buena.

Tales costuras no son aceptadas en la tienda sinó tras un exámen prolijo y pericial. ¡Ay de la infeliz costurera que falte á la sábia proporcion de los ojales, ó altere por descuido la matemática uniformidad del pespunte! Porque la que tal haga ha de pagar el importe de la pieza, superior al producto de su trabajo semanal.

El ajuste de puños, cuellos y piezas menudas ha de ser exacto, tanto como la puntada tiene que ser firme. Para probar la fortaleza de la puntada se recurre á un procedimiento eficaz; el perito tira de la costura con robustos puños, en opuestos sentidos. La buena puntada ha de resistir el formidable tiron con éxito completo; si se alarga, cruge, se abre ó se rompe ¡allí fué Troya! Lo de ménos es la pena en que incurre, consistente en la susodicha indemnizacion; lo más grave es la indispensable repulsa, que irremediablemente oye todo el que esté allí.

La infeliz costurera tiene el alma en un hilo en tanto dura la imprescindible operacion del registro, operacion interminable para su afan. Y cuando una

prenda es desechada porque la tijera avanzó más de lo conveniente, ó se han puesto al revés *mangas, cuadrados* ó *palomillas,* es de ver cómo sus ojos se llenan de lágrimas; cómo sus mejillas se encienden de vergüenza; cómo su lengua, entorpecida por el miedo, se niega á formular la súplica humilde; cómo sus maltratados dedos se enlazan y aprietan sin piedad, retorciéndose de angustia bajo la descolorida manta de algodon; cómo aquel pobre corazon tiembla de espanto ante la consideracion de que toda la miserable ganancia bastará apénas á resarcir el perjuicio.

Y el dueño de la costura está en su perfecto derecho al proceder con rigurosa meticulosidad. Paga su dinero, no importa cuánto, y pues lo paga, quiere estar bien servido. El crédito, basado en la bondad de la mercancía; el buen sistema administrativo y la necesaria severidad á que han de ajustarse los procedimientos, sin incurrir en blanduras ocasionadas á perjudiciales abusos, así lo exigen.

Entre el que paga y el que cobra existe forzosamente un pacto que obliga á ambos contrayentes al fiel cumplimiento de lo convenido. Los términos del contrato son ajenos á la solemnidad del compromiso. El capital fija sus cláusulas, en armonía con sus intereses, pero no las impone á viva fuerza; es la necesidad la que corre en solicitud de la imposicion. Miéntras más sean los necesitados, más restringida será la tasa del jornal; y es natural que así sea, porque la reduccion obedece á un invariable principio económico, que en este caso llamaré la *concurrencia* del hambre.

El caso está sábiamente previsto y reglamentado por la ciencia. Muchos grandes talentos lo han explicado con perfeccion en multitud de volúmenes, llenos de doctrinas que han obtenido sancion legal al sentar jurisprudencia.

Alguna vez el trabajo no quiso ceder á las pretensiones del capital, y buscó, mal aconsejado sin duda, el núcleo de su resistencia en el número. Pero se averiguó siempre que no tenia razon, y la policía cumplió su mision enseñándolo á ser razonable. Los periódicos de órden, hay que hacerles esta justicia, ayudaron calurosamente á tan filantrópica enseñanza, con sus artículos kilométricos y hasta sentimentales, nutridos de riquísima erudicion científica, que no dejaron duda.

Elias Howe, el hombre más útil á la humanidad, superior en mi concepto á Newton, Guttenberg, Colon y Quintana, y á cuantos hombres de génio llenan el mundo con su gloria, dió á la pobre costurera el valioso auxilio de su inmortal y caritativo invento. Pero las generaciones de estas infelices que se sucedieron hasta la mitad de nuestro siglo, carecieron de la ayuda que hoy proporciona la admirable máquina de coser. Los millares de puntadas con que Catalina sujetaba los lienzos, describiendo interminables líneas de microscópicos pespuntes, eran hechas á manos.

Reconozco la puerilidad de estos detalles, pero impenitente y porfiado, he de agregarle otros no ménos pueriles.

La costura recibida de primera mano, obtenia el

precio máximo de un peso por cada docena de camisas ó pantalones, es decir, ocho centavos por cada pieza; pero nada costaba el hilo, del que solian sobrar siempre algunas hebras.

Mas para alcanzar este precio se necesitaba tener suerte, influencia y responsabilidad; si nó, la costura debia tomarse á la *repartidora,* especie de zángano con faldas que ejercia el monopolio otorgado por la proteccion. En este caso, era preciso resignarse á la *saca* ó *quita* de una peseta por cada peso, que se reservaba el zángano femenino.

A ochenta centavos, pues, quedaba reducido el valor de la hechura, no de una camisa, aunque bien lo merecia, sino de una docena, confeccionada con todos los requisitos de rigor.

Lo excesivo del trabajo y la nulidad de la recompensa proporcionarán al curioso lector el secreto de muchas miserias y de no pocas fortunas. Hay que recurrir á la paradoja para explicar ciertas cosas medianamente.

El transcurso de los años, que todo lo cambia ó modifica, ha influido notablemente en que la situacion de la costurera de baratillo de hoy no sea la misma. En efecto, ántes recibia su mezquina paga en moneda contante; ahora en un papel que vale ménos de la mitad de su nominal valor. El cámbio, como se vé, es radicalísimo.

Lector: si ves por la calle á una mujer mal vestida, de indecisa y triste mirada y rostro que refleja las privaciones, llevando en brazos un formidable lío cuyo

peso, superior en mucho á sus fuerzas, encorba su talle y detiene su paso, piensa en lo que acabas de leer, porque esa es una costurera de baratillo para la que nuestra sociedad no tendrá desdenes, pero sí censurable olvido.

Cuando esa mujer desaparezca, el enorme fardo de costuras pasará á otras manos, que la desgracia jamás se muestra perezosa para proporcionarle víctimas.

Con que ya sabes lo que es una costurera de baratillo, y por tanto, lo que era Catalina.

XI.

Momento crítico.

Abisma el considerar la suma de esfuerzos que se veia obligada á hacer diariamente la pobre niña, para proporcionarse con su trabajo medios con que hacer frente á las necesidades perentorias de su familia, compuesta de su padre enfermo y de su abuela materna, casi decrépita.

Ni un solo dia de felicidad habia lucido en su existencia de diez y nueve años.

Nunca la ví reir.

—¿Por qué estás siempre triste y séria? ¿Por qué no ries?—díjele una vez.

—Porque aún no he aprendido—me contestó con amargura.

—La risa es para las muchachas de tu edad una necesidad impuesta por la naturaleza; la juventud rie siempre, y puede tomarse su risa como cosa independiente de la voluntad; yo la he visto animar lábios

marchitos por el hambre... ¿Serás tú más desgraciada que la infeliz mendiga, condenada á implorar la caridad pública de puerta en puerta?

—Sí, lo soy.

—Pues yo digo que nó! La tendencia á exagerar tus males te lleva á decir tonterías.

—No hemos de disputar por eso; por lo demás, tengo mis razones...

—Dímelas.

—Esa mendiga que has visto reir, ha contraido el hábito de la miseria; el hábito ¿lo entiendes? una segunda naturaleza. La mendicidad es para ella una profesion que explota como la cosa más natural del mundo. Pide, con hambre y sin ella; pide siempre, porque su oficio es pedir. La negativa, el desden, la humillacion le importan poco, considerándolas como inconvenientes del oficio. Y cuando la limosna ha sido abundante, se cree feliz miéntras cuenta las monedas recibidas, porque esas monedas no representan para ella más que un salario ganado penosa y honradamente.

—Vamos á ver. ¿Por qué crees eso?

—Porque si así no fuera, la vergüenza la mataria.

—Eres injusta... No te ofendas; los que sufren generalmente lo son. Pero sería más caritativo y más verdadero creer que, resignada y creyente, ha aceptado su miserable condicion sin rebelarse contra la voluntad divina.

—¡Sin rebelarse! Eso es cobarde!

—Cobarde, no; cristiano, sí.

—No se rebela el que tiene conciencia de estar su-

friendo un castigo merecido; pero yo que no he hecho daño á nadie, ni nada malo en mi vida, tengo el derecho de rebelarme contra...

Catalina, visiblemente agitada, dejó interrumpida la frase.

—¿Contra quién?... Acaba.

—¡Déjame, Cándido!

—No, no te dejo. Quiero saber todo lo que piensas. ¿Contra quién?

Catalina, soltando la costura, se irguió altiva, casi imponente. Con acento que revelaba la indignacion que no era dueña de dominar, me dijo:

—Pues bien, óyelo. Me rebelo y me rebelaré miéntras viva contra todos los que conmigo son injustos. Contra la voluntad, si existe, que me ha sentenciado á vivir en la agonía de la desesperacion; contra el mundo, que ciego ó malvado, niega su auxilio á la mujer desvalida y buena, miéntras corre á quemar incienso á los piés de la cortesana, para la que tiene oro y alabanzas; contra tí, Cándido, que has encontrado el reproche como el medio mejor de consolar mis amarguras, porque tú sólo eres un poco mejor que los demás, nada más que un poco mejor que los otros.

Calló. Evidentemente no habia dicho todo lo que sentia, y sin embargo, ¡qué verdad tan profunda encerraban sus palabras!

Continuó:

—Pero yo soy más fuerte que todos; más, fuerte que el mundo. El dia que no pueda más y se me antoje, verás tú á qué poca costa rompo los vínculos

que me atan á la miseria, y me sustraigo por mi propia voluntad á los mandatos de esa paparrucha que se llama destino. Sí, lo verás!

Así era Catalina. Sus propias palabras hacen su retrato. Inteligencia superior, corazon magnánimo y valeroso, no podia aceptar sin protesta la muchedumbre de dolores que agostaban su juventud, quitándole hasta el consuelo de la esperanza, esa invisible bienhechora de los pobres. Digna, porque tenia el derecho de serlo, preferia la muerte á la humillacion, y Catalina pensaba sin cesar en la muerte.

Mi colocacion en la imprenta me permitia ser dueño de mis noches, y las dedicaba á visitar á la noble familia, que llegó á quererme como si á ella perteneciera. El padre de Catalina tenia particular placer en hablar conmigo, y nunca le faltaban pretextos para retenerme á su lado el mayor tiempo posible. Leíale yo sus libros favoritos, y cuando entrábamos en el terreno de las confidencias íntimas, siempre encontraba medio de calmar sus penas.

Alguna vez pretendí socorrer su indigencia con lo poco que podia escatimar á mi mezquino sueldo de aprendiz, pero rehusó cortés y enérgicamente el socorro. Me fingí ofendido, y hasta lo amenacé con no volver más á su casa. Catalina decidió el punto, diciéndome resuelta y sonrojada:

—Pues bien, vete!

¡Orgullosa! ni de su hermano, porque solia llamarme así, aceptaba la dádiva. La idea de la limosna la asesinaba.

Pero no logró impedir un lance crítico y doloroso. Cuando no pudo su padre pagar el arriendo de la vivienda, el casero le estableció juicio de desahucio; fué condenado, é iba á verse la pobre familia en la calle por órden expresa del tribunal.

Este caso extremo habia sido aplazado más de una vez á costa de indecibles sacrificios, y no llegó sino despues de la venta casi total del miserable ajuar de la casa y de haberse impuesto la familia todo género de privaciones para ahorrar, real á real, algunas cortas cantidades que apaciguaran el enojo del inflexible acreedor.

Catalina, que preveia el golpe, ya no se acostaba. Cosia de dia y de noche, sin interrupcion, con nerviosa diligencia, con actividad febril. Reconcentrada en sí misma, indiferente á todo, no quitaba la vista de la costura, permaneciendo horas sin cuento clavada en la silla. La creciente palidez de su faz y los suspiros que á su pesar se escapaban de sus lábios, eran los únicos signos que denunciaban su fatiga. Catalina se mataba trabajando, sin tener piedad de su propio quebranto; lo sabia, pero no le importaba. Acaso, ¿no queria morir?

Yo presencié el acto de comunicársele al padre de Catalina la órden apremiante de desalojar la casa. Hubiera dado diez años de mi vida por no estar allí, pero no pude evitarlo. Aún recuerdo la fisonomía innoble del corchete encargado de cumplir el fallo judicial. Como se las habia con gente pobre, ni siquiera se tomó el trabajo de quitarse el mugriento sombrero

de gruesa jipijapa que traia encasquetado hasta la nuca, como hace toda persona de alguna educacion al entrar en casa ajena, y más en presencia de una señora. Satisfecho de su importancia, empuñaba con insolente prosopopeya su nudoso garrote, sin regaton ni puño, á guisa de baston de mando.

Jamás el principio de autoridad tuvo un intérprete más grosero. Yo no llamaré inhumana á la ley que dejaba desamparados en la vía pública á dos ancianos y á una niña, pero sostengo que su representante en esta ocasion era sencillamente brutal.

Yo ví al infeliz viejo pálido y suplieante ante aquel Neron del género bufo; á la paralítica abuela elevar al cielo sus ojos mates, en los que se pintaba el terror, miéntras sus lábios murmuraban un rezo; á Catalina, blanca como la cera, derecha, inmóvil, con los brazos caidos, contraidos los lábios y los ojos empañados por las lágrimas.

Catalina lloraba. Su llanto me asustó, porque en ella el llanto era tan de extrañar como la risa.

Me eché á la calle como un loco. Corrí á la imprenta; mi principal estaba allí, rodeado de sus amigos, engolfados todos en bulliciosa conversacion; su vestido de lienzo, tan blanco como el finísimo sombrero de paja del pais, y su pañuelo de seda carmesí arrollado al cuello, decian que iba á los toros; aquella tarde Juan Pastor y Gonzalo Mora mataban en competencia. Sobre el mostrador habia vasos y botellas vacias y á medio vaciar de la famosa manzanilla, el vino predilecto de los andaluces.

¡Cuánta alegría allí! ¡Cuánta tristeza en mi alma!

Caí como una bomba en el centro del alegre grupo; llamé á un lado al dueño, y le dije precipitadamente:

—¡Necesito ahora mismo tres onzas!

¿Cómo formulé esta peticion? ¿Qué expresaba mi semblante, trastornado por la carrera y la angustia?

¡Pedir tres onzas de oro adelantadas un aprendiz que al mes no ganaba una! Para tener idea de cuán absurda era mi pretension, se necesita haber sido aprendiz de algo en circunstancias ordinarias.

Nunca olvidaré la mirada interrogante y profunda que me echó aquel hombre. Ya dije que bajo un exterior vulgar poseía un corazon excelente, capaz de realizar los más nobles propósitos. Sin manifestar extrañeza, sin hacerme pregunta alguna:

—¡Tómalas!—me dijo—sacándolas de su bolsillo de seda; y añadió:

—¿Tienes bastante?

Yo tuve vergüenza de arrojarme á sus piés, pero recuerdo que le besé la mano. Jamás se la habia besado á mi padre.

Volvió la espalda, visiblemente conmovido; entónces me asaltó una idea terrible.

—Vá á pensar—me dije—que he jugado, que necesito este dinero para reparar alguna falta.

Fijo en esta idea, me acerqué á él, y poniéndome de puntillas, único medio de alcanzar á hablarle al oido, le dije:

—Son para una obra de caridad.

—Lo sospechaba—me respondió.—¡ Serás siempre pobre !

—Cuánto se le carga á Cándido?—preguntó el encargado de los libros, que habia observado con servil oficiosidad la entrega del dinero.

—Nada!—contestó secamente mi principal.

Aquel hombre honrado ya no existe, pero sí su memoria entre los muchos que lo recuerdan como á un bienhechor.

Cinco minutos despues estaba en casa del casero acreedor.

—Suspenda usted el juicio—le grité.—El deudor le envía estas tres onzas.

—El dinero es suficiente, pero el juicio no lo puedo suspender. Hoy es domingo.

—Pero D. Gregorio,—así se llamaba--domingo y todo, ha ido el alguacil á echar la familia á la calle.

—Oficiosidades extra-legales—me respondió con equívoca sonrisa.—Además, el juicio debe seguir, si no en cobro de atrasos, para exigir al inquilino un fiador que garantice los alquileres en lo sucesivo. Si nó ¡á la calle !

Quedé aterrado.

—Yo seré su fiador,—repliqué irreflexivamente.

Se echó á reir. Su risa me llenó de ira. No he visto reir de más brutal manera.

—¡Tú el fiador, muchacho! Bueno. ¿Y quién te fia á tí?

Tenia razon. Pero no por eso dejé de sentir el ultraje en lo más vivo.

Dominándome con gran esfuerzo, traté de excita su compasion.

—Está usted en el deber de ser caritativo, D. Gregorio; dos ancianos inútiles, una pobre jóven que se mata trabajando...

—Pues que no trabaje.

—¿Cómo?

—Que no trabaje.

—El trabajo es su único recurso.

—El peor de todos. No se haga usted el tonto. Catalina es bonita... Todo seria que acabara de decidirse; usted que tanto se interesa por ella, deberia aconsejarla que se dejara de escrúpulos, por su bien, se entiende. Con tal que ella quisiera...

E hizo un cínico ademan, significativo en extremo.

No quiero describir lo que siguió.

Cegué. La sangre se agolpó á mis sienes. D. Gregorio, la estancia, los muebles, todo giraba á mi alrededor. La explosion de mi ira fué rápida y terrible. El villano podia ser mi padre, y yo castigué al villano.

D. Gregorio, vigoroso y no falto de brios, se lanzó á mí con intencion de estrangularme. De un salto me planté en la calle, y allí me hice firme, dispuesto á todo.

A poco salió el casero; su actitud humilde nada tenia de hostil. Me entregó el recibo de los alquileres vencidos, sin mirarme á la cara, diciéndome:

—Mañana se suspenderá la ejecucion. No le guardo rencor por lo que ha pasado entre nosotros; la culpa ha sido mia, y porque así lo creo no lo des-

pedazo aquí mismo con mis manos. Soy el más fuerte y quiero ser á mi vez ser generoso. ¡Váyase usted!... Se lo ruego...

A ser yo el ofendido, aquel hombre hubiera oido mis excusas; pero se trataba de Catalina y no podia perdonar.

Quería ocultar á ésta que habia pagado al casero, sabiendo cuánto la haria sufrir su exajerada susceptibilidad. No encontrando el medio, renuncié á verla aquel dia. Cuando en la noche del siguiente entré en su casa, estaba sentada en un rincon de la salita, vestida de blanco y envuelta en una manta oscura; sus piés descansaban en alto, sobre una silla colocada enfrente.

—Papá te espera—me dijo con voz débil.—Vé, y vuelve pronto.

El buen hombre me recibió con un abrazo silencioso. No pronunciamos una sola palabra. ¿Para qué?

—Cuéntame lo que te pasó ayer con D. Gregorio—me dijo Catalina.—Es inútil que quieras negarlo, porque... lo sé todo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Él mismo.

—¿Don Gregorio?

—Don Gregorio, sí. Hay que convenir en que su confesion le honra.

—Pero... ¿confesion plena?

—Absoluta, como necesitaba hacerla para ser perdonado.

—Entónces...

—Entónees sé que procedistes con ligereza. No

habia motivo para tanto. ¿Por qué te enfadaste al oir lo que dijo de mí? El criterio de D. Gregorio no es suyo, sino de la sociedad, que él, sin ser un mal hombre, acepta ya formulado, sin tomarse el trabajo de discutirlo. Los hombres como el casero, nunca tienen ideas propias; y, como él dice, más de cuatro cosas hacen por seguir la corriente.

—¡Si tú supieras!—Porque es imposible que ese hombre te haya dicho la verdad.

—Sí que me la dijo; óyela: "Catalina es bonita, y con tal que ella quisiera..." ¿Fué eso lo que dijo?

La poca importancia que parecia dar al ultraje me dejó atónito.

—Precisamente. Eso dijo y ¡eso es una infamia!

—Una infamia, para tí; pero los Cándidos son pocos y aún están de sobra en un mundo que se compone de los don Gregorio. Mira, estoy enferma, y ¡cuando yo lo digo! Para contener la enfermedad que acaba conmigo hay remedios en la botica que cuestan muy caros. Pues por caros que sean, ¿crees que á querer yo, como dijo el casero, me faltaria dinero para pagar la receta? El pensamiento es villano, pero ¡qué le hemos de hacer! Por mi parte no me descuido en tomar la revancha; rechazo la compasion y los halagos del mundo, y me dejo morir porque *no quiero querer.*

Y sin darme tiempo á responderle, entreabrió la manta y sacó del seno su pañuelo teñido en sangre.

La parte del vestido que cubria su endeble pecho hasta el comienzo de la falda estaba tambien cubierta de manchas rojas.

De ordinario Catalina escupia sangre, pero jamás en tal cantidad. Entónces reparé en la marmórea blancura de su rostro, en la dolorosa contraccion de su boca, en mil detalles que me partieron el corazon, y enmudecí á la vista de aquellos síntomas de muerte.

—Desde ayer estoy así—prosiguió ella.—La escena entre mi padre y el hombre del baston me hizo un daño terrible. Creí que iban á llevar á la cárcel al pobre viejo. Despues que te fuiste, yo me atreví á implorar la compasion del alguacil, el que mirándome de reojo, me mandó á la cocina... En fin, Dios querrá que esto dure poco.

—Es preciso hacer todo lo humanamente posible para que te pongas buena. Estoy seguro de que lo conseguiremos, y si tú pones algo de tu parte, la enfermedad, aunque grave, está en el principio...

—En el principio... del fin—respondió sonriéndose. No te apesadumbres demasiado, y yo te prometo no volver á afligirte con mis quejas. Ahora vete, Cándido, que quiero acostarme, porque se me vá la cabeza.

Al irme, me dijo estrechándome la mano:

—No me juzgues ingrata. ¡Que Dios te pague algun dia lo que hicistes ayer por nosotros!

Abandoné la casa con el alma contristada por funestos presagios.

XII.

Peor que Don Gregorio.

A partir de ese dia, la pobre enferma tuvo que renunciar á toda clase de trabajo. Devorada por una fiebre perpétua y careciendo de los recursos que su extrema situacion reclamaba, cada hora, cada minuto que transcurria la acercaba al sepulcro.

Su padre me dijo una noche:

—Me han hablado de un remedio que podria curar á mi hija. Dicen que es una cosa maravillosa; aquí lo tengo escrito para que no se me olvide. ¿Qué opinas tú?

—Que debemos poner su eficacia á prueba. Nada se pierde por eso. Ese remedio brinda una esperanza á que no es posible renunciar.

—Sí, eso mismo pienso yo; pero es que...

El anciano vaciló.

—Que no tiene usted dinero para comprarlo. Déme usted el apunte.

—Si creerás que vás á comprarlo con dos pesetas!

—me respondió con amarga sonrisa.—¿Sabes lo que vale un solo frasco? Pues vale un doblon. ¿De dónde lo vas á sacar, cuando aquí gastas lo que tienes y lo que no tienes?

¡Un doblon!

El dinero tiene dos valores; uno intrínseco, que llamaré absoluto, y otro relativo, al que titularé valor moral, porque no se me ocurre más exacto calificativo. El valor moral del dinero está en relacion directa con la posicion del que lo posée. Vale ménos cuando se tiene mucho, y vale más si se tiene apénas el indispensable para no sucumbir en la lucha por la existencia. Cuando absolutamente se carece de él, el valor del dinero adquiere estravagantes proporciones; la adquisicíon de una peseta puede ser tenida por una fortuna en un momento dado.

Pues bien; el doblon que costaba el frasco de la recomendada medicina, era para mí una suma de colosal importancia. Contando con el acaso, poniendo mi esperanza en algo imprevisto que me lo proporcionara, repetí:

—Déme usted la receta.

El padre de Catalina se apresuró á entregarme el papel. Bien sabia él que yo no tenia un cuarto, pero su santo amor de padre se sobrepuso á su natural delicadeza.

Ya en la calle, anduve á la ventura, sin saber á quién dirigirme para pedirle dinero. Mis compañeros, tan pobres como yo, se hubieran admirado ó reido de mi pretension; pedir en la imprenta... ¡imposible!

¡Qué hacer, Dios mio!

¡Ah! D. Manuel...

Era este D. Manuel un sujeto que ántes habia frecuentado mucho la casa de Catalina, pero sus visitas fueron cesando á medida que las menudeaba yo, y por fin las suprimió de un todo.

Segun Catalina, pasaba de los cincuenta años, pero no representaba más de cuarenta, gracias á los tintes, cosméticos y menjurjes de que hacia considerable consumo. Su cara, revocada siempre de nuevo, tenia una expresion felina, hipócrita y desvergonzada. Entre él y su gato existia ese parecido que se llama aire de familia. Su gato era su delicia, sin que jamás se le hubiera conocido otro género de inclinacion, y ya verémos que, como el gato, sabia sacar las uñas.

Tenia dinero, positivamente mucho más del que se le atribuia. Pero el dinero era suyo, y para él solo. Ni por un ojo de la cara soltaba un real sin su cuenta y razon.

Pues á semejante tipo me dirigí en tan apurado lance. Le hallé en su casa, acompañado del gato, rascando al gato, agradablemente entretenido en hablar con el gato.

Escuchó sin quitar los ojos del animalucho mi peticion, hecha á tropezones, como Dios me dió á entender. Quedóse largo rato meditabundo, quieto, con los párpados caidos y el hocico estirado; al fin, dando un suspiro, que por lo hondo parecia salir del estómago, me preguntó cuándo realizaria la devolucion

del préstamo, en el concepto, agregó, que estuviera en su mano el servirme.

—Mañana—respondí con aturdimiento.

Entónces se dignó fijar en mí sus ojos verdes, lacrimosos y sin pestañas.

—Pues, amiguito, cuenta con lo dicho. Llevará usted el doblon, y esto lo hago contra mi propósito de no prestar mi dinero á un cualquiera. ¡Se lleva uno tales chascos! Tómelo usted, y mucho cuidado con ser puntual. En este punto soy inexorable.

Y me alargó la moneda, delicadamente cogida por el cordon con el pulgar y el índice de su mano derecha, la palma hácia arriba y estendidos los otros dedos en abanico.

Me tocó vacilar.

Tenia conciencia de haber mentido. Era absolutamente imposible la devolucion del préstamo al vencimiento del corto plazo que yo mismo fijara. Aun faltaban seis dias para fin de mes, y yo no podia abrigar racionales probabilidades de tener dinero ántes.

Por un momento pensé declarar á D. Manuel la verdad y pedir una próroga. Pero si tal hacia, confesaba haber mentido, y pensé que esa mentira, aunque venial, seria mal interpretada por un sujeto tan poco benévolo. Además, ante el temor de que cambiara de parecer si le decia la verdad, y la urgencia de adquirir el precioso medicamento, no tuve fuerzas para ser franco, y acepté el compromiso.

¡Sacrificio inútil!

Porque Catalina se resistió tenazmente á tomar la

pócima, y fué preciso abandonar la esperanza cifrada en su buen éxito, por no contrariarla demasiado.

Jamás dinero alguno fué más penosamente adquirido ni peor empleado.

Cumplióse el plazo fatal, y D. Manuel esperó en vano la restitucion del préstamo. Presentía yo que mi falta de puntualidad iba á proporcionarme un gran sinsabor, y andaba triste, preocupado, contando las horas que faltaban para recibir mi mesada.

Por fin me pagaron, y presuroso me encaminé á casa de mi acreedor, coordinando en mi mente un patético discurso que disculpara los cinco dias de retraso.

Pero ántes quise saber cómo seguia Catalina, y puesto que su casa estaba en mi camino, me llegué á verla. En su cuarto habia un hombre de visita... Era Don Manuel.

D. Manuel en persona, con su carita pintada y su airecito de sacristía. El tunante debió adivinar mi presencia allí, porque no se atrevió á mirarme.

Catalina estaba casi acostada en el sillon; era su voz la que percibí al entrar, sin entender lo que decia. Su aspecto de fatiga revelaba que era presa de viva agitacion. Su padre, al verme, escondió el rostro entre las manos.

Siguió un momento de solemne silencio; lo comprendí todo. El bribon me habia delatado; envalentonado por mi falta, habia ido allí expresamente á decir que yo era un petardista, un farsante, quizá algo peor.

Sentí arder mi cara y un dolor horrible en el corazon,

como si me lo oprimieran con tenazas. Si rápido fué mi pensamiento de castigar allí mismo al infame, con mayor rapidez lo deseché ante la consideracion del estado en que se hallaba Catalina.

Hice un esfuerzo supremo, y conseguí dominar la ira; sacando el doblon, me dirigí á D. Manuel.

—Tome usted—le dije—y acepte las seguridades de mi gratitud por el servicio que me ví obligado á pedirle.

D. Manuel tomó la moneda, sin guardarla, y quiso decir algo, pero no lo dejé. Aquel hombre no debia hablar en mi presencia!

—Sé—continué—que he faltado á mi palabra; esto forzosamente ha debido rebajarme á sus ojos... ¡Lo siento! Pero para dejarle en completa libertad de pensar de mí lo que quiera, vá usted ahora mismo á tomar la puerta de la calle.

—¡Si hubiera sabido para lo que usted queria ese dinero!—me contestó temblando de miedo.

—¿Y lo sabe usted ya?—grité sin poder contenerme.—¿Quién se lo ha dicho, quién?

—Yo—dijo el pobre viejo—para disculparte, hijo mio.

Miré á Catalina. Casi se habia puesto de pié, erguida, tiesa, con la mirada brillante de indignacion y el rostro encendido de vergüenza. Una sola frase pronunció, con el tono y el ademan de una reina:

—¡Echalo!—dijo.

Cogí á D. Manuel por el cuello de la levita, y levantándolo sin esfuerzo, porque ni intentó hacer resisten-

cia, lo conduje hasta la calle; una vez en ella, le dí, sin soltarlo, una prueba indudable y asaz significativa del soberano desprecio que me inspiraba.

Vuelto al lado de mis amigos pretendí, entrar en explicaciones; pero padre é hija se opusieron, y no se habló más del asunto.

Iba ya á retirarme, cuando Catalina me dijo en voz baja:

—No te vayas; tenemos que hablar.

Estábamos solos.

XIII.

El último adios.

Sacando del seno una carta, me la entregó, rogándome la leyera.

Era una declaracion de amor en forma, del género tonto, vulgar, altisonante, escrita con letra de expediente, fuerte y redonda, y notable por su pésima ortografía.

—¿Puedo saber quien te ha escrito?

—Ese hombre... No hay que tomar la cosa en sério.

—¡Con que D. Manuel! Ya comprendo por qué vino á ponerme en ridículo á tus ojos.

—Cree que somos novios.

—Y se engaña. ¡Por supuesto que tú se lo habrás dicho así!

—¿Qué me importa que lo crea ó no?

—¿Cuándo te dió esta carta?

—Hace cosa de un año.

—Naturalmente, le contestarias.

—¡Que si le contesté! Y tan cumplidamente, que no

volvió, ni volverá á escribirme.

—Debiste decírmelo entónces.

—¡Vanidoso! ¿Por qué te lo habia de decir?

Tenia razon.

—La verdad es,—le dije—que si D. Manuel no, porque es un novio imposible, será otro. Te pondrás buena y te casarás; esto tiene que suceder, y las sospechas de ese hombre me advierten que mis contínuas visitas á tu casa pueden ser interpretadas de modo que comprometan tu porvenir.

—Ni ese ni ninguno. Mira, Cándido, lo que el porvenir me guarda lo tengo ya olvidado. Es para mí una cosa resuelta.

—No te entiendo.

Catalina me miró de un modo particular; estaba pálida y conmovida sobre toda ponderacion. Me causaba miedo. Tomó mi mano entre las suyas febricientes, y con voz muy baja me dijo:

—Escucha. Hay presentimientos que son profecías; tú no crees en ellos, pero yo sí, porque mi corazon me dice que voy á morirme pronto, y la voz de mis dolores no me engaña.

—Hablas de morirte con tal seguridad, que no pareces sino que tienes á la muerte debajo de la cama, esperando el mandato de tu voluntad. Esa es tu manía de siempre, y cuando te dá por ahí, hay que dejarte. Si vuelves á hablar de morirte, me voy. ¿Lo entiendes?

—Alguien se irá y no serás tú. Pero, en fin, ya que te enfadas, no hablaré de lo único que sabe hablar un

enfermo. Pues volviendo á lo de ántes, si yo hubiera sido capaz de hacer cargar á un hombre con la miseria que me rodea desde que nací, con mi enfermedad y mi incurable tristeza, llevándole por único dote á mis padres ancianos y achacosos, habria pensado en curarme, porque te aseguro que no tengo vocacion para monja.

—Con tal que el hombre de tu eleccion te amase como yo comprendo el amor, lleno de abnegacion y conformidad, esos inconvenientes, que exageras, nunca podrian ser motivos de tardío arrepentimiento.

—De modo que, segun tú, en premio de su amor yo debería hacerlo partícipe de mi situacion.

—Situacion que él haria desaparecer. ¿Pues para qué son los maridos?

—¿Y si á pesar de sus buenos deseos no podia?

—Que se sacrificára como te has sacrificado tú. ¡Pues no faltaria más!

—Eres poco generoso.

—Y tú muy cavilosa.

—Como eso ya no ha de suceder, no disputemos. Queria decirte únicamente, que de haber logrado vencer mis escrúpulos, me hubiera arreglado para escoger marido de modo que mi eleccion fuera de tu gusto... Esto es todo lo que tenia que decirte.

No sé por qué, desde el principio sospechaba esta conclusion; pero al oirla, no pude reprimir un movimiento de sorpresa, que no pasó inadvertido para Catalina, en cuyos lábios se dibujó una tristísima sonrisa.

—Pero—prosiguió—no hay que hablar de ello; y sólo porque tengo la certidumbre de separarme pronto de los que amo en la tierra, me he atrevido á decirte lo que te ruego que olvides para siempre.

Iba yo á contestar algo, seguramente una tontería hija del aturdimiento que me produjeron las últimas palabras de la enferma, pero ésta se anticipó, y cubriendo mi boca con su blanca y estenuada mano, me dijo con tal acento de angustia que me extremeció:

—¡Cállate, cállate, por Dios! todo lo que pudieras decirme lo sé ya, porque me parece que leo en tu corazon, y por lo mismo no quiero escucharlo. Este momento es para mí decisivo y solemne! Júrame que á nadie repetirás lo que esta noche te he dicho, ni á tu mejor amigo, ni á tu mujer cuando te cases! Júralo, Cándido!

—Lo juro... por complacerte. Pero ¿qué te pasa?... Tú me ocultas algo terrible... ¡Cuidado, Catalina, con ofender á Dios! ¿Qué es lo que hay en tu pensamiento? ¿Por qué hablas en el mismo tono que emplearias para darme un eterno adios?

Catalina, conmovida hasta en lo más íntimo de su sér, no pudo sostener su estudiada entereza y se echó á llorar, procurando sofocar sus sollozos con su pañuelo, que á cada instante retiraba de la boca para esconder entre sus dobleces las nuevas manchas de sangre.

—¡Adios!—murmuró haciendo un violento esfuerzo para aparentar serenidad.—Adios!... basta ya. ¡Vete!

—No me voy si ántes no me prometes...

—Todo lo que tú quieras. Retírate tranquilo; no pienses en mí. Es tarde, vete.

—¡Adios, hasta mañana! ¿No es verdad que hasta mañana, Catalina?

No pudo responder. La emocion la ahogaba.

—¡Sí, hasta mañana!—dijo por fin, sin mirarme.

Y haciendo un prodigioso esfuerzo, se levantó del sillon, y dirigiéndose casi de rodillas á su pobre lecho, sepultó su rostro entre las sábanas.

Me acerqué á ella; un movimiento convulsivo conmovia su endeble cuerpo, materialmente doblado sobre las barras del humilde catre de tijera. Sintió que me acercaba, y sin volverse, hizo un enérgico ademan con la mano para alejarme de allí.

La obedecí á mi pesar, pero permanecí cerca de una hora en la calle, junto á la puerta, indeciso, turbado, preso de mortal inquietud. Una fuerza invisible me retenia allí contra mi voluntad.

El sereno de la demarcacion detuvo su paso al llegar á mí, invitándome á seguir mi camino. Comprendí que mi actitud era la de un hombre en acecho, propia para inspirar sospechas. Entónces envié otro adios á Catalina á través de la pared de su vivienda, y me alejé de aquel sitio, fijo mi pensamiento en las extrañas frases de Catalina que habia jurado olvidar.

XIV.

Virgen y mártir.

De vuelta al chiribitil que me servia de albergue, no pensé en acostarme. Sabia que no podria conciliar el sueño, tan grande era la tribulacion de mi espíritu.

Mi aficion á componer versos me hacia enbadurnar diariamente algunas cuartillas, que más ó ménos tarde eran luégo condenadas al fuego, con sobrada justicia Nadie habia leido mis versos, y ménos que nadie Catalina. Era tal el terror que me inspiraba la idea de que merecerían burla ó desden, que los destruia presuroso ó los sepultaba donde no pudieran ser descubiertos fácilmente.

Pues esa noche, impresionado por la escena anterior, tomé la pluma y comencé mi tarea. Los versos que entónces escribí revelan el estado de mi ánimo. Cien veces han estado despues condenados á la hoguera y otras tantas se han salvado, no sé por qué. Aunque poco valen, quiero incluirlos en estas páginas, como

uno de los tristes recuerdos que en ellas fielmente relato.

Hélos aquí:

LA COSTURERA.

I.

Ella y un desconocido.

—La jóven lozana y pura,
¿hácia qué sitio camina?
—A la tienda de la esquina
por trabajo de costura.

—¿Grosero lienzo en tus manos,
que al marfil envidia dan?
—¡Cómo he de ganar el pan
para mis padres ancianos!

—¿Sabes que es pobre tu oficio?
—Haré un esfuerzo supremo.
—¡Niña, llevas al extremo
la virtud del sacrificio!

Ven! mi casa está vecina;
serás feliz desde hoy...
—Dejadme, señor. Ya estoy
en la tienda de la esquina.

II.

La misma y el mismo.

—Niña que mata el pesar,
¿hácia qué sitio camina?
—A la tienda de la esquina
voy mi trabajo á entregar.

—No puedes más...
—¡ Pesa tanto!
—¿Qué fué de tu juventud?
—¡ Murió!
—Tu austera virtud
la envenenó con su llanto.

Te ayudaré en tu camino...
—Dios lo trazó solitario.
—Dios te conduce al Calvario
con la cruz de tu destino.

Un instante... en mi memoria
tienes un recuerdo eterno.
¡ Ven!
—¡No! Dejadme en mi infierno
la esperanza de la gloria.

—¿Nada á mi halago te inclina
cuando á tu socorro voy?
—Dejadme, señor. Ya estoy
en la tienda de la esquina.

A este punto llegaba en mi lucubracion, cuando pasos precipitados y voces que pronunciaban mi nombre vinieron á interrumpirme, haciéndome extremecer de espanto.

Adiviné para qué se me buscaba, y descorrí el cerrojo del cuarto.

—¿Y Catalina?—pregunté al hombre que se precitó en la estancia, reconociendo á un buen vecino que solia acompañarnos algunas noches.

—Catalina está espirando—me contestó azorado y jadeante;—¡corra usted! El pobre viejo está casi loco y lo llama á gritos. Vamos, no hay tiempo que perder.

No quiero decir el efecto que me hizo esta noticia;

fué demasiado terrible, por más que debiera estar preparado á recibirla.

Volé á casa de Catalina; estaba llena de gente. Parecía que se habia dado cita allí toda la vecindad. Sin reparar en nadie, quise penetrar en el cuarto, pero no me dejaron. Quisieron sacarme de allí; yo me resistía con vigoroso esfuerzo, cuando una voz murmuró á mi oido:

—Ya no hay remedio, acaba de espirar. ¡Ruegue V. á Dios por su alma!

Entónces me dejé conducir á la casa del buen hombre que me llevó el aviso. Allí estaba el padre de Catalina. Al verme, lanzó un grito ronco, inarticulado, semejante al ruido que haria un pecho que estallase, rompiéndose en pedazos, y me abrazó.—Cuando pudo hablar, me dijo bajando tanto la voz, que apénas oia sus palabras.

—Cándido, te voy decir una cosa que nadie en el mundo, escepto tú y yo, debe saber. Catalina no se ha muerto...

—¿No se ha muerto?—grité sin poder contenerme.

—No, hijo mio; ¡se ha matado! Escucha como fué.

Es imposible pintar la ansiedad y el dolor con que me dispuse á escucharle.

—La escena del doblon entre tú y ese infame Don Manuel, la hicieron tomar tan extrema resolucion. Me lo confesó moribunda, encargándome que te lo dijera, y haciéndome jurar que si los médicos llegaban á descubrir de qué moria, me opondria enérgicamente á que le hicieran la autopsia.

—No se la harán! exclamé. Nadie tiene derecho á poner sus profanas manos sobre el cuerpo de un ángel.

—Sí, no se la harán, porque el médico que acudió bastante á tiempo para presenciar su agonía, lo comprendió todo, y certificará que ha muerto de tísis... Es un servicio que nunca se lo podremos agradecer como es debido. ¡Dios se lo pague!

—¡Dios se lo pague! repetí.

—Esta noche, despues que te fuiste, Catalina se sentó en mis rodillas y estuvo largo rato abrazada conmigo. Lloraba tanto, eran tan dolorosos sus quejidos, que no tuve fuerzas para intentar consolarla. Me dijo...

El pobre anciano, que no habia cesado en sus lágrimas, se interrumpió, porque le ahogaba la pena.

Serenándose un poco, continuó:

—Me dijo muchas cosas que me llegaron al alma. Nunca olvidaré sus consejos, que yo escuchaba con extrañeza, porque no comprendia entónces lo que querian decir. ¡Si vieras el empeño que puso en que la bendijera y la perdonara!.. Como estaba tan mala, creí que serian delirios, hijos de la enfermedad, y la complací en todo. Por último, trató de convencerme de que ella era una carga y un tormento para los que la amaban, que su muerte era inevitable, y todos los sacrificios que se hicieron por salvarla, inútiles. Volvió á recordar el asunto del doblon y habló de tí con tal vehemencia, que me hizo llorar. Es preciso,—me dijo,—que esta situacion angustiosa termine. Lo que Cándido ha sufrido no quiero que lo vuelva á sufrir...

El pobre viejo se levantó. Necesitaba aire que respirar, y si la debilidad y el dolor se lo hubieran permitido, creo que se habria lanzado á la calle; por fin, cayó pesadamente en la silla, ocultando el rostro entre sus manos, por cuyos entreabiertos dedos se escapaba el contínuo rumor de sus sollozos.

Al cabo me lo refirió todo. Catalina se habia envenenado con fósforos, que á prevencion tenia dispuestos, tomándolos en tal cantidad, que precipitó su fin sin dar lugar á que se le prodigaran los auxilios de la ciencia.

Hora y media duró su agonía; pero cuando ésta se hizo visible, ya la pobre niña apénas existía, habiendo soportado en silencio y valerosamente los horribles efectos del veneno, hasta que, perdido el conocimiento, no fué dueña de sofocar los gritos que le arrancaba el dolor que corroía sus entrañas.

Así murió Catalina, la pobre costurera de baratillo, vírgen y mártir.

- -

Mucho tiempo después, al poner en órden los papeles de mi cómoda, encontré los versos que dejó sin concluir el aviso de que Catalina se moria.

No quise que quedaran incompletos. Tomé una cuartilla de papel y los terminé del modo que sigue:

III.

El desconocido y el sepulturero.

—¿A quien, de la caridad
la revuelta fosa espera?

—A una pobre costurera
muerta en la flor de su edad.

—Breve la vida termina
de la mujer que procura
tener pan con la costura
de la tienda de la esquina.

—Eso se dice en su abono.
Nadie salvarla intentó.
La sociedad la mató
con su culpable abandono.

—Era pobre, y tan hermosa
que siempre fué pretendida
de muchos, para querida;
de ninguno, para esposa.

—¿Y vos?
—¿Sabeis quién soy yo?
Pues escuchadlo con calma.
Quien quiso perder su alma,
y no pudo, y la mató.

Quien con falsa caridad,
dá por por premio á la virtud
un miserable ataud...
¡Paso! Soy la Sociedad.

XV.

Cuestion de ortografía.

La imprenta en Cuba, en la época de mi relato, carecia en absoluto de toda importancia política y social. Viviendo estacionaria, sin tomar parte en el movimiento intelectual que agitaba al mundo, encerrada por la suspicacia gubernamental en un círculo de hierro estrecho y fatal, no podia ser el heraldo del progreso en estas latitudes, donde todo progreso era mirado con sistemática prevencion.

Aparte de la inmutable *Gaceta;* del *Diario de la Marina*, cuya tradicional circunspeccion le daba toda la insignificancia que requerian las instituciones y el criterio dominantes; de la *Prensa*, donde un escritor deplorablemente fecundo hacia las delicias de las damas de aquel tiempo con su *Leopoldina*, su *Jacoba* y su dominical *Galería de la Elegancia*, y aparte tambien del *almanaque* que confeccionaba la imprenta *Fraternal* con Real Privilegio, no se imprimia otra cosa en el género de publicaciones.

Alguno que otro semanario venia de vez en cuando



á alterar la monotonía del conjunto; pero desaparecia velozmente, probando con su existencia fugaz y precaria lo mal preparado que estaba el terreno de la opinion para proporcionar estabilidad, lozanía y desarrollo al árbol precioso de la gaya ciencia.

La triste historia de Francisco Javier Blanchié es la censura más amarga que pudiera hacerse de esa época. Fué preciso que su patética muerte despertara el remordimiento en el corazon de los que lo abandonaron en sus horas de desconocidas amarguras, para que se le hiciera tardía justicia. La apoteosis que siguió á su muerte fué un sangriento sarcasmo de su destino. En vida, nadie queria comprarle sus *Margaritas*, esas inspiradas páginas en las que Blanchié derramó todo el perfume de su alma de poeta; y cuando Blanchié murió, se arrebataron los ejemplares disponibles, por los que se pagaron diez veces més del precio estipulado.

Anuncios mercantiles é industriales; documentos de uso privado, ó mejor dicho, de extricta aplicacion doméstica, que por su índole no hicieran indispensable el permiso de la autoridad, sistemáticamente otorgado de mala gana, y anuncios de funciones teatrales en las que la censura civil tenia que completarse con la sancion eclesiástica, eran los únicos trabajos que constituian la mision civilizadora de la imprenta en Cuba hace poco más de veinte años.

En corroboracion á lo que he apuntado sobre las funciones teatrales, citaré un hecho.

La víspera del estreno de *Los Hugonotes* se le comunicó á la empresa Marty la prohibicion de repre-

sentar la ópera. Y era precisamente esa obra la que podia salvar á la empresa, que habia realizado enormes gastos para presentarla dignamente y hecho romper al gran artista Ignacio Marini su contrato en *Convent-Garden,* para que viniera á cantarla á la Habana, con Salvi, la Steffenone y la inolvidable Angelina Bosio.

La ópera se cantó al fin; pero hubo necesidad de reimprimir el libreto, porque fué preciso bautizarla de nuevo con el nombre de *Güelfos y Gibelinos,* con lo cual quedó demostrado que era una cuestion de nombre la que habia merecido el anatema, en el concepto de los señores que creian firmemente que la calentura estaba en la ropa.

Cualquiera aspiracion, por legítima y venial que fuera, se estrellaba en el régimen. Inspiracion poética, teorías económicas, doctrinas sociales, estudios filosóficos, todo sufria los inapelables rigores del *veto.* Un señor censor llevó su prevision hasta prohibir que se publicara un soneto erótico, del género tonto definido, porque tenia por cargo de conciencia permitir que se le echaran chicoleos á las niñas en letras de molde.

Dado este estado de cosas, felizmente pasado ya para no volver, la imprenta hacia inútiles esfuerzos para desarrollar su esfera de accion. Arrastrando una existencia lánguida y pobre, los que al arte de Guttenberg se dedicaban, estaban condenados de hecho á participar de esa pobreza perdurable. El hábil tipógrafo Patiño, autor de un cuadro hecho con rayas de laton, imitando con exquisita perfeccion y buen gusto

elegantes rasgos de pluma, cuadro que alcanzó merecido premio en la exposicion industrial que en 1851 se celebró en San Felipe, no consiguió ganar más de treinta duros al mes, no obstante su mérito y su diploma.

Con que calcule el curioso lector cómo me iria en la fiesta, yo, que ni era Patiño ni podia aspirar á imitarle.

Es indudable que la fatalidad pesa sobre el pensamiento y sobre todo cuanto por algo entra ó se roza con las sublimes esferas en que se cierne gigante. El impresor, complemento indispensable del génio creador, como agente encargado de dar forma externa y múltiple expresion á sus valiosas concepciones, tiene que participar forzosamente de ese *algo* fatal que condujo á la miseria á Cervántes y á Camoens.

Los que quieran dar ménos abstracta explicacion á los hechos positivos que narra el martirologio de las letras, tienen la palabra.

La copa de mi aburrimiento se desbordó á consecuencia de un suceso de poca monta, en el que hice hinca-pié, para desertar temporalmente del dominio del *componedor*.

Fué el caso que á un señor Alcalde Mayor se le ocurrió publicar un tomo de versos, del que me hice cargo. Ni podia ni debia averiguar la calidad literaria de aquellos versos, cuya docta procedencia era una garantía de su bondad; pero no pude ménos de notar en el texto cierto gazapo ortográfico, condenado por la Academia.

En un romance, el autor, alcalde y todo, escribió

bigote con *v*. Como era de mi obligacion, enmendé la plana á la autoridad, construyendo en mi componedor el sustantivo conforme á las prescripciones del diccionario. Pero en un rapto de soberbia, olvidando que iba á tenérmelas con un autor letrado, ó por lo mismo que era letrado el autor, escribí con lápiz al pié de la *prueba:* "Bigote se escribe con *b*."

¡Nunca tal hiciera!

El Sr. Juez calificó lo escrito por mí de *insolente admonicion;* y aunque aceptó la enmienda, no le cupo en el cuerpo que partiese de persona tan incompetente é inédita. Escribió una carta al dueño de la imprenta entre feroz y sentimental; Neron y doña Dolorida por iguales partes. Mi principal lo tomó por donde quiso, y me echó una peluca para que en lo sucesivo no volviera á hacer tales alardes de erudicion. Le respondí empleando grandes vocablos que lo dejaron bizco; por ejemplo, que yo no era un autómata, sino un ser pensador, que tenia la conciencia de mi deber y la dignidad de mis procedimientos, y otras tonterías por el estilo. Conclusion, que pillé mi sombrero, y tras la consiguiente liquidacion de mi raquítico haber, me planté en la calle, tan pobre, pero tan contento como el dia en que abandoné la tienda de curtidos y zapatos por mayor y menor.

Mi primer cuidado fué buscar al compañero de viaje que me habia aconsejado trabajar de firme para llegar á hacerme rico, pero no lo encontré, de lo que me alegro hoy, que considero pecado mortal estrangular al prójimo.

Mi delito era haber dicho la verdad; y por decirla, un Sr. Juez habia apelado á toda su elocuencia epistolar para que se me castigara. Recordando esto, alguna vez he dicho, apostrofando á la verdad:

Que eras, dijo la malicia,
amarga, imprudente, boba;
y, con notoria sevicia,
te arrimó más de una soba
la vara de la justicia.

¡Digo, si lo sabría yo!

Aquel mismo dia, á las cuatro y doce minutos de la tarde, uno de mis zapatos se divorció de la suela y el otro se rió de la ocurrencia...

Pensé pegarme un tiro, pero faltábame escribir cuatro versos para terminar un poema *á la luna*, y el astro de la noche tenia derecho á la prolongacion de mi existencia por el término de cuatro renglones. Además, la luna es mi gran amor, mi inseparable compañera, sin la que no puedo vivir. ¡Tan acostumbrado estoy á quedarme á la de Valencia!

XVI.

Cómico de la legua.

—Pues nada, lo dicho; te vienes con nosotros. Precisamente hace falta en la Compañía un galan jóven que sepa leer de corrido para que nos *apunte* cuando el apuntador de número se achispe.

—Pero, hombre, ¡cómico yo! Si en mi vida las he visto más gordas!—Contesté á mi amigo Lázaro, exaprendiz de imprenta, y actor á la sazon de gran nombradía en los principales teatros de Quivican y Ceiba-Mocha.

—Eso no importa; tanto como tú sabia yo de comedias, y con un sólo ensayo hice el Theudia del *Puñal del Godo*. ¡Si es la cosa más fácil!

—¿Y el arte? No cuentas para nada con el arte?

Lázaro se sonrió con sorna, mirándome de reojo, como queriendo decirme: ¡Qué tonto eres!—Por fin, dijo:

—Sí, el arte es sin duda una cosa muy buena, pero no indispensable; la prueba está en que los principales artistas no le hacen maldito el caso.

—Hay que expresar con verdad y talento terribles pasiones; hay que saber llorar y reir, fingir pataletas y hasta morirse con todos los periquitos de rigor en momento tan comprometido; hay...

—Lo que hay que hacer es decir y ejecutar con toda exactitud cuanto diga el papel. ¿No ves, tonto, que todo está allí escrito? Mira. Cuando el papel dice: fulano *al paño*, se pone uno donde le vean y no le vean; si ordena bajar al proscenio, indica que la emprendas á paso redoblado sobre la orquesta; el *foro* es todo lo que te queda por detrás cuando miras al público, y segun por donde has de tirar es izquierdo ó derecho; siempre se entra y se sale por allí cuando se viene ó se vá á la calle; por último, si el apuntador te dice *mútis*, tomas el portante, miéntras más pronto, mejor.

—¡Primera leccion!—respondí:—En efecto, veo que no es tan difícil como lo suponía. ¡En diciendo uno lo que está en el papel!... Bueno. Me decido. Pero, ¿y si el público me silba? porque chico, yo no tengo formado un alto juicio de mis facultades dramáticas.

Fué magnífica la mirada de superioridad y gentil desden con que me abrumó Lázaro.

—El público, se dignó responderme al cabo de un minuto, empleando en vencer su repugnancia de entrar en detalles ridículos, el público no silba nunca. ¡Qué sabe él!

—Vaya, pues si el público no sabe nunca una palotada, estoy á tus órdenes.

—¿Cuántas camisas tienes?

—¡Hombre! tres ó cuatro.

—¿Blancas?

—A veces.

—¡Poquillas son! Tendrás que vestirte de limpio cada vez que salgas á la escena... No es indispensable, pero sí conveniente.

—Compraré una ó dos. Tengo dinero.

—¿Mucho?

—Unos quince pesos.

—¡Demonio! eres capitalista. Pues bien, negocio concluido. Se lo avisaré al *autor.*

Y como la palabra *autor* me hizo efecto: Lázaro agregó:

—Se llama *autor* al que forma la Compañía, especie de zángano que hace trabajar á los demás y siempre se lleva la parte del leon. El nuestro, por excepcion, es un bendito. Te espero esta noche á las ocho en punto en la calle de la Maloja número... Allí ensayamos hoy *Honra y provecho.* Te presentaré á los compañeros y serás incluido en el *elenco* de la Compañía.

—Iré.

—A las ocho, no lo olvides.

—A las ocho. Seré puntual.

Al despedirnos, me dijo Lázaro:

—Vé pensando en el nombre que vas á adoptar. El tuyo es demasiado prosáico. Hay que llamarse Cesar, Aquiles ó algo que se le parezca. Si no corres peligro de que te confundan con el vulgo. Podrias llamarte Bruto si no fuera demasiado significativo... En fin, ya pensarémos en ello. Hasta la noche.

—Hasta la noche, le respondí pensativo.

Al siguiente dia pertenecia ya por aceptacion unánime á la legion artística de la que mi amigo Lázaro formaba parte integrante.

Lázaro me fué presentando á todos mis nuevos compañeros uno á uno, por órden gerárquico.

El *autor* se llamaba D. José Rojo, y no se incomodada porque le dijeran *Tribilin*, apodo del que se hallaba en perfecto goce desde su juventud. Era un pobre diablo, pequeñuelo, activo, bullicioso y embustero sobre todo encomio. Este tal figuraba como marido, vamos al decir, de

Doña Josefa de la Cerda y Cabrales, natural de Cuenca, primera dama de los teatros nacionales y de la América del Sur, á la que llamaban la Cabra, por apócope. Era mi señora doña Josefa dama principalísima, de maneras acompasadas y solemne perspectiva; no habria sido fea, pero las pecas que alfombraban su rostro amojamado, y sus ojos, que parecian ribeteados con tafilete por la casi total carencia de pestañas, le daban cierto aspecto repulsivo; la *Cabra* era tia carnal de

Sofía, dama jóven y graciosa, muchacha enfermiza, alta, rubia, sin expresion, voz ni talento, pero huraña y pretenciosa al par qne glotona y mal intencionada; este dechado de perfecciones era... ¿cómo lo diré, Dios mio? la amiga íntima de

Felipe Travieso de Altamira, hijo de su madre y de su padre probablemente, nacido en cualquier parte, flaco como Sofía, rubio como Sofía, y como Sofía tonto y

maligno. Hacia de primer galan, y era admirado por su voz estentórea, entonacion hueca y campanuda, por su desembarazo en la escena y por el garbo con que empinaba el codo.

Lázaro hacia los *barbas* y los traidores; ¡él, que no tenia más hiel que una paloma! Además, servia de amanuense á Tribilin, de mandadero á la Cabra, de curandero á Sofía y de ayuda de Cámara al insigne Travieso.

Por razon de categoría, aquí entro yo, pero no el Cándido que el lector conoce, sino Segismundo del Rosal, bajo cuyo nombre me afilió Lázaro en la Compañía.

Formaban parte de la sociedad dos tipos más, encargados de hacer los *bolos*, sacar papeles y llevar el traspunte, y el consueta titular, sujeto que de ordinario servia para poco y en casos excepcionales para maldita la cosa. Viejo, gruñon, cínico y borracho, sólo tenia cabida en tan ilustre corporacion por la proteccion decidida de la Cabra, en cuya compañía andaba hacia lo ménos treinta años.

Antes de firmar la especie de contrato que me presentó Tribilin, quise averiguar lo que iba ganando. Entónces el *autor* me entregó un papel en que se leía:

COMPAÑIA DRAMÁTICA.

EMPRESA ROJO-CABRALES.

Relacion de sueldos nominales asignados á los artistas:

Primera dama........................	$ 1000
Primer galan........................	„ 1000
Autor	„ 1000

Primera dama jóven y graciosa........	„	800
Segundo galan	„	700
Galan jóven (éste era yo).............	„	500
Primer consueta	„	500
Dos partes por medio á $ 300.........	„	600

¡Menudo salto pegué yo al verme inscrito en la anterior lista con el fabuloso sueldo de quinientos pesos al mes! Pero poco me duró el regocijo, sólo el tiempo que tardé en saber que tales sueldos eran nominales, y sólo servian para fijar lo que proporcionalmente correspondería á cada quisque cuando hubiera dinero que repartir.

Decidió Rojo, con audiencia de la Cabra y Travieso, que se trasladara la Compañía al villorrio de R*** donde daria tres funciones en otros tantos dias que durarian las solemnes fiestas en honor del santo Patrono del pueblo.

Los pasajes, fletes y viáticos eran de cuenta de cada artista, porque no debian entenderse vigentes los contratos sino desde el momento en que se alzara el telon, en cuyo instante entraba la sociedad en el goce del beneficio de la participacion. Como yo tenia poco dinero, y ménos Tribilin, segun me lo declaró sin que se lo preguntara, me ví obligado á vender mi saboneta de plata en la plaza del Vapor, pero conservando previsoramente la leontina de similor, á fin de salvar las apariencias.

XVII.

Habilidades de Tribilin.

—Amigo Cándido,—díjome Tribilin—vamos á redactar los programas que debemos llevar impresos. Puesto que Lázaro no está aquí, le nombro mi secretario *ad hoc*. Ahí tiene usted papel y demás utensilios; yo le iré dictando, y si se le ocurre algo bueno, agréguelo de su cosecha, porque yo sé que le dá á usted por ahí.

—Al avío; vaya usted diciendo.

—*Teatro de...* deje usted en blanco el nombre del pueblo.

—¿Pues no vamos á R***?

—¿Qué importa? Los programas han de hacerse de modo que sirvan para todas partes; así no hay desperdicios.

—Adelante, pues.

—*Gran Compañía Dramática Española, bajo la di-*

reccion de los eminentes primeros actores de los teatros nacionales, la Sra. Doña Josefa de la Cerda y Cabrales y el Sr. D. Felipe Travieso de Altamira... Ponga usted debajo de cada palabra unas cuantas rayitas, para advertir al cajista que debe poner letras gordas...

—Demasiado sé cómo ha de escribirse para que el cajista lo entienda.

—*Y de la que forman parte los aplaudidos primeros actores Srita. Doña Sofía Sosa, D. Lázaro Almansa y D. Segismundo del Rosal...*

—¡Pero, hombre,—exclamé—esto es una barbaridad! El aplaudido actor D. Segismundo soy yo, y yo ni soy actor ni me han aplaudido en mi vida; y hasta tengo mis razones para sospechar que me van á dar una grita soberana en cuanto me vean.

—Amigo, usted es recluta y no entiende el negocio. Yo sé lo que me hago y no admito réplicas. Ah! Ponga tambien ahí las consabidas rayitas...

—Vaya por las rayitas.

—Escriba usted:— *Magníficas y extraordinarias funciones para los dias...* (en blanco la fecha) *del corriente.*

—¿Pongo rayitas?

—¡Sí, canastos! lo ménos media docena en lo de magníficas y extraordinarias.

—Pues á otra cosa.

—*Al público. La Empresa tiene el alto honor de ofrecer al bondadoso é ilustrado público de...* el nombre en blanco...

—Pues no sabiéndose de qué pueblo se trata, me

admira que se haya averiguado de antemano que son ilustrados y bondadosos sus habitantes.

—¡Toma! y tambien magnánimos y filantrópicos. Eso se dice siempre, pegue ó no pegue.

—Siga usted.

—*Al ilustrado público de... tres sorprendentes funciones dramáticas, deseosa de dar á conocer á este culto vecindario* (¿lo vé usted?) *las más reputadas obras del moderno teatro Español, las cuales serán puestas en escena con todo el aparato que requieren sus argumentos, segura de que este ilustrado público...*

—Van ya tres ilustraciones.

—¡Aunque vayan noventa! *De que este ilustrado público sabrá corresponder á los inmensos sacrificios y desvelos que por complacerle ha hecho la Empresa, con la generosidad y galantería que tiene acreditadas, por cuyos favores le anticipa la expresion de su más profunda gratitud.*—¿Está listo?

—Listo.

—Al pié se pone *La Empresa*, á guisa de firma del preámbulo.

—A otra cosa.

—*Orden de la funcion. Primero: Sinfonía...*

—¿Por la orquesta?

—¡Qué orquesta ni qué berenjenas! Si creerá usted que en R*** hay músicos! La sinfonía se compone de una dancita, *la majúa* ó *alza la pata*, tocada por un organillo con el correspondiente acompañamiento de timbales. Con esto basta, y hasta sobra.

—Enterado. ¿Qué vá despues de *la majúa?*

—*Segundo: El magnífico y sublime drama en tres actos y en prosa, original del afamado literato D. Isidoro Gil...*

—Traducido, querrá usted decir.

—Es igual, *en el que tanto se distingue el eminente primer actor Sr. Travieso de Altamira, titulado ¡La Carcajada!—Reparto de papeles...*

Dejé de escribir.

—¿Qué mosca le ha picado, amigo Cándido? Siga usted escribiendo, que aún falta lo mejor.

—Permítame usted. Hay cosas que son verdaderas heregías, y de esas cosas llevamos hechas lo ménos dos docenas en diez minutos! Mi conciencia no puede ménos de sublevarse con la perpetracion de tantos crímenes. ¡Caballero Tribilin! Yo, aunque mal me esté el decirlo, soy un hombre de bien.

Tribilin prorumpió en una carcajada que hubiera hecho honor al eminente Travieso representando la obra que acabábamos de anunciar.

—¿Con que tenemos escrúpulos, Sr. Cándido?—me dijo con tonillo irónico.—¡La falta de costumbre! Pues bien, ya que le repugna tanto la mentira, haria bien en abandonar el teatro, donde todo es farsa. Tiene usted á mal que yo, que nosotros, pobres cómicos de la legua, engañemos al público, que se deja engañar ó gusta de que le engañen, porque, despues de todo, á nadie le ponemos puñales al pecho para que concurra á la funcion, y no tiene una sola palabra de censura para las grandes empresas, las empresas sérias á cuyo frente se ponen hombres que se han hecho célebres por famosos

manejos que han costado muy caros á los públicos de las grandes ciudades... Más caridad, Sr. Cándido! Nosotros, infelices comediantes de aldea, desacreditados por los que no valen más que nosotros, no sabemos quedarnos con el dinero ageno, cogido en la trampa del abono por un número de funciones, que una estudiada bancarrota deja sin cumplir.

Tribilin se habia puesto sério, casi grave. No pude ménos de reconocer que no le faltaba razon.

—Pero, Sr. Tribilin, ¿qué necesidad hay de mentir al público, haciéndole promesas que no han de cumplirse?

—Mentira venial, amigo mio! ¿De dónde sale usted? La verdad no se le dice jamás al público, que no sabria apreciarla y castigaría la franqueza con su retraimiento. Hay que alucinarlo, adularlo, estimular su curiosidad, hablar á sus sentidos. Nada hay más natural tratándose del teatro. Pregunte usted á las grandes empresas si han dicho alguna vez la verdad! No, jóven inexperto y sensible, no la dicen ni la dirán jamás... Con que, prosigamos nuestra tarea. ¿En qué estábamos?

—Repartiendo los papeles.

—Eso es! Travieso, que es un pérdis, dicho sea sin ofenderle, hará al virtuoso *Andrés*, y para que el contraste sea completo, usted, que es un bendito, hará al bribon de *Leopoldo;* mi mujer se encargará de la *Sra. Lagrange...* y rabiará más de lo que acostumbra, por aquello de las arruguitas...

—Tenga usted presente que la obra requiere tres mujeres y sólo hay dos en la Compañía.

—Sí, ya lo sé.

—Siento curiosidad por saber cómo vá usted á componérselas.

—Perfectamente; contando con usted.

—¡Sr. Rojo! Conmigo no se puede contar para nada que no sea razonable.

—Por sabido, amiguito. Se trata sencillamente de que usted, que lo entiende, mistifique con habilidad el sexo de la *Sra. Magdalena*, haciéndola pertenecer, corregida y aumentada, al género masculino.

Tocóme echarme á reir, y lo hice con la mejor voluntad.

—Eso se hace con un par de plumadas donde sea menester. Como la comedia está escrita en prosa, no hay peligro de estropear consonantes. Dice cualquiera:—¡Mi querida Magdalena!—Pues que diga:—Mi querido Magdaleno!—Es lo más fácil.

—No digo que sea cosa del otro juéves; pero, Sr. Rojo, hay en el drama situaciones que, en buena moral, rechazan la metamorfosis. Mire usted; la Sra. Lagrange, aunque entrada en años y achacosa, todavía está de buen ver, porque las actrices no se quieren poner, viejas y ménos las que lo son de hecho...

—Recojo la alusion en nombre de Pepa.

—Usted fué quien lo dijo. Pues bien, ¿le parece decente que tan guapa jamona viva sola con un hombre, que se encierre con él delante de la gente, que se deje vestir por él y hasta desnudar, que es más grave, y que haga comprender al público, por la intimidad del trato, los servicios secretos que un improvisado Mag-

daleno se verá en el caso de prestar á su doliente ama? Por más que usted se empeñe eso seria monstruoso.

Pensé haber confundido á Tribilin, pero este repuso con la mayor sangre fria.

—Sí, puede suceder eso que usted dice; pero donde eso suceda, se apela á la mutilacion. ¡Abajo el *parlamento!*

—Señor mio, ese es un grito subversivo.

—¡Abajo la *situacion!*

—¡Caballero! Usted es un faccioso.

—¡Abajo la escena!

—¡Pues que caiga hasta el autor! Pero si echamos abajo todo eso, el drama...

—No se inquiete usted; por mucho que le quitemos, siempre quedará drama bastante para hartar al bienaventurado público de R***

Terminóse la redaccion del triple programa sin nuevas disputas. Las tres funciones debian concluir invariablemente con un *divertido fin de fiesta,* terminado el cual se bailarian las *danzas de costumbre.*

El programa tuvo por digno remate una nota, asaz previsora é importante, por lo que se ponia en conocimiento de los concurrentes que llevaran sillas, si, como era presumible, se querian sentar.

XVIII.

Salida á campaña.

El tren ascendente número 1, de viajeros, salió de la estacion de Villanueva á las 5 h 40′ de una fresca mañanita de Febrero, disparado como una bala, rugiendo y echando chispas, y envuelto en la nube de humo negro, espeso y caliente, que sin cesar arrojaba la locomotora por el cráter circular de su chimenea.

Sentados de dos en dos en los estrechos, súcios é incómodos banquillos de un coche de tercera clase, que más que coche debiera titularse carro, iban caminito de Vuelta-Arriba los notables artistas que componian la *Gran Compañía Dramática Española,* bajo la direccion de los eminentes, etcétera.

El esclarecido primer galan Sr. Travieso de Altamira, se acomodó como pudo en un ángulo extremo del asqueroso vehículo, optando por arrinconarse como el más vulgar de los viajeros, en cámbio de poder apoyar en las paredes del carro su innata pereza, pero dando á comprender con sus resoplidos y torvo ceño

lo vivamente contrariado que se hallaba por la degradacion de tener que viajar en tercera clase un personaje de su rango.

La Sra. Cabra, por el contrario, demostraba hallarse muy contenta. Nada más natural, porque se trataba de ir al campo, y está probado que á las de su nombre le tira lo verde.

Sofía estaba furiosa; no cabia en el coche. Tal era su nerviosa excitacion, que temí se fuera á arrojar por la ventanilla. Todo para la escuálida muchacha habian sido contratiempos. Se empeñó en viajar con sombrero, y se quedó sin sombrero por la sencilla razon de que no hubo con qué comprarlo; las botas, adquiridas á última hora y á escape, resultaron estrechas y la mortificaban horriblemente, haciéndole ver á cada movimiento todas las estrellas del Cosmos. Con tales apreturas, sus soliviantados juanetes llegaron al grado máximo de hinchazon y sensibilidad.

Quejábase Sofia amargamente de haber perdido por el camino, en la festinacion de la marcha, pañuelo y abanico; pero el tunante del apuntador, que fiel á su costumbre, iba ya entre Pinto y Valdemoro, se permitió abrigar sérias dudas sobre la verosimilitud del percance, suponiendo que áun cuando resultase probada la fabulosa existencia de ámbos adminículos, siempre quedaría la duda de si habian sido perdidos por Sofia ó empeñados por Travieso.

Por último, la egoista actitud del primer galan, pomposamente repantigado en el centro del raquítico banco, monopolizándolo para él solo, le quitó el con-

suelo de viajar en su amena compañía. Como se vé, no le faltaban motivos á la pobre mujer para estar hecha un basilisco.

Al soñoliento grito de ¡ papeletas! dado por el conductor del tren, que asmático y mal humorado, escondia su cara de vinagre en una tupida bufanda de casimir ceniciento, cuyos extremos, coronados de flecos, se asomaban por la estrecha espalda del digno funcionario, cada uno se apresuró á exhibir la suya. Esta escena tenia algo de cómica gravedad, que me hizo reir; porque el conductor, calados los lentes, hacia un simulacro de exámen acercando el boletin á la luz de un farol sostenido á la altura necesar a por un hijo de Confucio, literalmente cubierto de mugre, y pugnaba con escasa fortuna por dejar sobre el carton las huellas de su mision fiscalizadora, sirviéndose de un instrumento que no tenia fuerzas para esgrimir con éxito; de modo que convertía en círculos de bajo relieve lo que exige que sean perfectos agujeritos la liturgia establecida por la Empresa con el laudable propósito de velar por la integridad de sus intereses.

En Güines almorzó el que quiso y tuvo con qué. Tribilin declaró, por su cuenta, que la Cabra no tenia apetito, y el insigne Travieso adujo por la suya que la Cabrilla se hallaba intercadente.

Por fin, llegamos á R***. Las señoras se alojaron en una casucha de mala muerte que les cedió el bodeguero, con el autor y el ilustre galan. Lázaro y yo conquistamos un puesto en la barbacoa de la bodega, en cuyo

patio estaba el llamado teatro, que de ordinario servía para lidias de gallos.

Los demás artistas se evaporaron. En el resto del dia no se les pudo echar la vista encima.

Como dos de las obras anunciadas eran de *traje*, se acordó por unanimidad de la asamblea que se vistieran de *chambergo*, por más que entre las épocas de cada accion existiera secular distancia. Para que el chambergo fuera el preferido en absoluto, se tuvieron en cuenta muchas y discretísimas razones que acabaron por sobreponerse á las reclamaciones de la verdad histórica; entre ellas merece citarse la de que, en cuanto á trajes, no habia otros, y excuso exponer las demás.

Sólo el famoso Altamira poseia más rica indumentaria. Además del útil chambergo, tenia dalmática y una especie de tonelete de tafetan amarillo salpicado de lentejuelas, un espadin de músico y un espadon con taza en la empuñadura, en forma de sarten, que su dueño aseguraba pertenecía á la época de Hernan Cortés, y varios utensilios de embrollada clasificacion, á los que Travieso llamaba enfáticamente lorigas, escarcelas, manoplas y coturnos.

Llegó el dia, la hora, el momento de alzar el telon. Todo estaba listo. El local, alumbrado por multitud de luces producidas por enormes mechas de torcido pábilo que sobrenadaban en océanos de aceite de Sevilla, mal contenidos en cazuelas de alto bordo; la concurrencia, alineada en bancos y taburetes; timbal, güiro y *armonium* habian terminado felizmente su

cencerrada, á la que se llamó piadosamente sinfonía; el apuntador, metido en la concha, con las piernas colgantes, se esforzaba en ahuyentar á las gallinas, puercos y otros animales domésticos que habitaban bajo el tablado y venian á dar con sus pantorrillas; y los artistas, con sus trajes cepillados y sus caras retocadas de nuevo, esperaban la señal.

Para mayor lustre del espectáculo, el Sr. Capitan pedáneo, tras algunas vacilaciones, se habia dignado presidir la funcion en persona, cuyo alarde de capitanesca democracia puso de mal talante al respetable salvaguardia, su delegado de ritual.

En fin, solo faltaba quitar las infinitas telarañas que habian tomado pacífica posesion de telones y bambalinas, y espantar á escobazos las sabandijas que en copioso número infestaban la escena.

Sacudidas las unas y dispersas las otras, dió comienzo á la funcion.

Lo que allí pasó lo tengo por indescriptible, así es que ni siquiera pretendo describirlo. *La Carcajada* que al resignado público de R*** ofreció el eminente Travieso, ni tenia punto de comparacion con nada de lo que hasta entónces se habia visto, ni ha tenido semejanza con todo lo que se ha visto despues en el género de lo peor.

Hay en dicha obra dos situaciones de órdago, que entusiasman al público de buenas tragaderas y están reñidas con el arte, la lógica y el sentido comun. La más culminante estriba en que *Andrés*, cogido infraganti andando en la caja del dinero, es acusado injustamente

de ladron; y como de probar allí mismo su inocencia, se acabaria el drama de un modo natural y pacífico, trás el matrimonio de *Andrés* con *Adela* y el castigo de *Leopoldo*, el autor, que á todo trance necesitaba situaciones de efecto, resolvió que siguiera el lío y dispuso que el pobre muchacho se volviera loco de vergüenza, con lo cual sentó un ejemplo que más tarde siguió el festivo autor de *El parto de los montes*, haciendo morir de vergüenza tambien al acongojado *Cara-de-caballo.*

Pues en ese momento supremo, el gran Travieso hizo maravillas; púsose frenético, delirante, epiléptico, feroz. Se retorcia, se descoyuntaba, se hacia pedazos. Pateaba, poseido de insana locura; daba berridos, soltaba espumarajos. Sus carcajadas, que ponian á sus yugulares á pique de dar un estallido, sonaban á la manera de fuego graneado; y sin duda para hacerlas más sonoras, ayudaba á sus pulmones con la aplicacion de monumentales puñetazos en el abdómen. Cansado al fin de aporrearse, arremetió con los demás, dando á diestro y siniestro moquetes furibundos y cortadores arañazos. Tanto *Mr. Esteve* como el *Médico*, y el incorruptible *Cajero*, danzaban en la polvorienta escena á poco que el energúmeno *Andrés* lograba echarles el guante, por lo que determinaron replegarse al foro, dispuestos á tomar la ofensiva, si llegaba el caso.

Por fin, cuando aquel estúpido hubo roto dos sillas, volcado el tintero de la capitanía, galantemente prestado para el asunto por la autoridad, y metido el resuello á los benévolos espectadores, se tiró al suelo

preso de gimnástica convulsion, y Lázaro echó el telon en medio de una tempestad de gritos y aplausos, que no cesó hasta que el héroe salió tres veees consecutivas á dar las gracias al público, descompuesto y sudoroso, pero sonriente y los ojos puestos en blanco.

Y si al terminarse el drama la ovacion no fué tan completa como el de Altamira tenia derecho á esperar, por lo mucho que le dolía el cuerpo, se debió á un incidente de color subido, que he de relatar sólo para que se vea cuán cierto es que de pequeñas causas se derivan grandes efectos.

Pues sucedió que al volver *Andrés* de su locura y reconocer á su madre, *Adela* (Sofía) sintió que se le escurría una media por la pendienta resbaladiza de su pierna izquierda, lance que hubo de producirle no escasa congoja. Como Travieso, y abandono la ficcion, estaba en aquel momento vuelto de espaldas, con la cabeza sepultada en el postizo seno de la señora Cabrales, los demás actores lo suficientemente conmovidos y atolondrados para verse libres de livianos pensamientos, juzgó Sofía la ocasion pintiparada para volver á la rebelde media al dulce yugo de una liga color de canela con borlas azules; dando grupas al grupo, encaramó sobre el atravesaño de la primera silla que se le presentó la pierna donde se habia operado el desperfecto, y alzándose púdicamente el vestido sólo lo indispensable ¡lo indispensable! ¿estamos? se engolfó en la tarea de estirar la media que, arrugada y lácia, en vez de cubrir lo que tenia la mision de resguardar, habia trabado íntima amistad con la suela del zapato.

Yo ví esto, y me quedé frio. Con un vivo ademan señalé á Lázaro á Sofía, absorta en su interesante operacion; como un rayo, Lázaro se interpuso entre la escueta pierna y el público, á modo de pantalla, accion heróica que, siento decirlo, no fué agradecida por éste. Comenzaron á oirse cuchicheos y risas en la concurrencia; admirado Travieso, alzó la cabeza, mirando en derredor, convencido de que algo inusitado sucedia, y divisó á Sofia agazapada, oculta, con el moño al nivel de los faldones de Lázaro. Sin poder hacerse cargo de la situacion, prorogó la locura dos minutos más de lo que estipulaba la obra, y arrimó un fuerte empellon á Mr. Esteve en la persona de mi amigo Lázaro, precisamente en el momento en que Sofía lograba abrochar la hebilla, y se erguía, serena y displicente, como si tal cosa.

Pero ántes que la pantorrilla fuese condenada de nuevo á su honesto retraimiento, el público tuvo tiempo bastante de observar algo como una media blanca surcada de arrugas, ceñida flojamente á una pierna medianamente tísica, cuya exhibicion no estaba en el programa.

Hubo un movimiento de general sensacion.

Los hombres, abriendo cada ojo como un plato, hacian cálculos aritméticos de razones y proporciones, miéntras las damas, coloradas y sérias, escondian los suyos tras el pañuelo, haciendo comparaciones de presente, en las que la infeliz Sofía siempre llevaba la peor parte, porque todas á una convinieron en que tanta delgadez no valia la pena de ser vista.

Para destruir el mal efecto artístico, no le quedó á Travieso más recurso que acentuar endemoniadamente la peripecia final, con el *extra* de unos cuantos berridos que dejaron al respetable aturdido y suspenso.

XIX.

Miseria y Compañía.

Escaso auditorio acudió á honrar le segunda funcion; del pueblo concurrieron todos los que podian permitirse el lujo de derrochar unos reales en *comiquerías*, pero los sitieros no *bajaron* al poblado, y el corral de Rodriguez se vió ménos que regularmente favorecido.

Tuve que apuntar la funcion, por haberse inutilizado Rubio desde la víspera, á consecuencia de una turca fenomenal que habia de durarle el resto de la semana. Sobre este punto no cabian dudas ni esperanzas, porque Rubio era así.

Durante la representacion, el único que atinaba con la comedia era yo, miéntras la leia. Los demás no lograron salir del atolladero. Balbucientes y perdidos en el intrincado laberinto de una obra que ni por el forro habian visto, decian cuanto se les venia á la boca de su propia cosecha para llenar el expediente, lo que en el lenguaje de bastidores se llama *meter morcillas*, y que

positivamente lo eran de despropósitos. Ni á tiros se separaban dos dedos de la concha. Travieso daba impacientes pataditas, demostracion técnica que me prescribia el deber de elevar el tono, forzando el diapason, contra las reglas del arte. La Cabra, furiosa porque no se sabia el papel, y todavia más por la falta de público, acercó repetidas veces su aplastado pié, que nunca tuvo punta, cuajado de escrecencias y sinuosidades, á mis pobres narices. Las dos eminencias artísticas apelaban así á una mímica harto significativa para decirle indirectamente al auditorio que el apuntador tenia la culpa de lo que estaba pasando, cuando en realidad no pasaba otra cosa sino que ámbos eran á cuál más brutos.

Visto el pésimo resultado de la segunda funcion, acordóse que la tercera se anunciara á beneficio de la Sra. Cabra, la que escogeria para apadrinarla á toda la fraccion del género humano contenida en tres leguas á la redonda; esta fué idea del sagaz Rodriguez, idea sugerida por el escozor que le producia la fundada sos pecha de que la Gran Compañía iba á verse materialmente imposibilitada de pagarle el importe de alquileres y comestibles.

Desenterró Tribilin un vetusto sonetazo, el cual venia sirviendo para todas las dedicatorias durante las tres últimas generaciones, al que tuve la honra de ajustarle dos versos rotos por el uso y rehacerle tres consonantes sacados de quicio por sucesivas alteraciones que en ellos hiciera la empírica musa de Trivilin.

Lo que no sufria retoque ni enmienda era el parea-

do final, en el que estaba contenida la miga, toda la sustancia del asunto, y por lo tanto tenia que ser extrictamente inmutable; el famoso remate decia así:

"Que ya propicio muéstrase el destino,
dándole á mi funcion tan buen padrino."

Trece fueron las dedicatorias, enderezadas á veintidos padrinos, porque nueve de los trece notables del pueblo tenian señora y no era cosa de promover divorcios; cinco padrinos devolvieron la fineza á la beneficiada, con tal simultaneidad, que parecian haberse puesto de acuerdo; dos no quisieron recibirla, y de los seis que tragaron la píldora, tres se hicieron los suecos.

Quedaron, pues, solo tres padrinos servibles, que sumados en globo arrojaron la cantidad de veintiun pesos con veinticinco centavos, y aún hubo que deducir cierto quebranto, por haber resultado falta de peso la media onza donada por el boticario, lo cual puso en tela de juicio la integridad de las pesas de la botica.

Izóse tempranito la bandera en el asta de la bodega. Lázaro y yo, caballeros en tísicos jamelgos, hartamos de programas y cortesías á sitieros, potrereros y demás séres vivientes de los alrededores. Se anunció la funcion á tiros, como es costumbre, gastándose en fastuosas salvas la pólvora de Rodriguez, el que dirigía el fuego desde el quicio de la bodega, con excelente disposicion de ánimo.

Todo prometía un éxito lisongero. Para que nada faltara al prestigio de la fiesta, el augusto Travieso re-

cibió casi á última hora su camisa ya limpia aunque todavia húmeda. Hasta los juanetes de Sofía se colocaron á la altura de la situacion, moderando sus latidos, de modo que la diáfana niña logró ponerse esta vez las botas sin las maldiciones de rigor.

Comenzó á llegar la gente; en la mesilla del despacho brillaban ya algunas monedas; la Cabra, alijerada de ropas y nutrida de esperanzas, se disponia á aderezar su rostro con una tercera mano de albayalde, cuando abriéndose de par en par las *cataratas del cielo*, enviaron á la tierra, no un aguacero, ni dos, ni media docena, sino un verdadero diluvio.

En un santiamen el pueblo quedó sumerjido en un océano de agua dulce, y cuando la lluvia cesó, la profundidad del lodo podia medirse por varas.

Las casas del pueblo tapiaron sus puertas, Rodriguez, que ni en los más críticos momentos perdia de vista su negocio, apagó suspirando las luces del teatro, no sin enérgica protesta por parte de la Cabra, cuya situacion hacia doblemente comprometida la oscuridad, porque el Sr. Capitan del partido habia buscado en su cuarto un refugio contra la inundacion.

Travieso y Rubio, vivamente contrariados por el accidente, encontraron, no se sabe donde, y tomaron, no se sabe cómo, un frasco con aguardiente que alguien llevó para lavarse la cara, con cuyo hallazgo se sepultaron en uno de los cucaracheros rincones del teatro.

Así terminó la funcion ántes de comenzar, y con la funcion la temporada dramática, porque segun opinion facultativa, el hecho tangible y consumado de haber

llovido, engendraría la sospecha de que en lo sucesivo volvería á llover, y esto bastaba para que no viniera un alma al teatro.

Los que vinieron determinaron volver á sus casas en carreta al amanecer. Tia y sobrina, aprovechando las tinieblas para arremangarse sin temor á indiscreciones, anduvieron una hora perplejas y errantes por entre baches y fúrnias, guiándose por los gritos de Lázaro, que iba delante, y tras de correr mil riesgos de romperse algo pudieron recalar á la casa con el lodo hasta la coronilla.

A la mañana siguiente se procedió al arreglo de cuentas. Nada más sencillo. El dinero, producto de las dos primeras funciones, lo tenia Rodriguez; y como la cuenta justificada que presentó este señor por alquiler del teatro, alumbrado, gastos mayores, gastos medianos, gastos menudos y gastos sin adjetivo, manutencion de ocho personas en cinco dias con bacalao y coñac; tarros de pomada y una caja da píldoras, excedia en una mitad á la suma íntegra del haber artístico, Rodriguez se quedó con todo, exigiendo por el resto un pagaré con la firma del gerente, dós testigos abonados y el visto bueno de la autoridad local.

A los que vivíamos en la barbacoa de la bodega nos intimó el desalojo con plazo de un dia; este plazo no nos autorizaba á comer durante las veinte y cuatro horas, porque el *veto* del bacalao fué de aplicacion inmediata; en cuanto á los artistas que estaban fuera de su jurisdiccion domiciliaria, les aconsejó que se largaran del pueblo lo más pronto posible.

Un triunfo costó que pagara al Capitan, como delegado de la administracion pública, los veinte pesos de los derechos fiscales; pagólos á regañadientes; se los metió en el bolsillo el Sr. Capitan, y es fama que allí se quedaron.

Tambien nos quedamos nosotros. ¿Dónde habíamos de ir? Verdad que los caminos estaban intransitables con la lluvia, pero lo mismo nos hubiera sucedido á haber estado buenos.

Todo el caudal del de Altarriba no bastó para un almuerzo, y apénas alcanzó el contenido de la hucha de la Cabra para la cena. Fíjese el lector en que no hablo de la comida, así como en lo sucesivo no podré referirme ya á cenas y almuerzos.

Tribilin se afanaba como un demonio para salvar las críticas situaciones que se sucedian de una á otra digestion, poniendo á prueba su ingenio, que era de primer órden.

Se establecieron, fijaron y reglamentaron las visitas domiciliarias.

El ingenio *Fortuna* tuvo el inesperado honor de sentar á su mesa, durante tres dias consecutivos, á la familia artística; fueron tres dias de fiesta. Como estaba en plena molienda, el pretexto de los espedicionarios no podia ser más natural: querian beber *guarapo*. No consta si todos lo bebieron, pero lo que no deja duda es que se hartaron de lechon, aves y conservas hasta tocárselo con el dedo. Por la noche, Sofía cantaba, si aquello era cantar; el gran Travieso hacia jue-

gos de manos y Tribilin ofreció tres sesiones de física experimental y sombras chinescas.

Por desgracia tuvieron que abandonar á la *Fortuna* á escape, porque la familia del dueño, segun carta recibida, se habia puesto en camino para la finca y era preciso dejarle el puesto. Tan precipitada fué la marcha, que Travieso no tuvo tiempo de devolver al generoso anfitrion cuatro duros que éste le habia proporcionado para sus pruebas de prestidigitacion.

Despues del ingenio *Fortuna*, la caravana visitó el potrero *Chirigota;* pero la despensa estaba en baja, y quedó vacia en absoluto al segundo ataque.

Hubo, pues, que emprender el camino á marchas forzadas al cafetal *Esperanza*, el cual, aunque demolido, brindaba la idem de servir de asilo protector, si bien transitorio. Allí se pernoctó, pero hubo que abandonarlo al amanecer tras una cena de tasajo brujo salcochado junto con medio seron de boniatos y un haz de yucas, pisto que Tribilin declaró delicioso, haciendo de paso el elogio de la cocina primitiva.

Y como después de aquella *Esperanza* no quedaba otra, la *troupe* volvió al pueblo, donde el resto de la Compañía habia encontrado el medio de alimentarse exclusivamente con la sabrosa fruta producida por un arbusto de la familia de los mirtáceos, llamada vulgarmente guayaba, de la que habia peste en las guardarayas vecinas.

Los dos dias siguientes no fueron malejos, gracias á los cuatro pesos de marras; al tercero las caras se

alargaron, al extremo de que la de la infeliz Sofía presentaba un perpétuo perfil.

La Cabra declaró solemnemente que las guayabas desarrollaban pituitas y escozores insoportables, y el mismo Tribilin, no obstante su predileccion por los alimentos primitivos, fué de su parecer, desde que no lograba sentarse conforme á las leyes de urbanidad.

Se hicieron gestiones activas con Rodriguez para contratar un empréstito voluntario y, por supuesto, reintegrable, en cantidad bastante sólo para irnos de R*** con la música á otra parte; pero el Rostchild de ocasion, se negó rotundamente á entrar en negociaciones y todos los persuasivos discursos pronunciados para conmoverlo obtuvieron por respuesta que nó, nó, y nó.

Entónces se dió en el cuartel general de la Compañía el grito de ¡sálvese el que pueda!

XX.

Desenlace imprevisto.

Como á Lázaro y á mí se nos prohibió pernoctar en la bodega, aquella noche nos quedamos sin barbacoa, y no digo sin cama, porque nunca la tuvimos allí.

No hubo más remedio que quedarnos al raso, y nos decidimos á pasar la noche junto á la puerta del inhospitalario albergue, pero en plena jurisdiccion municipal. La noche estaba oscura y fria; de vez en cuando caia una lluvia menudita y compacta, que tal parecia de alfileres segun nos llegaba al hueso. No era menester tanto para que pillásemos una pulmonía, y es de suponerse todo lo bueno que del cruel Rodriguez diríamos nosotros ante la perspectiva de contraer una enfermedad que pocos la cuentan.

Lázaro comenzó por lanzar prolongados y repetidos bostezos, y acabó por dormirse, apoyando la cabeza en las salientes piedras que formaban un escalon á la entrada de la tienda. Yo no fuí tan feliz; preocupábame demasiado la situacion violenta en que me hallaba, y

en vano me devanaba los sesos buscándole una salida. A mi pesar, prestaba atento oido á esos mil ruidos que vagos y confusos se elevan en el silencio de la noche en la soledad del campo.

De pronto creí escuchar un rumor lejano, pero constante y cada vez más perceptible; era el peculiar chirrido de una carreta que se acercaba á la tienda. Me extrañó el caso, porque el camíno carretero se hallaba como á doscientos pasos de allí; siguió aproximándose el ruido y seguí yo mirando sin ver, porque las tinieblas no me lo permitian. Sumamente práctico debia ser el conductor, cuando á pesar de la oscuridad consiguió situar la carreta junto á la portada que daba paso al patio de la bodega, todavia convertido en teatro. Siguieron una sucesion de sonidos humanos, iguales á los producidos por el esfuerzo hecho para levantar grandes pesos, y luego un golpe fuerte y sordo, como de algo que cae en tierra desde lo alto.

La carreta emprendió de nuevo su camino, y yo me quedé pensando qué podria ser aquello. Tratando estaba de resolver el enigma cuando escuché el ruido particular de otra carreta que se acercó, como la primera, deteniéndose en el mismo sitio. Tras depositar algo en tierra, la segunda carreta desapareció en seguida. No habria transcurrido un minuto cuando Rodriguez salió por la portada con sus dos dependientes, llevando uno de ellos un farol que puso en el suelo. Entre los tres cargaron con uno de los bultos dejados por las carretas, internándose en la trastienda; curioso é im-

paciente, tomé el farol, y acercándolo al otro bulto, vi que era una caja de azúcar, en una de cuyas cabeceras se leia en semi-círculo: "Ingenio *Fortuna.*—B. 1ª"—y debajo gruesos garrapatos que decian "Habana."

No me quedó duda. Aquellas cajas destinadas á la Habana se quedaban en el camino, sin conocimiento de su dueño, pero con gran provecho para Rodriguez.

Desperté á Lázaro, arrastrándolo hasta donde estaba la caja, y nos sentamos sobre ella. Como es natural, me pidió, bostezando, explicaciones que se encargó de dárselas lo que siguió.

Cuando los tres hombres volvieron por la segunda caja, se quedaron petrificados al vernos.

Rodriguez, á fuer de listo y práctico, comprendió que habia sido descubierto, y llamándome á un lado, me pintó el hecho como la cosa más natural del mundo. En su concepto, el robo no era tal robo, sino un venial contrabando. Todo el mundo hacia lo mismo. El administrador, el mayordomo y los carreteros de la finca eran sus sócios, que sócios llamó á sus cómplices. Trabajó por persuadirme de que nada adelantaría con armar escándalo, denunciando lo que habia visto, porque el Capitan, tratándose de él, no me haria caso, y los encargados de la finca tenian muy buenos motivos para no mostrarse parte y negar la procedencia de las cajas, con cuyos envases iba en seguida á calentar el horno; y por último, que áun suponiendo en mí un deseo de perjudicarlo, lo que no creia (en esto se equivocaba por completo) y llevára la denuncia á la Cabecera, gastando tontamente el tiempo y el dinero

que no tenia, no por eso el dueño del azúcar saldria mejor librado, porque perderia el trabajo de los carreteros, que irian irremisiblemente á la cárcel, y para sacarlos invertiria en escribas y fariseos diez veces más de lo que positivamente valian las cajas, en el supuesto de que las llegara á recobrar, cosa que Rodriguez se permitia poner en duda.

Confieso que la lógica parda de Rodriguez me hizo efecto; pero yo queria sacar partido de mi descubrimiento, y me opuse resueltamente, apoyado por Lázaro, á que se llevaran de allí la segunda caja, que enfáticamente llamé el cuerpo del delito.

—¿Qué se propone usted?—díjome Rodriguez.

—Enterar á todo el mundo de lo sucedido.

Rodriguez hizo un movimiento de hombros, como queriendo decir que la publicidad le importaba un comino.

—No veo lo que ganará usted con decirlo.

—Señor mio, cumpliré con un deber de conciencia, y eso me satisface.

—Ya sabia yo que era usted hombre de conciencia. Lo supuse al verle sin un cuarto. Pero ¿qué tiene que ver su conciencia con mi azúcar?

—¡Azúcar robada!

—Y á usted, ¿qué le importa?

No supe qué contestar. En realidad á mí no me importaba maldita la cosa.

Rodriguez aprovechó mi embarazo para decirme con un tonillo insinuante, de que sabia hacer uso para disculpar sus bribonadas:

—Lo que á usted le importa es irse con esa pobre gente lo más pronto posible. Mire usted, pensando en la triste situacion en que se hallan ustedes, no he podido dormir, y he resuelto, por último, darles lo que me han pedido para el viaje.

—Pero ¡ahora mismo! ¿No es eso? gritó Lázaro. Porque si usted lo deja para mañana, le anuncio que no entro por ningun género de transaccion. El crímen... ¡oh!... el crímen necesita castigo...

—Y usted necesita el dinero ahora. No me resisto. Ea, adentro con *eso*, y vengan ustedes conmigo.

Nos dirigimos primero á la cantina y tomamos dos copas por barba, como buenos amigos. La verdad era que en aquel momento no éramos más hombres de bien que Rodriguez. Después entregó á Lázaro cuarenta pesos, como precio de nuestra discrecion, y en seguida nos sacó á la calle, dándonos con la puerta en los hocicos.

Una hora después, las cajas ardian en el horno y su contenido habia ido á aumentar el de dos enormes bocoyes dispuestos á recibirlo.

De los cuarenta pesos, dimos treinta á Tribilin, que tiró treinta zapatetas al aire, dominado por el alborozo; esta suma se denominó fondo comunal. La boticaria compró á la Sra. Cabrales una manta de felpa de medio uso en tres pesos, y Travieso se resignó á ceder al Capitan la histórica espada de Hernan Cortés á cambio de un doblon. Ambas sumas fueron á engrosar la masa comun. Alguien regaló á Sofía dos gallinas, que fueron cruelmente sacrificadas para el al-

muerzo de despedida, y ¡oh prodigio! Rodriguez, aquel tirano inflexible, convertido en manso cordero, suministró de balde todos los demás comestibles del banquete.

A medio dia nos dirijimos á la estacion del ferrocarril, unos á pié, á caballo otros, en carreta las señoras y el equipaje. El espléndido Rodriguez pagó los gastos de trasporte á la estacion; tantas ganas tenia de perdernos de vista.

Al entrar en el wagon, el gran Travieso de Altamira se descalzó solemnemente el carcomido zapato y sacudió la tierra de R*** como diz que lo hizo el bienaventurado Vicente Ferrer al abandonar la tierra natal; Tribilin, que juzgó oportuno dar tambien una muestra inequívoca de desden y resentimiento, arrojó á la vía, en plástica actitud, media docena de guayabas que llevaba en los bolsillos, resto de la comida del dia anterior.

Así terminó mi primera excursion artística. Cuando la comencé era yo un obrero que no sabia pedir otra cosa que trabajo, y al concluirla, un desgraciado que solia pedir limosna.

¡Yo, que en un quijotesco alarde de dignidad profesional, me habia rebelado contra la dudosa ortografía de un Sr. Alcalde Mayor, llegué á degradarme lo bastante para soportar, sin protesta, la irracional prosodia de un histrion de la catadura de Travieso!

Cuán cierto es que

"Es tanto lo que inficiona
una mala compañía,
que un alguacil volvió gato
á un perrito que tenia."

Un año más permanecí formando parte de la sociedad dramática, rodando por pueblos y caseríos de tercero y cuarto órden. Ni los poblados cuya estadística arrojaba la cifra de veinticinco habitantes, incluso caballos y perros, se libraron de nuestra acometida. La horda artística acabó con la paciencia y con los cuartos de cuantos inofensivos séres se pusieron al alcance de sus depredaciones.

Pero no siempre es la diligencia madre de la buena ventura, y lo prueba el hecho de que en todas partes nos sucedió casi lo mismo que en R*** Así es que pasé la pena negra durante ese año de constante peregrinacion.

Pasando los dias, llegué á habituarme á la vida trashumante del bohemio; y más de una vez, representando á Théudia con coleto de ante y casco romano, me admiré candorosamente al ver cómo se despertaban en mí facultades artísticas de las que no tenia ántes la más leve noticia.

Además de Lázaro, me querian mucho Tribilin y la señora Cabrales. Con Sofía jamás hice buenas migas, y Travieso llegó á inspirarme profunda aversion.

Al cabo del año de formada la Empresa, todos estábamos literalmente tronados. Y como las brutales intemperancias del primer galan traspasaron el círculo doméstico en que hasta entónces habian estado contenidas, ocurrió un lance sério entre él y Lázaro. Mi amigo tuvo la satisfaccion de administrar una soberana paliza á tan eminente personalidad; pero el villano Travieso descargó el coraje en la infeliz Sofía, vengan-

do en ella el ultraje que le hiciera Lázaro, y magulló á mansalva á la débil criatura, hasta hacerle sangre.

Ese dia recogí mis bártulos, y tras despedirme de Tribilin y de doña Josefa, abrazándolos con sincero cariño, tomé el camino, renunciando definitivamente á la honra de seguir perteneciendo á la Gran Compañía Dramática Española.

Lázaro no quiso seguirme. Mi pobre amigo no se conocía á fondo, y tenia la debilidad de soñar con la gloria, creyéndose capaz de conquistarla. Se obstinó en quedarse, y allí me separé de él.

XXI.

Capítulo aparte.

Por si el lector desea averiguar lo que fué de la Compañía Dramática, y el fin que tuvieron sus partes principales, escribo este capítulo.

Aunque la exactitud cronológica no brilla en la narracion de lances de la vida que vengo haciendo, en este punto he de romper más bruscamente con la regla que prescribe la sucesion lógica de las fechas, y avanzo hasta la descripcion de escenas que ocurrieron unos ocho años despues.

Por este tiempo recibí, viviendo en la Habana, la visita de Tribilin, al que no habia vuelto á ver desde la ruptura de mi compromiso con la Empresa Dramática. Trabajo me costó reconocer á mi intrépido empresario de otros tiempos; tan cambiado se hallaba por las penas. Queria hablarme despacio, y como esto no

era posible en el taller, donde el tiempo es del que lo paga, quedamos citados para la noche.

Me llevó á su casa, un mezquino tabuco en una *ciudadela* de la calle de la Mision, donde vejetaba hacinada y miserable su familia, que en cierto modo habia sido la mia por espacio de algunos meses.

Allí estaba doña Josefa, exhibiéndose esta vez al natural, positivamente vieja, surcado su rostro de profundas arrugas, amarilla, seca, canosa y digna de toda la consideracion y respeto que merece la desgracia. Ya no usaba cosméticos ni pensaba en pinturas; su carácter habíase rebajado al nivel de su precaria posicion; y puesto que no era ya la *eminente* artista, cuya insufrible vanidad me habia dado algunos malos ratos, no quise ver en ella á la Cabra, y sí á la respetable doña Josefa.

Sofía estaba muy enferma. Habia un mes que no abandonaba la cama, y segun la profecía del médico, no la dejaria sino por el ataud. Aquella delgadez que la trasparentaba habia traspasado los límites de lo verosímil. Lo poco que de su busto se percibia era incompatible con ideas de volúmen y superficie. Eso sí, su sempiterno mal humor no habia sufrido alteracion ni menoscabo, y tal debia suceder, puesto que era sempiterno.

En la puerta del cuartucho, un niño como de cinco ó seis años, literalmente desnudo, rubio, con hermosos ojos y abultado vientre en cuyo centro campeaba, redondo y magnífico, el ombligo, jugaba con otro más pequeño, rubito tambien, y vestido como su hermani-

to. Eran hijos de Sofía, lo que adiviné sin esfuerzo, porque el mayorcito era un vivo retrato del tunante de su padre.

El digno Tribilin me cogió triunfalmente por el cuello, empujándome con cariñosa violencia hasta el centro del tabuco, gritando:

—¡Aquí lo tenemos!

Doña Josefa me abrazó sin cumplimientos. La pobre mujer no disimulaba la alegría de verme.

Sofía me tendió ámbas manos, que estreché con cariño. El tunantuelo de los seis años, despues de mirarme un momento, con esa ingénua admiracion con que los niños contemplan todo lo que les choca, se colocó entre mis piernas, limpiándose los mocos en mi pantalon con despreocupacion infantil.

—Niño, deja á ese caballero—díjole la abuela.

—No le riña usted, doña Josefa; á mí no me enfadan las criaturas.

El muchacho era obediente; se fué, pero con mi baston.

Entramos en explicaciones; en diez minutos, no pudimos entendernos; todos hablábamos á la vez, impaciente cada uno por preguntar lo que tenia más interés en saber.

Mi primera pregunta fué dedicada á Lázaro.

—Anda por Chile, ó por el Brasil—dijo Tribilin.—Hizo fortuna, se casó, y le vá viento en popa.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Te contaré. Nos dejó hace tres años, cuando en el cuartel general de la Compañía se dió la órden de

romper filas, allá por Guantánamo. No sé cómo se las gobernó para adquirir un kaleidoscopio, linterna mágica ó cosa así; en fin, un aparato para presentar vistas disolventes de gran efecto, con el que se largó á Costa-Firme; allí aprendió con un polaco á hacer juegos de manos, y te aseguro, Cándido, que vale la pena el verle hacer sus diabluras. Estuvo en la Habana el año pasado; traia á su mujer, una canadense tan valiente como buena moza, que sabe bailar, cantar, tocar el cornetin, y en la noche de su beneficio levanta con los dientes doce arrobas de peso.....

—¡Calle usted! Entónces los esposos Smith...

—Eran Lázaro y su mujer.

—Ah, bribon! Y no haber venido á verme!

—¿Sabia, por ventura, donde estabas tú?

—¡Así como me han encontrado ustedes!...

—Ha sido una casualidad. Publicastes unos versos nada ménos que *á Dios*, y yo le dije á Pepa: este Cándido que habla con Dios y lo trata de tú, debe ser nuestro Segismundo... ¿te acuerdas? ¡Y acerté! Por cierto, hijo mio, que tus versos son medianillos, no pasan de ahí, y no lo digo por lisonjearte.

—¿Y el célebre D. Joaquin Rubio, nuestro apuntador?

—¡Pobre Joaquin!--suspiró doña Josefa.

—¿Murió?

—Sí, hace mucho tiempo.

—Seguramente de una de sus turcas cuotidianas.

—Te equivocas. ¡Eso hubiera querido él! Su muerte fué lo más ilógico que puedes figurarte, conociendo

sus hábitos. Enfermó en Cuba, y fué preciso llevarle al hospital; y como en el hospital le impusieron un régimen en el que para nada entraba el vino, el pobre viejo se fué al otro mundo á la tercera vez que probó el agua.

—¡Mala lengua!—exclamó doña Josefa.

A renglon seguido me hicieron que les contara mi vida y milagros desde que no nos veíamos.

—De modo que eres tan pobreton como ántes.

—Lo mismo—contesté.

—Pues, h jo, me alegro!

—Gracias, amigo don José.

—Sí, porque cuando un pobre se acerca á un rico, se figura este que le vá á pedir algo; y así tú no creerás eso de nosotros.

—Cuanto yo tengo es de ustedes.

—No... ¿quién sabe?...—dijo Tribilin.

—Algo te quitarémos—agregó Sofía.

—¡Todo!... Pero...

No me atreví á nombrar á Travieso.

—¡Ya! Quieres saber lo que ha sido de aquel... buen hombre! Perdona, Sofía, iba á decir de aquel pillo.

—Precisamente.

—Pues que te lo cuente Sofía.

—Bueno, pero con la condicion de que no ha de evocar recuerdos tristes, porque entónces no quiero que me cuente nada.

—No, Cándido—dijo Sofía.—No tengo necesidad de recordar desdichas que nunca olvido.

Se incorporó algo en el lecho, y conociendo que las lágrimas estaban á punto de brotar de sus ojos apagados, sacó de debajo de la almohada un pañuelo con el que casi se cubrió el rostro.

—La Compañía tuvo en Santiago la misma mala suerte que en todas partes—dijo.—Los artistas, aburridos de la vida tan perra que llevaban, comenzaron á desertar, y se quedó en cuadro. Fué preciso rehacerla con los deshechos de otra Compañía que habia tronado en Puerto-Rico. Entre los nuevos artistas venia una bolera andaluza, recien divorciada de su bolero, el que se quedó en Ponce. Puede ser que la conocieras de nombre; se llamaba Milagros, pero le decian la *Flamenca*...

—No, no recuerdo haber oido...

—Pues, hijo, ¡no lo sientas! Esa mujer fué la causa de mi desgracia y de la suya, ¡de la desgracia de todos! El demonio nos la trajo; apénas llegó, se propuso quitarme á mi Felipe, y no puedes imaginarte los recursos que empleó para salirse con la suya. En fin, con sus seducciones y picardías logró volver el juicio á Felipe, al extremo de dar los mayores escándalos y obligarle á abandonar á sus hijos.

—¡Infame!—exclamé, sintiendo revivir en mi pecho antiguos rencores.

—No lo culpes. Travieso á su vez era muy desgraciado, quizás más que yo. La *Flamenca* lo tenia hechizado y se complacía en martirizarle, poniendo buena cara á todos los hombres... ¡Qué mujer, Cándido! Felipe no vivia; y miéntras mayor era su desespera-

cion, más se burlaba ella del infeliz. Esto no podia durar, y un dia...

—Adivino lo que pasó,—exclamé deseando poner término al penoso relato.

—Adivinas... ¿qué? Que Travieso se fué solo ó con su querida, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues hizo algo peor, mucho peor. Felipe, en un arrebato de celos...

Sofía se interrumpió, echándose á llorar.

—La mató de una sola puñalada!—concluyó Tribilin, haciendo el ademan de descargar un golpe.

—Qué terrible desenlace!—dije, sinceramente afectado por el dolor de la pobre Sofía.—Pero Travieso... ¿Qué fué de Travieso?

Doña Josefa se encargó de contestarme; era la única que habia permanecida serena, casi indiferente á la conversacion.

—Travieso está en Céuta, por diez años—dijo.

Todos enmudecimos. Tribilin, pretextando que hacia un calor insoportable, fué á situarse un momento en la puerta de la pocilga, que comunicaba con el estrecho, sucio y obstruido patio de la *ciudadela*.

—Era un hombre muy malo!—continuó doña Josefa, reanudando el discurso.—Nunca trató bien á Sofía; pero en los últimos tiempos no pasaba dia sin que la abofeteara, muchas veces hasta en el teatro, sin que la infeliz le diera el menor motivo. ¡Y así tenia Sofía que salir á la escena, cubierta de lágrimas y de cardenales!... De nada valieron mis consejos para que se sepa-

rara de aquel mónstruo, de nada las reconvenciones durísimas y hasta las amenazas de Tribilin. Sofía habia dado en quererlo, y miéntras peor la trataba, lo queria más... ¡Así son muchas mujeres!... En fin, ya todo acabo! El malvado no podia esperar mejor cosa que ir á presidio. Y gracias á que hubo muy buenos empeños, á que Sofía se echó á los piés de jueces y escribanos, llorando de un modo que partía el alma! Si nó, vá al palo!

- -

Estuve con mis antiguos amigos hasta hora muy avanzada; al irme me hicieron prometerles volver al dia siguiente, y cumplí lo ofrecido.

Poco á poco me fueron contando detalladamente la larga historia de sus penalidades, desde que se disolvió la Compañía, fecunda en incidentes tristísimos, uno de los cuales no quiero pasar en silencio.

Pues sucedió que un dia...

Pero dejo la palabra á doña Josefa, cuyo relato podrá ser ménos artístico, pero en cambio infinitamente superior al mio por el colorido y la exactitud.

—Era en Matanzas, en el barrio de Pueblo-Nuevo, donde hay una calle que se llama de Santa Rita. Allí nos habíamos refugiado, con la esperanza de que Tribilin consiguiera cualquier destino en el teatro Estéban. Por si no lo sabes, te diré una cosa que nosotros supimos muy tarde, por desgracia, y es que en ese dichoso teatro nadie ha logrado ganar una peseta desde que se fundó. ¡Parece mentira que tanta piedra, porque

al teatro Estéban todo se le vá en corteza, se haya hacinado allí para nada!

—Al grano, al grano, Pepa!—exclamó Rojo.

—¡Déjame hablar! ¿quién nos dá prisa? El trabajo que hemos de hacer hoy está terminado ántes de empezarlo, con que deja que me desahogue! Pues bien, un dia... un dia igual á casi todos, teníamos mucha hambre. Nosotros tres la disimulábamos bebiendo agua y apretando los dientes... Sofía descubrió que un terron de sal en la boca contiene el apetito; pero estos pobres angelitos no sabian tener conformidad y daban unos gritos pidiendo de comer, que nos hacian llorar.

Y, en efecto, de oir á doña Josefa, todos, el que más y el que ménos, estábamos hondamente conmovidos.

Continuó:

—Hijo, no nos habíamos desayunado desde la víspera y eran ya las cinco de la tarde. ¡Vender! No habia que vender. ¡Pedir! Pero ¿á quien? ¡Habíamos pedido tanto! En esto veo una gallina que picoteaba la yerba de la calle. Tuve una idea, y miré á Tribilin, que tambien habia reparado en la gallina y la miraba con unos ojos que se le querian saltar de la cara; de pronto echa á correr, y en dos saltos se pone junto al animalito, que emprende la huida, perseguida por José. Por fin, consiguió atraparla, y para que no alborotase la vecindad, le retorció el pescuezo; en esto un hombre sale de una casa inmediata y la emprende con Tribilin, que al verse descubierto corre para casa; yo abrí toda la puerta creyendo que vendria á refugiarse, pero Tribilin pasó como un relámpago, arrojando la gallina

muerta en mitad de la sala, seguido siempre del hombre, que daba voces de ¡ataja al ladron!

—¿Por qué no se metió usted en su casa?—dije á Tribilin.—Allí habria terminado el conflicto con algunas explicaciones. Tal vez el dueño de la gallina fuera hombre de buen corazon.

—¡Ca! Eso habria sido una torpeza—contestó Rojo.—De todos modos, habiendo sido descubierto, tenian que pillarme; pero en la calle yo solo corría el peligro, y en casa lo corría con la gallinita. ¡Y como no se trataba de mí, sino de ella... por eso!

—Comprendido. ¡Pobre D. José! Siga usted.

—Todavía corrí algo más; y cuando me figuré que Pepa habia tenido tiempo de esconder el ave, me detuve y me dejé prender. Aquella noche dormí en la cárcel, donde fuí llevado por ladron, segun consta en la causa. Allí estuve dos meses encerrado en una galera en la amable compañía de rufianes, asesinos y ladrones, tan ladrones como yo... ¡pero mi conciencia me decia que yo, Cándido, no era como ellos! Y todo la dí por bien empleado, porque los muchachos se comieron la gallina y dejaron de dar gritos.

Me sentí pequeño ante aquel hombre que se habia dejado llevar á la cárcel por ladron, contento porque su heróico sacrificio era útil á los que amaba, y sin acordarse de que tampoco él habia comido.

Me levanté, y abrazándole con toda mi alma, le dije:

—Amigo Tribilin, ¡es usted un valiente! La causa dirá que es usted un ladron, pero los hombres honrados tendrán á orgullo estrechar su mano.

Me atreví á indicarles que imploraran el auxilio de las sociedades benéficas, cuyo elogio, sin duda merecido, se leia diariamente en los periódicos, y les pronuncié un discurso ensalzando la sublime mision de la Caridad.

—Ya estuvo aquí—me contestó suspirando doña Josefa.

—¿La Caridad, señora?

—Sus delegados en la tierra, por lo ménos. Nos dirijimos á la titulada *La Providencia*, y vinieron dos damas magníficas, vestidas con hermosos trajes de seda negros, como los que yo me ponia en mis buenos tiempos, y tan fastuosas, que esta pobre habitacion era incapaz de contener tanta grandeza. Se mostraron muy contrariadas porque vivíamos en una calle tan pésima, que tuvieron necesidad de dejar su espléndido cupé en la esquina; ya ves, Cándido, que no les faltaba motivo para estar desazonadas... ¡andar á pié tanto trecho! Pero la culpa es del Ayuntamiento, y no nuestra. ¿Digo bien?

—Admirablemente. ¿Y qué más?

—Pues preguntaron dónde estaba la enferma. Yo señalé á Sofía, que quiso levantarse, pero la infeliz no pudo. Sentáronse las dos señoras, y empezaron á observarlo todo; pronto acabaron el exámen, porque aquí poco hay que ver. ¿A qué vendria tanta curiosidad?

—Diré á usted. Yo no lo sé, pero me figuro que todo eso será indispensable para poner en práctica una de las obras de misericordia.

—Bueno. Repararon en los niños, y preguntaron de quién eran.

—Son mios,—respondió Sofía.

—Luégo es usted casada?—dijeron á duo.

—No, señoras.

Sofía se puso como la grana, porque sospechó á dónde iria á parar el interrogatorio.

—¿Viuda?—Preguntaron á duo siempre.

—Tampoco.

Las dos señoras se miraron en silencio, mordiéndose los lábios.

—El padre de estos niños... ¿vive?—Dijeron ámbas.

—Creo que sí.

—Luégo no está en la Habana!—agregaron las dos.

—No, señora.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

—Probablemente donde le parezca—dijo algo incomodado Tribilin, que hasta entónces no habia despegado los lábios, y, arrinconado y silencioso, no perdía una palabra de la conversacion.

Las dos señoras se volvieron á él con viveza.

—¿Quién es ese hombre?—preguntaron á Sofía.

Aquellas señoras habian visto representar el *Baltasar.*

—Ese señor es mi padrastro.

—¡Ah! Y su madre de usted es casada?

—No, señoras!—contestó Tribilin desde su rincon.

Las damas se echaron de nuevo una mirada de inteligencia.

—Casadas, solteras ó viudas—dije yo, mortificada á mi vez—aquí de lo que se trata es de mi pobre hija, que necesita con urgencia el auxilio de la Caridad. Véanla ustedes, señoras mias, y comprenderán su triste situacion.

—Sí, ya la vemos, dijo la más jóven, que era tambien la más preguntona.—Pero ¡estos pobrecitos niños! Ah! Es un crímen tener hijos cuando no son frutos legítimos, como manda la Santa Madre Iglesia.

Ya conoce usted á Sofía, Cándido; la prudencia no ha sido nunca su principal virtud. Pasmada estaba yo de verla tan contenida. Pero lo mismo fué oir esto, que encararse con la caritativa dama y decirle:

—¡Un crímen! ¿Por qué? Una falta, sí! y no es preciso que usted me la recuerde en estos momentos, que son los de una expiacion horrible. Despues de todo, el padre de estos niños, sea ó no mi marido, sabe que son hijos suyos, y esto no lo pueden decir todos los maridos que andan por el mundo.

—No hay que hablar de eso—dije yo procurando atenuar el mal efecto causado por las vehementes palabras de mi hija.—Dios es el único que puede juzgar nuestras culpas, y Dios, que vé las conciencias, es siempre justo. Lo principal es que ustedes hagan lo que puedan por esta pobrecita enferma, que la Vírgen se lo pagará!

Las dos señoras se pusieron de pié, majestuosas, severas, imponentes.

—Aunque ustedes viven en pecado mortal—dijo

la que parecia de más edad—la Caridad debe cerrar los ojos. Tome usted.

Y sacando del ridículo un librito talonario, arrancó una hoja, despues de escribir en ella algo con el lápiz sujeto al libro por un cordon de seda.

—Con este papel va usted... conviene que vaya usted y no su... amigo, á presentarse á la señora que dirije *La Providencia*, calle de tal, número... (media legua de aquí;) despues á ver á la señora Secretaria, que vive calle... (otra media legua) para que tome razon, y en seguida la señora Tesorera, calle de... (la tercera media legua) aceptará el mandato y será usted socorrida.

Cuando terminó la más vieja, comenzó la más jóven.

—¡Hay muchos pobres!—exclamó arreglando los anchos pliegues de su vestido.—No la dejan sosegar á una. Despues ¡como son tantos! no alcanzan los recursos de la *Providencia*. Las personas caritativas no pueden hacer más de lo que hacen, porque los necesitados son...

—¡Muchos!—agregó la otra, tomando por su cuenta acreditar por tercera vez que los pobres eran demasiados.

—El mes que viene averigüe usted el nombre y domicilio de las señoras de turno, y diríjase á ellas.

Dicho esto, se fueron á encontrar su cupé, que las esperaba en la esquina.

—Vamos á ver lo que la Caridad te envia para que de hambre no te mueras ántes del mes que viene,—dijo Tribilin dirigiéndose á Sofía.

Y tomando el papel, leyó:

"La señora Tesorera de *La Providencia* entregará á la señorita doña Sofía de Tal, dos pesos." Seguian las firmas, algunas formalidades que habian de cumplirse, un *intervine*, la *toma de razon*, el *recibí* del interesado y el sacramental *visto bueno*.

—Mira—dijo Tribilin,—en zapatos se gasta más. Opino que debemos dejar quieta á *La Providencia* por ahora, ya que le ha caido tanto que hacer, porque como acaban de decirnos por triplicado sus representantes ¡son muchos los pobres!

. . . .

A partir de ese dia, visité con frecuencia á mis antiguos compañeros.

Una tarde concurrí vestido de negro. Iba á acompañar el cadáver de Sofía á la última morada! No pude ménos de recordar que doce años ántes habia acompañado otro ataud que tambien encerraba los restos de una mujer desgraciada. Entónces ayudé á depositar en la tierra el cuerpo de una vírgen; esta vez era el de una pecadora el que volvía al seno de la madre comun; pero las dos mujeres, entre cuyas existencias se abria un abismo, se unian en la muerte por el vínculo supremo del martirio comun. El alma de la pecadora Sofía, purificada por el fuego de acerbos dolores, podia ya juntarse, inmaculada y rodeada de divinos resplandores, con el alma virginal de Catalina, en el misericordioso seno de su Creador.

¡Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios!

D. José Rojo, ese hombre sencillamente heróico, se

encargó de los pobres huerfanitos, y más tarde se trasladó con doña Josefa á una ciudad del interior de la isla, donde algunos amigos le consiguieron un destino municipal.

No supe más de ellos.

XXII.

Gato encerrado.

Retrocedamos.

Con mi salida de la Compañía renuncié de una vez á la escena, para la que conocí á tiempo que no me daba el náipe, aunque otra cosa me dijo alguna vez el amor propio, siempre pérfido consejero.

Habia en el pueblo de Ceiba-Vieja (es inútil buscarlo en el mapa) un figon de malísimas apariencias, en cuya puerta se leía con gruesos caractéres rojos, sobre una tabla pintada de blanco, este título:

EL PAVO REAL,

FONDA Y POSADA.

Y allí fuí á dar con mis huesos. Era su dueño un tal *Martinchu* de lo que deduje que se llamaría Martin, sujeto campechano, jovial y vivaracho, furibundo carlista y sobresaliente bebedor de cerveza. Tenia la pasion dominante de no estar jamás en el establecimiento, y así andaba ello, porque la ausencia del posadero contribuía á dejar sin parroquianos á la posada, de la

que ne se cuidaban maldita la cosa dos robustos dependientes que se pasaban el dia echados á la bartola.

Esto parecerá extraño, porque no es ese el tipo de nuestros industriales, cuya febril actividad y constancia en el trabajo raya á veces en exageracion; y para que la extrañeza del lector suba de punto, diré, apoyado en datos de una autoridad irrecusable, que los pocos viajeros descarriados é inocentes que iban á la posada de Martinchu, tenian que abandonarla apresuradamente, echados de ella de un modo indirecto, por el áspero trato del posadero y de sus satélites, los cuales se tornaban en blandos y corteses en cuanto los semiexpulsados huéspedes doblaban la esquina.

Ni dándole dinero encima hubiera conspirado Martinchu mejor contra sus intereses.

Ahora, allá vá un problema: La fonda y posada sin parroquianos debia forzosamente ser un mál negocio; pues no habia tal; era tan bueno, que los asuntos del propietario iban á las mil maravillas y se le tenia por rico, sin conocérsele otro modo de vivir que el desierto meson.

En lo que vaya diciendo haílará el lector la solucion del enigma.

Preferí alojarme en *El Pavo Real,* porque siendo la posada de peor traza, por fuerza debería ser la más barata. Martin ó Martinchu no se opuso abiertamente, pero me hizo algunas reflexiones encaminadas á que tomara el portante, las que por lo intempestivas picaron mi curiosidad; y cuando esto me sucede, ya no hay fuerza humana que me haga variar de propósito.

Díjome Martin que no habiendo á la sazon más huésped que yo, por mí solo no iba á ir al mercado; que si me obstinaba en quedarme tendria que comer lo que él y su gente comian, lo cual no podia convenir á paladares delicados, y por lo tanto, que en cualquiera otra parte estaría mejor que en su casa.

Pensé que iba hasta á ofrecerme dinero para que me fuera.

Respondí: que precisamente esa vida íntima, en familia, en vez de contrariarme me enamoraba, por cuanto estaría en relacion con la pobreza de mi bolsillo; así, que venciera sus escrúpulos, en la seguridad de que yo sabia acomodarme á todas las situaciones. No me dijo lo que valia el hospedaje, ni yo se lo pregunté; y para no darle tiempo á que, pensándolo mejor, me echase de allí, dejé en este punto el diálogo para ir á instalarme de hecho en cualquier cuartucho de la posada.

¡Cuartucho! Ninguno merecia este nombre. Grandes habitaciones limpias, claras, con buena cama y bonito mobiliario. En *El Pavo Real* sólo las apariencias eran malas.

Llamaron á comer. Martin y sus dos dependientes se sentaron á la mesa; advertí que faltaba un cubierto para mí, y sin desconcertarme aparenté que la omision me habia hecho gracia; platos y cubiertos de reserva ví en una mesita próxima; sin permitir que ninguno de los tres se tomara la molestia, cargué con lo necesario y fuí á sentarme al lado del posadero, que se sonrió, declarándose vencido.

Como si toda la vida hubiera vivido con aquella buena gente, empecé á tratarlos con franqueza y á referir algo de lo mucho que habia visto andando por el mundo. Los ceños se desarrugaron, se animó la conversacion, se sucedieron las chanzas y los chistes; Martin se mostró decidor y oportuno, y, en una palabra, al terminarse la comida, ya estaba yo, no sólo aceptado, sino admitido en la comunidad.

¡Aquellos pícaros se trataban bien! Por lo ménos, pocas vcces habia yo comido mejor. La calidad rivalizaba con la abundancia de platos y manjares. Durante la comida les recité algunos trozos de Breton, que vinieron á pelo, y Martin tuvo ocasion de hacer constar su aprecio por la literatura dramática, mandando abrir una botella de champagne para los postres. Conmovido yo por tanta generosidad, y cediendo á sus ruegos, les espeté de sobre-mesa el monólogo de D. Pedro en el *Zapatero y el Rey*, que contribuyó á captarme las simpatías del triunvirato.

El tuno de Martin comprendió al vuelo qué yo daba versos porque no tenia otra cosa que dar, y así me lo dijo con franqueza y en tono tan amistoso que no pude darme por ofendido. Nobleza obliga, y confesé lo cierto; mi ánimo no era chasquearlo, porque tenia algun dinero.

Esta declaracion puso pensativo al posadero.

—¿Tiene usted dinero?—me dijo.

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Aquí está—y saqué la bolsa.—Nueve pesos.

Se echó á reir, pero no como quiera, sino á carcajada tendida.

—¡Nueve pesos! Guardéselos, amigo; aquí no necesitamos esa miseria.

—Pues esa miseria constituye todo mi capital.

—¡Que lástima! ¿De qué le sirve á usted haber aprendido tantas chilindrinas?

—Le diré á usted. En primer lugar, me ha servido para que usted no me echara á la calle; en segundo lugar...

—Aquí entro yo! En segundo lugar, para decidirme á hacerle una proposicion que estoy seguro ha de convenirle.

Por poco lo abrazo.

—Vaya, empiece usted. Lo escucho con todos mis cinco sentidos.

—No; ahora no. Es preciso que todavía lo piense un poco más. Será mañana. Váyase á paseo, ó á donde usted quiera. Esta casa es de usted.

Francamente, estaba aturdido. Nada de lo que pasaba era natural. Por fuerza en la posada habia gato encerrado, pero ¿qué seria?

La familiaridad con que los dependientes trataban á Martin, tuteándolo, me habia chocado desde el principio, porque educado en la escuela del mostrador, sabia á qué atenerme en el particular. Aquellos hombres no eran dependientes sino en el nombre, eso estaba claro; pero si no eran dependientes, ¿qué eran?

Nada, lo dicho; allí habia gato.

A las nueve de la noche se cerraron con estrépito

puertas y ventanas al grito de ¡á dormir! dado por el jefe. Al punto me dirigí á mi cuarto, el último de la hilera derecha, con puerta al patio y casi pegado á la cocina.

Pero en vez de imitarme, los tres hombres, no bien cerraron la puerta principal, empezaron á ir y venir con gran actividad. Encendieron luces en el interior, dejando el exterior á oscuras; ordenaron mesas, pusieron bujías nuevas en los candeleros, y lo dispusieron todo como para una fiesta. Martin y uno de sus hombres se metieron en la cocina, y tras de encender las hornillas, se engolfaron en la confeccion de una cena que debia ser notable á juzgar por los preparativos.

El Pavo Real, despertando de su letargo diurno, se ostentaba lleno de vida y animacion á hora desusada. Si durante el dia su silencio contrastaba con el movimiento y bullicio de los demás establecimientos de su clase, en cambio tomaba por la noche justa revancha; y cuando en aquellos reinaba el sosiego y las tinieblas, *El Pavo Real* se ponia de gala y encendia el fuego en sus hornillas.

Hácia la media noche entró un sujeto, tan desconocido para mí como los que sucesivamente y con cortos intervalos fueron llegando, hasta el número de veinte y cinco ó treinta. Entraban sin llamar, sin hablar, sin hacer ruido, y se internaban en las habitaciones de la izquierda, fronterizas á la mia, quedándose allí.

Siguió despues un profundo silencio, rara vez interrumpido por el apagado eco de voces que hablaban

sigilosamente, por el ruido que produce el acarreo de sillas ó por el sonido del oro.

Allí se jugaba, mucho y fuerte. Este era el gato encerrado, la solucion del problema planteado más arriba.

Apénas cerré la puerta de mi habitacion, más por no parecer curioso que por deseo de acostarme, llamaron á ella. Abrí y entró Martin.

—¿Le gusta la habitacion?—me dijo.

—Es magnífica.

—Bah! La peor de todas.—Y cambiando de tono añadió.—Vengo á que hablemos.

—Siéntese usted.

—No. Lo que voy á decirle es cosa de momento. Sí ó nó, y al avío. Usted es listo, y podemos entendernos. ¿Quiere usted trabajar?

—No deseo otra cosa.

—Pues ya está usted colocado.

—¿Aquí?

—Aquí, sí señor. Esta es una casa donde se juega... No siempre, pero al fin, se juega. Supongo que usted será inteligente en el manejo de *las cuarenta.*

—No sé una palabra.

Martin se sonrió con aire de duda.

—Aseguro á usted—le dije—que no sé jugar más que al *tute,* y eso lo necesario para dejarme ganar siempre.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor!

—Pues acaba usted de vencer el último de mis es-

crúpulos. Para explotar el juego es preciso no ser jugador. ¡Jóven, le aconsejo que no juegue en su vida!

—Esa es la de todos los jugadores; no hay uno que no sea otro diablo predicador.

Martin se puso muy sério.

—A mi vez le juro—contestó—que no juego, ni he jugado, ni jugaré. Me vá perfectamente con que jueguen los demás, y al cabo del año, las tres cuartas partes del dinero que se atraviesa está en mi bolsillo.

—Pues usted dirá para lo que me necesita.

—¡Toma! Para mozo, para dependiente de la posada.

—En una posada donde se ahuyenta á las viajeros, no debe ser gran cosa el trabajo—le dije riendo.—Tentado estoy por aceptar.

—No le faltarán quehaceres. Hay que encender las luces, disponer las mesas, limpiar la casa y atender al servicio, porque aquí se bebe y se come tanto como se juega. Ya le diré los precios de la tarifa, pero no hay que ceñirse extrictamente á ellos; cada vez que se presente ocasion, se cobra el doble. Tambien, en mis ausencias, cobrará usted lo que pertenezca á la casa; dos onzas cada banca, y si se levanta alguna en la noche, dos onzas tambien la que entra de refresco... ¿Está usted?

—Estoy.

—De dia...

—Veamos de dia.

—Poca cosa. Hacer lo que hacen los demás, casi nada; el mayor trabajo consiste en saber callar y en estar alerta.

—Una pregunta. ¿Y si nos pillan y me meten en la cárcel?

—¡Inocente! En primer lugar, no sucederá eso, porque... no puede suceder; pero áun cuando sucediera eso, se compondria fácilmente.

—Lo creo. ¡Se compuso lo de Capa-rota!

—¿Le conviene á usted?.

—Aceptado, desde mañana, si usted quiere.

—No, desde ahora. Los otros dos *tiran* esta noche y hace usted falta.

—Pues ande usted.—Y me dispuse á seguirle.

—¡Fuera levita!—me gritó al ver que me disponia á ponérmela.—Eso es! Ahora, dos dobleces á las mangas de la camisa, así! Ea, sígame que lo voy á presentar.

La verdad sea dicha: acepté las proposiciones de Martin sin alegría, casi de mala gana. No habia solicitado aquella colocacion que me caia como de las nubes, pero tampoco queria desairar al destino. Mi aficion á todo lo desconocido acabó de decidirme.

XXIII.

Primeras y párolis.

A lo largo del patio, á la izquierda, no habia habitaciones como en el lado derecho, sino un gran salon corrido, largo y estrecho, cerrado al fondo por un tabique que lo separaba de la despensa.

Entramos en el salon.

Dos mesas, de dos varas en cuadro cada una, puestas en la misma direccion, ocupaban el centro. Al rededor de ellas veíanse agrupados los jugadores, de pié los más, sentados algunos, y todos con el cuello extendido, casi sin respirar, inmóviles y anhelantes con la vista fija en el *albur* que á la sazon *corrian* los banqueros; estos ocupaban cada centro de mesa, teniendo al frente al compañero encargado del *tocoloteo* y *peinado* de las barajas, de clasificar las *paradas* por órden de *puesta*, segun el capricho de los *puntos*, y de pagar y cobrar

Cubria las mesas el clásico tapete verde. Sobre él, y en el espacio comprendido entre el banquero y su segundo, sentado á su frente, habia montones de oro

y de plata, y fichas de marfil de diferentes colores, redondas y numeradas que servian para marcar las fuertes paradas. Además de las dos lámparas de tres luces que pendian del techo, habia en cada mesa cuatro bujías encerradas en globos de cristal.

Aprovechó Martin el momento en que terminada una *talla*, se recogian los naipes, para decir:

—¡Caballeros, atencion!

Y para evitar sustos y recelos, añadió en seguida:

—Este mozo es de la casa. El que quiera algo, que se lo pida y se lo pague. He dicho.

Ya tenia un nuevo oficio, oficio de fácil y breve aprendizaje.

Servir copas; aderezar brevajes de que hacian gran consumo los que gustaban de refrigerantes; mondar frutas; destapar cerveza y ayudar á las faenas del servicio doméstico, eran mis ocupaciones. No se me señaló sueldo alguno, pero me pertenecian exclusivamente las propinas, y estas eran de tamaña importancia, que superaban en mucho á todo lo que hasta entónces habia ganado. Vez hubo que el servicio de un vaso de cerveza á un *punto* afortunado me valió una onza. Doblones y pesos eran cosa corriente, y nunca dejó un jugador de darme el doble del valor consumido. Hasta aquellos infelices que soltaban el quilo durante el dia para ganar un jornal escaso, tiraban allí el dinero con pasmosa liberalidad.

El Sr. Cura, cuando estaba de vena, era un gran parroquiano; pagaba lo suyo y lo ajeno, y me daba la mejor propina de la noche, junto con la paternal ad-

vertencia de que no jugara nunca, por tener su paternidad el juego por vicio detestable; y yo le prometia siempre, de todo corazon, seguir su dicho y renegar de su ejemplo.

Por cierto que el buen señor tenia una inclinacion desordenada á las *cachuchas*; en cuanto se presentaba el lance, todas las miradas se fijaban en él, y jamás las desairaba. Su golpe favorito era jugar la *triple*. Pero tenia una preocupacion que le dió más de una vez vez fatal resultado; odiaba al *caballo* tanto como le gustaba la *sota*, y el azar, poco favorable á tendencias exclusivistas, le era á menudo adverso. Este capricho, además de costarle caro, le impedia gozar de gran consideracion en el concepto de los jugadores, que no querian concederle el título de *punto de ley*.

D. Juan, viejo *guajiro*, muy rico y muy afortunado, terror de los banqueros, porque sabia *aprovechar el rato*, cada vez que ganaba, y ganaba á menudo, me daba un puñado de pequeñas monedas que él llamaba *inmundicias*; y D. Rafael, jóven hacendado de las cercanías, que habia perdido sobre el tapete las tres cuartas partes del capital paterno, recientemente heredado, no era ménos pródigo áun cuando perdiera, lo que nunca dejaba de acontecerle.

El Capitan sólo apuntaba dos ó tres tallas cada noche; era lo que se llamaba un *punto aventurero;* apénas hacia su parada, le seguian muchos, porque es general creencia que el *albur de fuera* se *niega* rara vez.

El médico no asistia siempre, pero cuando iba, per-

dia concienzudamente cuanto llevaba. A este habia que darle chocolate, porque en dando las doce se moria de debilidad, y pagaba con largueza el agasajo.

Individuo iba allí que perdia cotidianamente tres veces más de lo que le producia su trabajo; de dónde lo sacaban, jamás logró averiguarse; pero era lo cierto que Martin solia socorrer á algunas familias cuyo jefe perdia por la noche á un *siete* lo que hubiera bastado á asegurar el pan de los hijos por una semana.

De estos era el desgraciado José María, jugador incorregible, padre de familia numerosa, cuyo sostenimiento era para él un problema intrincado, que forzosamente tenia que resolver diariamente. Una noche, despues de perder su último real, segun costumbre, pídió dinero á Martin; este se lo dió, pero á condicion de llevarlo á su casa; no quiso aceptarlo José María con esa cláusula, y hasta hubo de ofenderse por ello; entónces Martin, para *castigarlo*, lo llevó cogido por un brazo á la mesa, diciéndole:

—¡Anda y juega, perdido!

José María perdió lo que Martin le habia dado. Se acurrucó luego en un rincon, cabizbajo y triste, léjos del grupo de los jugadores, y yo no recuerdo haber presenciado desesperacion más dolorosa, aunque contenida, que la del pobre diablo.

Por fuerza, la conciencia debia remorderle horriblemente ante la consideracion de su familia sin pan.

Me acerqué á él, y sin que Martin lo viera, le dí una moneda de cuatro duros, y lo acompañé hasta

dejarlo en la calle. Cuando diez minutos después volví al salon de juego, ví... á José María, lívido, con los lábios apretados, el sombrero sobre los ojos y cruzado de brazos, con la vista fija en un *as* que acababa de arrebatarle el doblon.

Pues José María no es un tipo excepcional. Por desgracia, y para ignominia de la sociedad en que viven, abundan los José María.

Más de una propiedad cambió de manos, más de una alhaja mudó de dueño, más de una obligacion que envolvia la ruina de una familia se firmó en la posada, á presencia mia. Y cuando nada le quedaba al que todo lo habia perdido, aún permanecia allí, devorado por la fiebre del vicio y presa de tormentos inconcebibles.

Por regla general, los banqueros eran vecinos del pueblo. El médico *tiraba* una noche cada semana; los demás se relevaban por *sesiones*, ménos el viejo don Juan que no tallaba nunca, porque no podia soportar que le apuntaran *doses* y *treses*, cartas á las que profesaba inmenso cariño. De vez en cuando, venian partidas de Cárdenas, Matánzas y Güines, y entónces era cuando se jugaba fuerte y Martin ganaba una fortuna.

Recuerdo á un tal Machuca, banquero de gran reputacion. Era el tal un hombre rudo, áspero, sin pizca de educacion, desagradable y cínico; cuando hablaba, lo hacia por períodos rápidos é ininteligibles, á borbotones, de mala gana, como si se lo impusieran por castigo. Pues el señor de Machuca, con la baraja

en la mano, era otro hombre. No se comprendia tan completa transformacion. Se tornaba cortés, afable, expansivo y hasta agudo; sus formas eran tan exquisitas como las del más cumplido caballero. Si le endosaban una moneda falsa, la arrojaba al suelo en cuanto la descubria, sin cuidarse de que pudiera ser recogida y volver de nuevo al tapete; si le *levantaban un muerto*, pagaba sin chistar, cualquiera que fuese su importancia, y á esto precisamente debia el prestigio inmenso de que gozaba.

Como José María, Machuca es un tipo que abunda en los garitos, sitios donde se observan los más estupendos contrastes.

De gran utilidad para mí fué la enseñanza adquirida en casa de Martin, porque allí, donde se jugaba á destajo, aprendí á no jugar. Y en efecto, jamás he jugado, porque estoy íntimamente convencido de que donde comienza el jugador termina el hombre de bien. En este punto no admito atenuantes ni distingos; la honradez es absolutamente incompatible con el juego de azar, por más que muchos pretendan hacer de tan criminal vicio un pasatiempo.

En una gran sesion, solemne á su modo, D. Rafael, que siempre perdia, liquidó al levantarse una deuda á favor de la banca de seis mil pesos. Machuca volvió á tallar y echó un *rey* y un *cinco*. D. Rafael, ya en la puerta, retrocedió diciendo:

—¡Juego!

—A todas!—contestó el banquero.

—Al *cinco* voy *la paz*.

Todos miraron, primero á don Rafael y luégo á Machuca; éste contestó con su acostumbrada imperturbabilidad y dulzura.

—¡Vá *la paz!*

La paz queria decir que se arriesgaban los seis mil pesos de la deuda.

—¿Quiere usted correr el albur, señor don Rafael?

—Lo correré, si usted lo permite.

—¡Oh! con mucho gusto!

—¡Gracias!

No hay que perder de vista que eran dos tahures los sostenedores de este pujilato de finuras.

El banquero entregó la baraja á don Rafael, que empezó á correr lenta y pausadamente las cartas. Estaba impasible, sin que signo alguno revelara en él la menor emocion; aquel hombre debia ejercer un imperio cabal sobre sus nervios; él y Machuca eran los únicos que allí permanecian tranquilos.

A la quinta carta vino un *as*; hízolo resbalar don Rafael, sólo lo preciso para descubrir la parte superior de la carta que le seguia, y sin bajarla más, soltó la baraja, diciendo con la mayor frialdad:

—He perdido. Debo á usted doce mil pesos.

—Pero corra usted la carta, caballero.

—¿Para qué? Es el rey.

En efecto, era el rey de copas.

Don Rafael salió, y yo tambien. No podia apartar la idea de aquel hombre jóven, hermoso, inteligente, ya padre de familia, con posicion social y un nombre distinguido, que se arruinaba estúpidamente, pasando

las horas robadas al cariño del hogar en un miserable garito, donde hombres sin corazon ni conciencia, por el estilo de Machuca, se iban apoderando de su fortuna, y de donde saldria echado el mismo dia en que se hubiera consumado totalmente el despojo.

Don Rafael, en mi concepto, era un gran criminal. Yo no lo podia ver sin tratar de leer en su fisonomía el misterio de su conducta, que tenia por inexplicable. No lograba comprender que el vicio ejerciera en el hombre su tiránico imperio hasta el grado de obligarle á estafar á sus propios hijos. Don Rafael habia perdido doce mil pesos á una carta, y ese mismo hombre habria sido capaz de pasar de largo al lado del infeliz que le pidiera por Dios una bendita limosna, sin dársela, sin mirarlo siquiera.

—¡Doce mil pesos!—me decia;—una fortuna que ese hombre sin entrañas tira á la calle, sin considerar todo el bien que pudiera hacer si, en vez de perderlos al juego, los consagrara á aliviar la suerte de los desgraciados. ¡Cuántas lágrimas enjugadas, cuántos dolores consolados, cuántas bendiciones representaria esa suma, repartida entre los pobres!—Y entónces me acordaba con infinita tristeza de Catalina, víctima de la miseria y del doblon de don Manuel.

A las tres de la madrugada solia concluirse el juego. A esa hora cenábamos los de casa, con los banqueros y dos ó tres jugadores de los que se habian quedado sin blanca.

La noche en que don Rafael jugó y perdió el *albur* con la fuerte suma dicha, se habló largamente de él

en la mesa; todos, y más que todos Machuca, le trataron con poquísimo respeto y ninguna caridad. Allí se dijo que llevaba perdidos en la *temporada* más de cuarenta mil pesos; que sus libranzas debian tomarse con reserva en lo sucesivo, y descontarse á cualquier precio, obtenida la aceptacion, porque era el don Rafael muy capaz de girar al descubierto para salir del paso; que tenia la zafra embargada por el refaccionista, y que de uno á otro momento iba á dar el trueno gordo.

¡Cosa rara! Los mismos que se habian embolsado el dinero del desgraciado jugador, eran los que más acerbamente le censuraban, mordiendo hasta en su honra. Hallaban solaz y placer en arrojar sobre aquel hombre, que por poco que valiera estaba al nivel del mejor de ellos, el sarcasmo cruel y la asquerosa calumnia. Allí se sacó á relucir su vida privada; se contaron, con todos sus detalles, escenas domésticas que colocaban á don Rafael en situacion por demás desairada; ni la castidad de la esposa se respetó... La reunion de á última hora en el garito tenia todo el sabor, todo el carácter de una reunion de maldicientes.

Nadie tuvo allí una sola frase de simpatía, ni siquiera de compasion, para el hombre á cuya ruina debian su presente prosperidad; y cuando yo censuré como pude conducta tan villana, me llamaron tonto y pidieron á Martin que mandara á la cama á *doña Mariquita*.

Confieso que la sociedad de los cómicos de la legua, salva excepciones, no era de las más escogidas;

malo era Rodriguez, y de escasa moralidad muchos de los personajes citados en este libro, pero aquello era peor que todo, porque aquello era infame.

Esa misma noche le dije á Martin que buscara otro dependiente con quien reemplazarme, porque desde aquel momento me consideraba separado de su casa. Preguntóme, no sin sorpresa, el motivo, y se lo expliqué clara y perentoriamente. A riesgo de parecer ingrato, le dije todo lo malo y lo poco bueno que pensaba de él.

Martin me escuchó sin interrumpirme. Era hombre de alma, y creí, al verle sério, contrariado y cejijunto, que acabaríamos por tener camorra; pero al revés de lo que pensaba, Martin me volvió la espalda y se fué á su cuarto sin despegar los lábios.

Al dia siguiente comencé desde muy temprano á prepararme para marchar. Todo mi dinero lo tenia Martin, y miéntras este arreglaba la cuenta, hice mi equipaje, un equipaje verdadero, puesto que durante mi estancia en la fonda me habia provisto de ropa con cierta abundancia.

Martin me llamó.

—¿Sabe usted el dinero que tiene en la casa?—me dijo.

—No, señor; pero usted me lo dirá.

Martin me enseñó un cuaderno en el que estaban apuntadas escrupulosamente, dia por dia, las cantidades que le iba entregando, cuya suma representaban mis propinas de tres meses; á renglon seguido, una partida por el importe de las tres mensualidades, y

luégo la resta del dinero que me habia entregado en varias ocasiones. El resultado de la operacion no podia ser más satisfactorio para mí; tenia á mi disposicion un sobrante de cerca de cuarenta onzas.

Cuando Martin puso delante de mí aquella suma, en relucientes doblones, sentí algo parecido al vértigo. Tuve un momento de vacilacion, al pensar que estaba en mi mano hacerme rico, quedándome allí; y digo rico, porque yo tenia de la riqueza una idea sobrado limitada.

Martin seguramente habia previsto esto, porque me miraba sonriendo de un modo tan particular, que me sentí hondamente lastimado por aquella sonrisa que expresaba la duda de mi honradez.

El momento de alucinacion habia pasado, y ya ni por todo el oro del mundo hubiera retrocedido. Tomé el dinero, hice llevar mi equipaje á la estacion, y ántes de abandonar el *Pavo Real* para siempre, me detuve en el dintel de la puerta, buscando una fórmula amistosa para despedirme de Martin, á quien jamás habia dejado de mirar como á mi bienhechor; éste se acercó á mí, y al tenderle yo la mano, me dijo:

—Nos despediremos en la estacion. Voy á acompañarle.

En la estacion me habló así:

—Lo que usted me dijo anoche á propósito de mi casa, de lo que en ella sucede y de la gente que allí acude, merece una respuesta, y ya que usted se vá, no ha de irse sin escucharla.

—Pues vaya usted diciendo.

—El dia que usted vino á mi fonda, porque no podia ir á otra mejor, yo debí negarme á recibirlo. A la primera ojeada me persuadí de que usted no tenia dinero, y un huésped en tales condiciones es un mal huésped, créalo usted.

—Estoy convencido de ello, y por eso agradezco todo lo que entónces y después ha hecho usted por mí.

—Yo no lo digo para que lo agradezca, sino para recordarle que esa casa que tan duramente calificó usted anoche de garito, donde los incautos van á consumar su desgracia, pudo muy bien ser un dia un refugio para usted, que en ella encontró proteccion y amparo.

—Sí, Martin; eso es verdad. Pero...

—Pero usted se aparta de mi casa hoy, horrorizado, casi teniendo por cargo de conciencia el tiempo que ha pasado bajo su techo hospitalario; lo que no le impide llevarse en el bolsillo muy buenos cuartos, sin horror alguno y sin que su conciencia proteste.

—¡Que sabe usted!

—¡Hola! ¿Con que hay todavía escrúpulos? Pues eso, perdóneme usted que se lo diga, es soberanamente ridículo.

—Será lo que usted quiera, pero es lo cierto que me marcho por no presenciar escenas como la de anoche.

—¡Anoche! Pues á propósito de lo de anoche, quiero hablarle: mi casa es un garito inmundo ¿no dijo usted eso?... Los que á ella concurren son un hato de bribones que, en su concepto, deberian estar en presi-

dio... Esto último no lo dijo usted, pero lo pensó y en este instante lo sigue pensando. Entre esa ensarta de truhanes hay uno que lo es más que todos juntos, yo, el encubridor, el amo.

—Veo que tiene usted empeño en exagerar...

—Déjeme concluir. La pobre posada de un pueblo pobre, no puede brillar por la opulencia, y allí, entre el roto é incompleto mobiliario, las paredes desnudas, el humo de las lámparas y las groseras emanaciones de una cocina plebeya, el vicio adquiere mayores proporciones y se presenta ataviado con sus más repugnantes atributos... ¡Eh! ¿Qué tal? ¿Sé yo tambien decir las cosas cuando quiero?

—Tanto, que me deja usted estupefacto. ¿Ha perdido toda la noche meditando ese discurso?

—Casi casi; pero falta lo mejor, lo de más sustancia, lo de más...

Martin se detuvo buscando la palabra.

—¡Ya! lo de más relieve.

—¡Eso es!

—Pues venga ese relieve.

—Allá vá. La decoracion se cambia. Figúrese usted un magnífico salon, de techo estucado y piso de jaspe, con muebles enfundados para que no sufran desperfectos la riqueza de sus detalles: por donde quiera hay grandes espejos venecianos, con molduras doradas; enormes jarrones que cuestan un sentido sobre pedestales de alabastro; cuadros de artistas célebres que valen una mina, y admirables estátuas que cada una representa un capital. Las cortinas son de ter-

ciopelo y damasco; á lo largo de las entapizadas paredes se ven multitud de cornucopias sosteniendo objetos de fantasía de gran valor; del techo penden suntuosas arañas de cristal... Vaya usted haciéndose cargo de tantas maravillas.

—Cáspita, amigo Martin; la verdadera maravilla consiste en ese trozo de elocuencia descriptiva de que no le creí capaz...

—Búrlese, pero siga escuchando, que falta poco. En un extremo del salon, se coloca, en medio de la espesa alfombra, una mesa de ébano ó palisandro, sobre la que se extiende rico tapete recamado de flores; encima del tapete se ponen candelabros de plata, de múltiples brazos, en los que arden bujías perfumadas color de rosa; al lado de los candelabros se ven finísimos náipes y en el centro de la mesa montones de oro y fichas de marfil, todo... ¿cómo dijo usted ántes? todo de un relieve seductor.

—El seductor lo es usted, admirable Martin. Como continúe hablando de esa manera, renuncio al viaje y me vuelvo con usted al *Pavo Real*.

—No, señor Cándido. La suerte está echada, y no nos debemos hallar otra vez en nuestro camino. Aun hay veinte minutos de tiempo, y quiero concluir. Pues, señor, la mesa á punto, comienzan á ocuparse los asientos; no los hay para todos, y son muchos los que se quedan de pié. Los caballeros tienen porte distinguido; visten frac, y entre ellos relumbra más de una condecoracion. Por cada frase en español, se pronuncian dos docenas en francés ó cosa que pasa por tal. Las

damas, elegantes y bellas, están prendidas segun lo exige el más refinado gusto; llevan largas faldas de seda con guirnaldas de flores y ramos de brillantes. No queda duda que asistimos á una reunion aristocrática donde todo se hace *por lo fino*. Pues, señor Cándido, allí se juega al monte. ¿Cómo? lo mismo que en la posada á la luz de los candiles. Allí se echan *albures*, hay *judias* y *culonas, cachuchas* y *micos, parólis* y *cuartetas;* allí tambien se ven monedas falsas y se *levantan muertos*...

Le interrumpí.

—¿Sabe usted lo que pienso?—le dije.

—¡Que tengo razon!

—Sí, señor, y no así como quiera, sino razon sobrada.

—Concluyo. El caballero más formal, como si dijéramos, el tahur de Machuca, talla. Los demás apuntan, como José María y don Rafael. Allí tambien se pierden fortunas, se contraen deudas, se compromete la paz del hogar, se les quita á los hijos el pan de la boca, y la honra de los ménos favorecidos no está más á cubierto que lo estuvo anoche la de don Rafael en boca de los perdularios de la fonda. Pues bien: contra el juego *por todo lo alto*, nadie murmura ni se lanzan anatemas; la policía no sabe que tal cosa sucede; la ley no llega hasta allí; los periódicos se guardan muy bien de pedir presidios y aun de hacer la menor indicacion, porque todos obedecen á una consigna suprema: la de guardar las *conveniencias*. Moraleja de mi cuento: que usted se vá de mi casa

escandalizado porque se juega... ¡Está usted en su derecho! Pero si andando el tiempo llega á frecuentar ciertos salones donde se hace lo mismo, y no se aparta de ellos con el mismo horror con que se aparta hoy de la fonda miserable, entónces, amigo Cándido, su puritanismo y honradez serán virtudes de pega, de esas que tienen mucha semejanza con la hipocresía. He concluido.

Martin, que habia hablado como aquél que tiene prisa por terminar un trabajo difícil, respiró con fuerza; mi hombre se veia desembarazado de un enorme peso, al vindicar su casa y su propia conducta.

Se oyó silbar á la locomotora, que se acercaba á la estacion.

—Señor Martin,—le dije á guisa de despedida.—Una falta no justifica otra. Comprendo que todo lo dicho por usted es la pura verdad, pero esto no impedirá nunca que el juego sea donde quiera un vicio detestable. ¡Un abrazo, y adios!

Partí, y aquella misma tarde llegué á la Habana con mis cuarenta onzas, ganadas á tan poca costa, como compensacion á los muchos años que habia estado soltando el quilo trabajando, sin conseguir jamás reunir media docena de duros.

¡Gracias á Dios, que después de tantas miserias como llevo relatadas, puedo una vez hablar fuerte, y echarla de capitalista!

Si el azar me hubiera deparado entónces al inolvidable compañero de mi viaje de la Península, que juzgaba el trabajo como la única fuente de prosperidad,

no sé lo que le hubiera dicho. Mis cuarenta onzas adquiridas casi en la holganza, hubieran sido una razon irresistible contra su tésis, pero al decidirme por volver al taller, yo mismo era un argumento en pró de su doctrina.

XXIV.

El paso del Rubicon.

De mozo de fonda, es un decir, á escritor público, hay toda la distancia que cada uno de mis lectores quiera fijar de por sí en uso de un derecho indiscutible que le autoriza para apreciar las cosas conforme al punto de vista bajo el cual las considere. No la fijaré yo, porque desconozco por completo el cánon moral que establece esas sábias proporciones entre la posicion social del individuo y los puntos que calza en inteligencia.

Pero sea mucha ó inmensa esa distancia (que escasa no ha de ser nunca) es lo cierto que este servidor de ustedes la salvó de un sólo paso, y se hizo periodista, contando para serlo con las mismas aptitudes que tenia para médico el *Lúcas* de Moratin. Tanto me habia connaturalizado con la farsa social, que no me escocia gran cosa la conciencia al tomar por asalto una profesion que, ejercida por mí, seria á lo sumo una mentira más.

Desde mi lance con el Sr. Alcalde Mayor que es-

cribia bigote con *v*, venia yo meditando en la diversa calidad de los factores que suelen concurrir á la formacion de reputaciones literarias al uso moderno.

Clasificábalos de esta manera:

El *talento*, factor legítimo, aunque no indispensable.

El *azar*, factor de circunstancias y argumento concluyente, pero siempre de sospechosa legalidad.

La *audacia*, factor empírico y desvergonzado, pero maravillosamente socorrido.

De estos tres factores, el de ménos importancia práctica era el primero; porque si el talento no cuenta para hacerse apreciar con cualquiera de sus poderosos auxiliares, no puede aspirar por sí solo á ocupar puesto preferente en la milicia del dios Exito.

Los triunfos alcanzados por el azar suelen ser bulliciosos y pasajeros; mas por lo pronto se imponen con la fuerza abrumadora de los momentos históricos. Este aserto mio se presta admirablemente á que no se siga hablando del asunto.

La *audacia* es el factor que más eficazmente contribuye á levantar sobre el pavés de su propia personalidad á los que se agitan, bullen y cabildean por conseguir pasar por notabilidades, ya desde las eminèncias del poder, ya desde las alturas del periodismo ó desde la elevacion de esa picota del progreso que llamamos tribuna. La *audacia* no llega hasta el libro, pero domina al *folleto.* Con *audacia* se vá á todas partes, todo se hace y se consigue todo. La gárrula, unida á la total carencia de pudor, suele conquistar puestos de primer órden en las sociedades que se aficionan

á los que gritan fuerte y se prosternan con respeto ante los barateros literarios.

La audacia suple al talento, lo excluye, lo vence... pero no consigue matarlo; y el talento, que cuando es verdadero no puede desligarse de un optimismo soñador que lo anula, se consuela con que ha de serle propicio el póstumo fallo de la historia, y marcha tranquilo á esconder su derrota en el seno del hogar, si lo tiene, ó á un asilo de paz y caridad, si lo dejan.

Pensando así, hice mi composicion de lugar. Por poco que yo valiera, y realmente valia muy poco, siempre estaria á nivel de muchos que sin valer más que yo se daban lustre y buena vida; y no he de decir más para que el lector vuelva de su sorpresa al ver á Cándido, ó á Segismundo del Rosal, ó al dependiente de Martinchu, metido en el fregado de atiborrar cuartillas, obedeciendo más al deseo de probar fortuna que á los preceptos de la lójica.

Escribia de balde y bebia agua fresca; así es que al mes estaba tan rollizo como el célebre *Gasparito*, que se salió un dia por el corbatin.

Hice mi estreno con un estupendo artículo encaminado á probar la influencia del rábano en los extravíos de la humanidad, propensa siempre á tomarlo por las hojas, del cual vió la luz todo lo que la prévia censura tuvo la amabilidad de permitir.

El artículo cayó mal. Dos abonados, revendedores de hortalizas, se dieron por aludidos, y el Sr. Director del periódico redactó por mí la rectificacion reclamada por las exigencias administrativas.

El periódico era político y como tal tenia un programa, así como *Barba Azul* tenia un cañon. No pude jamás atinar con la doctrina salvadora que encerraba aquel documento, para mi más laberíntico que el programa de marras del insigne Tribilin.

Segun el Sr. Director, todo, hasta la más insustancial gacetilla y el mercachifle reclamo, habia de ajustarse al dogma del programa; cuanto se dijera tenia que estar en armonía con el criterio doctrinal, sin que una apreciacion, una frase viniera á alterar la armonía del conjunto. Y tenia razon que le sobraba el señor Director, solo que yo, lo vuelvo á decir, no acertaba con la doctrina, ni con el criterio. Cada idea mia era una pifia, cada artículo un motivo de zozobras.

Es verdad que á ser un poco ménos tonto de lo que positivamente he sido siempre, mi situacion en el periódico habria sido más llevadera. Pero jamás he podido echar á puerta ajena la invencible repugnancia que me inspiran ciertos opulentísimos mamarrachos, ávidos de exhibir su vulgar catadura, mal avenidos con su intrínseca insignificancia. Avezados al éxito duchos en cabildeos, maestros en intrigas, consiguen sin esfuerzo que la complaciente prensa fije en ellos la atencion, y aquí comienzan las referencias, los reclamos, encomios y jaculatorias que poco á poco van elevándolos á la categoría de personajes.

Me echaron de allí con todas las formas de la urbanidad más exquisita.

Otro periódico me acojió en su seno. Este era liberal, y no hay para qué añadir que no tenia una peseta

en caja. Por no tener, ni programa tenia, de lo que me alegré infinito, seguro como estaba que, á tenerlo, no lo habria comprendido mejor que el otro.

Entonces me fabriqué uno para mi uso particular. Como habia aceptado con mi nueva profesion, junto con el estado de perenne insolvencia que me imponia, la necesidad de afiliarme á un cuerpo de doctrina que determinara en lo sucesivo el rumbo de mis ideas, escojí, con ese tacto esquisito que me distingue, la defensa incondicional de los peleles como yo.

¡Qué barbaridad!

Más ¡ay! El periódico tuvo un fin tan prematuro como desastroso. Murió de consuncion. Todas las doctrinas liberales en uso, derramadas en él á guisa de incesante chorreo, no pudieron sustraerlo á la teoría de los destinos manifiestos.

—Era natural! Los interesados en que viviera por los siglos de los siglos no tenian con qué pagarlo, y pronto se salieron con su gusto los no ménos interesados en que se lo llevara Pateta.

Número se escribió que solo alcanzó á leerlo el censor de imprenta y el redactor en gefe. No hubo papel para más.

Como presumo que algunos pensarán que exajero, considero oportunas las siguientes reflexiones.

Nada tan cosmopolita como la miseria pública. La historia del pauperismo es la historia de la humanidad.

En la Habana, como en todas partes, hay miseria, y seguramente más miseria que en muchas otras. Si hay

muchos ojos que no la ven, en cambio existen multitud de estómagos que la sienten. No alcancé los legendarios tiempos en que se amarraban los perros con longanizas, pero siempre he vivido en los que sobran gentes dispuestas á comerse las longanizas y al perro.

A pesar de esto, priva la manía de considerarnos opulentos. Los historiadores y geógrafos más concienzudos no han podido desechar esa tradicional preocupacion; pero

"todo es segun el color
del cristal con que se mira."

Los que tal piensan creen de buena fé que la Habana entera son el muelle, los múltiples y valiosos almacenes de depósito, los establecimientos de crédito y los barrios donde el comercio tiene hacinados sus escritorios y sus millones; esos sitios, en fin, en que están localizados el bienestar y la abundancia.

Mas para el legislador y el filósofo esas narraciones de grandezas deben ser meros cuentos tártaros; que dirijan sus pasos á los populosos barrios extremos donde todo el capital circulante no llega á tres pesetas, barrios pocas veces abiertos á la investigacion del observador, y sabrán á que atenerse respecto á la tan cacareada riqueza de la capital de Cuba.

Sentado esto, como premisa, allá vá la consecuencia.

Como todo en el mundo se hace por algo, por algo se escribia el periódico y por algo era leido. Ahora bien; los interesados en estos dos *algos* no tenian con que sostenerlo, careciendo de lo preciso para sostener-

se ellos mismos, y tronó, como otros que se le anticiparon y como muchos más que le sucedieron.

No he podido averiguar qué cosa es la esperiencia; dicen que es la ciencia práctica de la vida, que el hombre cuando llega á adquirirla cambia de opinion y hasta de empaque, y que basta tener esperiencia para vivir feliz.

¡Podrá ser!

Pero declaro que para nada me ha servido esa ciencia de la vida que vuelve al hombre de revés. No hay que perder de vista que me llamo Cándido, y este nombre ejerce en mi destino la influencia de su candorosa significacion. Es la mia una candidez blindada, á prueba de desengaños.

Y tan no escarmenté, que al año me hallaba instalado en la redaccion de otro diario, con los ascensos de rigor en mi carrera. Daba á luz á muchas leguas de la Habana su edicion de setenta y siete ejemplares que recibian puntualmente sus setenta y siete suscritores, de los cuales una mayoría respetable no se dignaba leerlo.

¡No tenia programa expreso ni mental! Y yo me regocijaba con la idea de que esta vez no tendria que descifrar enigmas. Era el tal diario perfectamente incoloro, perfectamente inodoro, perfectamente insípido; se titulaba: *El agua de cerrajas.*

Con todo, no me faltaron desazones.

Y cuenta que nada de lo que en él se publicaba tenia sentido comun. ¡Nada, palabra de honor! que nadie me ha ganado en la vida á saber guardar las conveniencias.

En un artículo tuve la desventurada ocurrencia de nombrar al heraldo *Flaminio;* y como el señor Censor no conocia á este caballero, ni se contentó con los datos biográficos que pude suministrarle, el número del diario fué recojido, y yo avisado de que en lo sucesivo empleara una literatura más inteligible.

En otra ocasion, un señor Colector de Rentas se sirvió enviarme para que la publicara, grátis por supuesto, y por nueve dias, una longaniza de disposiciones y decretos suyos que no cabia en el periódico. Me negué, alegando que el periódico era mio, sin subvencion ni título oficial; que yo pagaba la contribucion, los cajistas y el papel; que era una propiedad y una industria que explotaba honradamente y no podia permitir que un cualquiera me arruinara quedándose con lo mio, y otras razones tan fútiles como las citadas. Sulfuróse el digno empleado; el punto se sometió al criterio de la autoridad, y tuve el gusto de ser compelido á... complacer al señor Colector de Rentas, apercibido de que otra vez fuera más respetuoso con toda la benemérita clase de señores colectores. ¡Ay! lector,

> Bien dijo doña Pancracia:
> aquel que está de desgracia...

se cae de espaldas y se rompe las narices.

A todas estas no me iba mal en mi empresa periodística, sino que me iba peor. ¿De quien era la culpa? Voy á decirlo, y el lector vá á quedarse tan maravillado como me quedé yo cuando me lo hicieron ver con datos irrefutables. La culpa toda era mia. ¡Si, yo tenia la culpa toda, y bien merecido me estaba!

XXV.

El consejo de don Fermin.

Vá de historia.

Don Fermin del Soplete era una especie de oráculo de la localidad. Tenia mucho dinero. Presidia el *club de los omnipotentes,* que desde la mesa de un café fulminaba anatemas y dispensaba protecciones que alcanzaban por redondo á todos sus conciudadanos. Y aquí viene de molde decir con el poeta:

entienda el suspicaz y el timorato
que pinto y no retrato.

Como es de suponerse, yo queria más que á las niñas de mis ojos á mi señor don Fermin, solo que jamás pudimos ponernos de acuerdo; hacia irrevocablemente la oposicion á todo lo que se me antojaba decir, y si me daba por convencido y opinaba como él, entónces, por variar, seguia llevándome la contraria. Me apresuro á declarar, por si estas páginas caen en sus manos, que de uno ó de otro modo toda la razon estaba siempre de parte del señor don Fermin.

A este excelente sugeto le daba fuerte por las ideas de órden, en tanto que yo gozaba pésima reputacion de tener almacenado en el magin un fárrago descomunal de teorias liberalescas, supinamente peligrosas.

Asegurábase que mis ideas disolventes, mis principios perturbadores y mi criterio levantisco, se infiltraban, se exhibian, se trasparentaban en el periódico.

¿Cómo sucedia eso? No lo sé.

¿Dónde y cuándo habia yo dado pié para tan estupenda averiguacion? Lo ignoro.

Ni por el natural rozamiento de las ideas hablé jamás de cosas que tuvieran relacion con la política; pero cuando el oráculo lo aseguraba, habia que creerlo, y llegué á convencerme de que, en efecto, se infiltraban, se trasparentaban y exhibian las teorias, el criterio y los principios susodichos.

Pues mi señor don Fermin se dignó visitarme en la redaccion.

Se sentó sin cumplimientos, y en tanto preparaba su discurso dió en barajar las cuartillas y recortes que cubrian casi toda la mesa.

El corazon me decia que algo grave iba á comunicarme el respetable sugeto.

Por fin, tomó resuello, como si tratara de echarse al agua, y me dijo:

—Vengo á darle un consejo. ¿Lo quiere usted?

—Sí, señor; y le anticipo las gracias.

—No hay de qué. En primer lugar, yo siento mucho que usted persevere en el mal camino.

—¡Qué me cuenta usted, señor don Fermin! ¿Con

que yo ando en malos pasos? Pues, confieso mi delito; no lo sabia.

—Pues ya lo sabe. Usted debe enmendarse, de lo que yo me alegraré infinito.

—Y yo tambien.

—Después me dá lástima que usted, para vivir, tenga que afanarse tanto.

—Y á mí tambien.

—Por último, mi pesar se aumenta al verle sin una peseta, cuando otros con ménos trabajo se han hecho ricos.

—Y mi dolor, por lo ménos, es tan grande como el suyo, señor don Fermin. Hasta aquí estamos de conformidad. Siga usted.

—Yo, aunque mal me esté el decirlo, trato con todas las personas principales, y puedo asegurarle que si usted no se hubiera metido á comunista, á demagogo, á petrolero...

—¡Eche, eche usted flores!

—A liberal, con perdon sea dicho, otro gallo le cantara. Porque le repito que yo hablo todos los dias con gente de lo principalito. ¿Tengo ó no razon?

—*¡Mea culpa*, mi señor don Fermin, *mea culpa!* ¿Hay algo más?

—Mire usted; si en vez de echar plantas de demócrata se hubiera mantenido usted en el justo límite de lo honesto y de lo conveniente, á estas horas tendria usted hecha su fortuna; y yo puedo asegurarlo, porque todos los dias hablo con gente...

—Ya! con gente de empuje! Creo que ya me lo habia dicho usted.

—¡Cómo que son todas principalísimas! El conde del Guarapo, el caballero Salmon, la señora de Guisantes, y otros muchos cuya ilustracion, piedad y virtudes cívicas han sido ponderadas en prosa y en verso... ¡Una idea! ¿Por qué no dice usted esto mismo?...

—¿En prosa y en verso?

—Así, si señor.

—Porque esa es cuestion de temperamento y de moralidad.

—Si á hablar de moralidad vamos, larga la tenemos. Cada cual entiende la moral á su modo, y los más discretos son los que tienen á la onza de oro como á la cosa más moral del mundo.

Don Fermin se levantó.

—Pero ¿y el consejo? Porque todavia no ha dicho usted nada que lo parezca.

—Es verdad. ¡Como usted no dá pié nunca!... Pues bien, allá vá. Hágase hombre de órden y yo me encargo de su porvenir; todos los dias hablo con gente...

—¡Principalísima! ¡Oh! Sí!... Pero es el caso que ya lo soy. Jamás hablo mal del gobierno, ni desacredito sus mandatos, ni escribo una frase que redunde en desprestijio del principio de autoridad.

—Vamos por partes. ¿Cómo cree usted que se sirve bien al Gobierno?

—Diciéndole la verdad con hidalga franqueza; los gobernantes necesitan saberla y tienen obligacion de escucharla. Por eso alguna vez he abogado por la clase pobre, que siendo la más necesitada, es tambien la que más derecho tiene á su proteccion.

—No es ese el camino. ¿Y cómo ayuda usted á los hombres que gobiernan?

—Inculcando en los gobernados que carecen de instruccion, la conciencia de sus deberes, sin negarles sus derechos.

—Tampoco es eso. Vamos á ver. ¿Le ha dicho usted al que manda que es ilustre, glorioso, magnánimo, excelso...

—No lo recuerdo...

—Generoso, intrépido, sapiente...

—¡Eso sí que nó!

—Bonito, jacarandoso y otras dulzuras por el estilo? ¡A que nó!

—Positivamente, no!

—Pues así es como se sirve á la Pátria, al Gobierno y á los gobernados. Usted es un tonto de capirote, y no sabe una palabra de esta cartilla, pero los hay muy ladinos, que han aprendido la leccion de memoria y medran que es un primor. Eso, eso es ser hombre de órden.

No me atreví á contestar á don Fermin, ni me atrevo todavia á decir lo que pensé. Mi hombre continuó:

—Hoy dia las tendencias anárquicas y demoledoras cunden que es un horror. Parece que esas ideas están en la atmósfera que se respira. Usted no es de los más malos, pero ¡hay cada peine! Los que á esa insensata predicacion se consagran son unos pobretones malignos que no conocen la historia ni tienen religion. A esto queria yo venir para aconsejarle que dedicase su talento... porque ¡eso sí! usted no tiene ni un pelo de tonto...

—Muchas gracias.

—A extirpar la mala semilla, á combatir esa maldita propaganda, á acabar con todos los badulaques que hablan de libertad, igualdad, progreso y otras necias zarandajas.

—Dificilillo es! Me propone usted nada ménos que el exterminio de casi todo el género humano.

—Cada cual debe hacer lo que pueda donde tenga ocasion, y usted entre nosotros. Le aconsejo que desde mañana, porque no se puede perder tiempo, comience usted la cruzada del órden contra sus enemigos. ¡Duro con esos galopines! Dígales usted esto y lo otro, en fin, todas las perrerías imaginables. Inspírese usted en *La Esperanza*; tome usted por modelo al insigne Carulla; hágase usted hombre...

--De órden!

—Y de provecho. Yo se lo aconsejo. Por lo pronto tengo una lista de personas, todas de lo más escojido, porque yo no trato con otra clase de gente, las que se suscribirán cada una por cinco ejemplares.

—Bastante es.

—Pues no es eso todo. Se hará más, mucho más. Ahora lo dejo, pero no olvide mis consejos, sinó...

—Sinó... ¿qué?

—Nada, nada! Ya he cumplido por mi parte; guerra avisada no mata soldados.

Y don Fermin se fué dejándome caviloso. Algo habia en sus conclusiones que tenia el carácter de una amenaza. Positivamente el oráculo me declaraba la guerra si yo no le complacia.

—No hay remedio,—exclamé después de pensarlo mucho.—Es forzoso condescender con ese omnipotente don Fermin, que habla todos los dias con gente de rango. Seamos hombre de órden, tal como él lo entiende. ¡Trabajemos!

XXVI.

Mi profesion de fé.

Provisto de dos docenas de cuartillas, me dispuse á escribir el artículo que habia de contener mi rehabilitacion, el ataque feroz y despiadado á los bergantes que tenian el arrojo de ser liberalès, y la garantía de la norma de conducta que me proponia adoptar para lo sucesivo.

—Si estuviera aquí—reflexionaba—el imponderable don Fermin, para fortalecer mis convicciones y ayudarme! Porque estoy seguro que él escribiria esto á las mil maravillas.

Tomé una cuartilla y estampé el siguiente título: *Estamos perdidos*.

Después ya no vacilé más. Con mano rápida y segura, é inspirado en las ideas salvadoras que me habia propuesto defender, escribí lo siguiente:

"Los liberales, por una consecuencia precisa de sus malos instintos, han sido siempre incorregibles y testarudos. Véase la historia. Desde Adan hasta la fecha han sido ellos, por lo mal educados, un motivo de constante peligro para el órden, que alteran cuando les

dá la gana, con la absurda pretension de pedir justicia ó alguna tontería por el estilo.

"Por eso los gobiernos fuertes de otros dias, pusieron particular empeño de meter en cintura á esos declamadores con paternales palizas, horcas, azotes, autos de fé y otros medios de persuacion de reconocida suavidad. Así consiguieron hacer guardar un silencio profundo á los protervos, y al que faltaba á la disciplina del mutismo se le castigaba con saludable rigor, sin que le valiera la bula de Meco...

—Para *introito,* no está mal—me dije.—Esto de la bula debe producir muy buen efecto.

"Entre tanto, multitud de sociedades científicas, donde estaban congregadas todas las eminencias en tauromaquia, jurisprudencia, administracion, cánones y confeccion de la sopa de los conventos, se ocupaban sin levantar mano y con la plausible intencion que ustedes pueden figurarse, en suprimir la conciencia pública, anular la iniciativa individual y reglamentar el hambre, para que repartida entre muchos tocase á menos. Con esto y con una ley de órden público, de puro estilo varsoviano, se pudo conseguir hasta hoy que el pueblo, á pesar de su naturaleza inquieta, anduviera más derecho que un huso, sin interrumpir con sus destempladas quejas á los señores, ocupados perpétuamente en la difícil tarea de no escucharlas.

—Ea, ahora que ya está hecha de mano maestra la apología de los buenos tiempos, viene de molde decirles cuatro frescas á los gobiernos del dia, que son los primeros en conspirar contra el órden haciendo

poquísimo caso de la enseñanza de la historia y rompiendo escandalosamente con la gloriosa tradicion de sus venerandos predecesores. ¡Agua vá!

Continué:

"Pero, desgraciadamente, aquellas sanas prácticas de buen gobierno han ido cayendo en desuso, desde que en nuestra pátria se pensó sériamente en constituciones liberalescas, en discutir la ley y en tomar en consideracion cierto derecho público, que, salva sea la parte, maldito para lo que sirve.

"Somos ardientes admiradores de aquel sábio sistema que tantas garantías brindaba á las personas de viso. (Esto lo escribí por don Fermin). Por eso lamentamos el imperdonable abandono con que los gobiernos de hoy proceden, olvidando las sagradas tradiciones represivas encaminadas á arrancar con vigorosa mano la perniciosa semilla de la libertad, y que se hayan abandonado los medios de que tan admirablemente se servian los hombres de otros tiempos, como son los grandes ejércitos permanentes, los parques de artillería, la policía secreta y los censores de imprenta de estrecho criterio y duro corazon, tales como se necesitan. Ese manojo de grandes recursos que componian todo un régimen de buen gobierno, ha sucumbido á los golpes de la piqueta demoledora con que una desenfrenada demagogia pugna por echar por tierra nuestras venerandas instituciones al nefando grito de Pátria y Libertad.

"Y todo esto sucede porque el gobierno ha perdido aquella saludable fortaleza, aquellos paternales arran-

ques con que en dias de eterno recuerdo metia el resuello en el cuerpo al más pintado, por el espresivo procedimiento de la última pena, que es de los pocos que no tienen vuelta.

—¡Perfectamente! Ahora encaja bien algo como de profecía.

"Caminamos á pasos de gigante á una época de petróleo y de liquidacion social; ya el oro siente un olorcillo á chamusquina que le obliga á emigrar al extranjero; los bárbaros están á las puertas de la ciudad. ¿Quereis conocer á los bárbaros del siglo XIX? Registradles el bolsillo: todo el que no tenga dos cuartos es un animal.

"Vemos triunfantes doctrinas perniciosas, sostenidas por falsos apóstoles, que jamás fueron mayores contribuyentes; disolventes predicaciones que hacen á todas horas un puñado de charlatanes, que acabarán por ir á Céuta el dia ménos pensado; la incendiaria propaganda y toda clase de excitaciones violentas que hoy, para mengua de la civilizacion y muerte de acreditados sistemas, se hacen entre las turbas inconscientes, agitando con la palabra y la pluma ese fermento social que hasta ayer sólo se habia tocado con la punta del látigo... Hé aquí las causas esencialmente originarias de los graves males del presente, de las catástrofes del porvenir, del horrible cataclismo á que estamos abocados si los hombres de órden no nos ponemos en pié y tosemos fuerte.

—¡Andandito! Me parece que está bien parlado. Un poquito de historia todavía...

"Unos cuantos filósofos holgazanes, sin oficio ni beneficio, dedicaron sus ócios á hablar de derecho público, de derecho individual, de derecho político, de derecho humano; y con tanto predicar derechos, consiguieron hacer tomar un camino torcido á la gran mayoría de los españoles.

"¡Mayoría insensata!

"Lo peor de todo es que el pueblo se fué enterando de cosas que no tenia por qué saberlas; la predicacion de doctrinas á cual más perturbadoras inspiró á la muchedumbre el inícuo propósito de tomar parte en la gestion de sus propios negocios, encomendados hasta entónces á tres docenas de personas decentes, que solían dar buena cuenta de ellos. (Por supuesto, uno de los de las tres docenas era don Fermin).

"A semejante estado de desquiciamiento hemos llegado. ¡Estamos perdidos! La culpa la tienen los vocingleros demagogos, que Dios confunda, los cuales chillan como unos condenados, desde que por una indisculpable torpeza se abolió la mordaza y la picota. Pero aún quedamos muchos hombres de buena voluntad que hemos de decirle á ese pueblo ensoberbecido cuántas son cinco, y nosotros no hemos de desistir en nuestro empeño de hartarlo de picardías.

"En los artículos sucesivos irémos desarrollando nuestro plan, con el cual y con la ayuda de Dios y de las personas de reconocida importancia (don Fermin y compañía) lograremos salvar á la sociedad del horrible cataclismo á que está abocada."

Aquí acabó el artículo; habia hecho un esfuerzo sobrehumano, y sudaba tinta.

—Qué contentos se van á poner mis nuevos protectores—me decia.—Porque me parece que no se pueden aducir argumentos de mayor calibre en pró de ese bendito órden. Nó, lo que es el articulito no tiene por donde cojerlo; la mollera me está echando chispas. Pero todo se puede dar por bien empleado cuando se sostiene la buena causa. Veremos si despues de leerlo se atreve don Fermin á restregarme por los hocicos á su apóstol, el ínclito Carulla!

....

....

....

El lector me hará el obsequio de ver en esas líneas de puntos el fin de la historia, que yo no tengo fuerzas para relatar.

El artículo cayó como una bomba en la sociedad de la señora de Guisantes, declarando el señor Conde del Guarapo que mi escrito era una burla sangrienta, un alarde de maligna ironía que merecia el más ejemplar castigo.

El señor de Salmon, amigo de expresar sus ideas por medio de fórmulas concretas, agregó que si yo era un bribon rematado, para los bribones se habian hecho los presidios. La amable señora de Guisantes tartamudeaba de ira, y dijo que don Fermin era tan pí... ca... ca... ro como yo, todo porque el buen Soplete se habia vanagloriado de haberme con... con... ver... ti...ti...do.

Resultado: que se recojieron firmas, y de los setenta y siete suscritores al periódico le quitaron setenta y ocho, contando con un paisano mio que lo recibia de balde, y no estaba en mis libros.

¡Tuve que emigrar!

Vagaba por el despoblado sin saber donde meter la cara. Llevaba conmigo el remordimiento de mi apostasía. Habia querido conjurar la amenaza apocalíptica de don Fermin, pasándome á sus filas. y la bestia del apocalipsis me habia soltado una furibunda coz.

El dolor de ver mal interpretadas mis puras intenciones, de oir que se tomaban por ironías las candorosas protestas de mi buena fé, me volvia loco, al extremo de ir canturriando por los egidos aquello de

Toma por haber querido,
toma por haber amado,
toma por haber tenido
amores con... don Fermin.

De golpe y porrazo perdí la aficion á periodiquear; tuve accesos de misantropía y de hidrofobia, que terminaron con el heróico sacrificio de tirar por la ventana la pluma de ganso de que me servia, y por cierto que no faltó quien la recogiera.

Pero si flaqueaban mis propósitos de trabajar, la necesidad de luchar por la existencia era cada vez más apremiante, y tuve que buscarme la vida, como Dios quiso.

Quise *meter cabeza*, como decimos en confianza, en varias empresas, pero todas las puertas las hallé cerra-

das, y con razon, porque después de todo, justo es confesar que para nada sirvo.

A la postre, tuve una idea feliz. Me hice maestro de escuela, con cargo municipal, y desde entónces vengo emulando el renombre del famoso *maestro Ciruelas*.

Así voy tirando de la vida, ni más ni ménos que si tirára de un carro. A veces experimento gratas alucinaciones y me engolfo en celestiales ensueños donde todo es vida y dulzura. Reconcentrado en mí mismo, doy con mi flaca humanidad en el mundo de los ideales, y no hay abstraccion, incoherencia ni extravagancia, que no revistan en mi calenturienta fantasía reales apariencias. Extremando mis quimeras, forzando mis delirios, llego á figurarme hasta que el Municipio me paga puntualmente el sueldo, y que estreno zapatos... Entónces ¡soy feliz!

XXVII.

Hasta otro dia

El ménos lince comprenderá que aún falta algo para terminar mi historia; pero si la historia nó, el libro ha concluido en la presente página. Hemos llegado al año de gracia de 1868, pródigo en acontecimientos de bulto que influyeron en mi vida, y para hablar de esto y de lo otro necesito dos cosas: primera, tomar resuello, y segunda que el ilustrado, benévolo y generoso público (estilo Tribilin) apechugue con este librejo, pagándolo al contado, con lo cual evitará que á su desventurado autor le suceda lo que diz que le sucedia al sastre del Campillo; todo porque:

> Yo no supe orientarme en el camino
> donde cualquier jumento halla un destino.
> Sin génio, sin trastienda,
> ni artero ni taimado
> jamás supe calzarme una prebenda.
> La cárcel merecí por tal pecado,
> que andar no debe suelto
> quien no sabe pescar en rio revuelto.

FIN.

NOTA.—*Cándido* es un ente imaginario, y como él, imaginarios los lances que refiere. Digo esto para no dar pié á cavilosidades, y alejar toda idea de relacion histórica entre los sucesos y personajes de la narracion y los de la vida real que por pura coincidencia pudiéran parecérseles.

El Autor.

INDICE.

EP

